



Friedrich Gerstäcker

# Viaje por el Perú

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Friedrich Gerstäcker**

## **Viaje por el Perú**

### Estudio preliminar

Federico Gerstäcker (1816-1872) fue el personaje extraordinario de sus propias novelas. En la adolescencia soñó con las vastas regiones de América, en su mocedad viajó extensamente por este continente y en sus años de madurez devino un novelista que con ambientes principalmente americanos, ganó la adhesión y el entusiasmo de grandes públicos alemanes, y sus libros de viajes y de ficción llegaron a constituir los grandes best-sellers de la Alemania guillermina de la segunda mitad del siglo XIX.

El aliento universal de Gerstäcker había de surgir en los muelles bulliciosos y activos de su ciudad natal, el puerto de Hamburgo (donde nació el 10 de mayo de 1816). En contacto con hombres de mar y viajeros que arribaban con sus relatos henchidos de aventuras o los que zarpaban con la esperanza puesta en el destino que los llevaba a tierras lejanas, Gerstäcker concibió su primera aventura cuando todavía la vocación literaria no había despertado. Había hecho estudios comerciales y de agricultura pero antes que ellos, dominó el impacto de la lectura de libros sobre América, y sobre todo del Robinson de Defoe. Por primera vez se aparta de su país en un viaje comercial a los Estados Unidos, en donde permanece de 1837 a 1843. En esos 6 años cruciales de su vida, se habría de determinar el destino futuro de su vida. En los Estados Unidos, se gana la vida en diversos oficios manuales y menores. Son años duros en que se consuela escribiendo cartas emotivas a su madre que vivía en Hamburgo atenta a los pasos del hijo aventurero. Las cartas relatan llanamente sus afanes y sus experiencias, sus aprietos y sus alegrías y, de paso, describe en llano estilo familiar (que lucirá siempre en su obra posterior, comprensible, cristalino, sin sugerencia ni misterio, pero [6] siempre sabroso y vivo) cuanto queda bajo sus ojos. Aquellas cartas caen un día en manos del editor de un periódico o revista del hogar, preparado para familias burguesas, y publicadas en ese magazín empiezan a tener una resonancia inesperada. El periódico Rosen adquiere gran demanda de lectores que reclaman las cartas de Gerstäcker a su madre en cada entrega y que protestan cuando faltan. La madre empieza a recibir honorarios crecidos que no gana el hijo con sus trabajos de artesano entre Missouri y Arkansas, en Estados Unidos. De regreso en Alemania, en 1844, colecciona sus crónicas epistolares en un primer volumen de gran acogida que titula *Correrías y Cacerías en los Estados Unidos*. El escritor se perfila y el año siguiente ensaya con el mismo ambiente norteamericano unas novelas de aventuras *Die Regulatoren in Arkansas* (1845), *Cuadros del Missisipi* (1847), y *Los piratas del Missisipi* (1848). Así empieza una ingente producción intelectual de novelas de aventuras, crónicas de viaje y diarios de experiencias por los más lejanos países del orbe, en una romántica ambición de realizar un anhelo insaciable de universalidad. Sus editores exigen de él más volúmenes y él satisface la demanda remitiendo originales de todas partes del mundo que entonces ha empezado a recorrer incansablemente. No lo alienta como a tantos compatriotas suyos el

afán científico de realizar exploraciones o investigaciones en países remotos; él va prendido a su capacidad de ficción, a su facundia infinita, a su vocación literaria.

Su segunda experiencia viajera ha de ser la vuelta al globo, comenzando por Norte y Sur América y luego California y siguiendo por Oceanía, Australia hasta las Indias Orientales y el resto del Asia, entre 1849 y 1852. De todos esos ambientes recoge impresiones vivas y sobre ellas forja su fantasía la trama de novelas engarzadas a sus experiencias. Crea su propio género, el «cuadro de vida», el «Lebensbild», una especie de narración mezclada de ficción y relato viajero, un intermedio entre la novela y la impresión de viaje, que cultivó mucho de acuerdo con el gusto exigente de su público lector. Si bien no encontró -como dice el gran crítico literario alemán Joseph Nadler- «ni una nueva materia ni una nueva forma» pudo en cambio influir poderosamente sobre la mentalidad burguesa de la Europa central y pudo colocarse [7] como el escritor representativo de la novela exotista, inspirada principalmente en la naturaleza norte y sudamericana, y aún de Oriente y Australia, que lo pone en parangón como expresión del realismo novecentista, con Emilio Zola en Francia.

De esa experiencia viajera que habría de dejar honda huella en su espíritu por la variedad de impresiones y por la diversidad de aspectos humanos captados o por la multiplicidad de paisajes recorridos, parece ser la naturaleza americana la que más profundamente percibió como lo demuestran sus relatos y como evidencia asimismo el hecho de que, sobre todo, habría de planear para un cercano futuro una nueva incursión más detenida al sector sudamericano. Pero antes de esa definitiva experiencia, escribe un libro de impresiones que titula *Reisen in Süd-Amerika*, inmediatamente después de su regreso de la circunvalación al globo. El primer volumen está dedicado a la América del Sur, desde el Brasil a Chile en donde se embarca para California. El Perú y otros países del Pacífico, con excepción de Chile no están incluidos en su itinerario. Habiendo llegado en marzo de 1849 a Río de Janeiro, recoge impresiones de los negros y de la vida en esa zona. Pasa luego a Buenos Aires, atraviesa las pampas y por Mendoza inicia la travesía de los Andes. Termina sus relatos en Santiago de Chile y Valparaíso. En el segundo volumen relata sus experiencias en California, la región del oro, que entonces empezaba a atraer una inmigración inusitada. Si su objetivo fue evidentemente el drama del oro en California y su tremenda resonancia sobre el hombre, no cabe duda que el trayecto ha de dejar una repercusión mayor. De San Francisco, en el otoño de 1849, se dirige hacia la Oceanía para iniciar ya el retorno y pensar y planear de nuevo en Alemania un tercer viaje cuyo objetivo principal fuera la América del Sur. Esta zona del globo quedó ya desde ese momento prendida a su espíritu y aunque más tarde escribió narraciones de otros ambientes, su mayor acierto, su deferencia, su predilección radican en la América meridional. Obraba sobre su espíritu el antecedente de Humboldt y el de Poeppig, su paisano de Hamburgo, la existencia de recientes colonizaciones alemanas en Brasil, en Chile y en el Perú y el problema de la adaptación del hombre centro-europeo en diversos climas tropicales [8] y subtropicales del Nuevo Continente. Así, la preparación de un nuevo viaje a América del Sur y los encargos editoriales cada vez más nutridos lo retienen todavía desde su regreso (en 1852) de Oceanía y Australia hasta 1860.

A comienzos de ese año lo vemos emprender un memorable viaje -el tercero de su vida- y éste será definitivamente consagrado a la América meridional y abarcará casi dos años (1860 a 1861). La obra en que lo relata: *Achtzehn Monate in Süd-Amerika* (18 meses en

América del Sur) y que comprende dos volúmenes, tuvo un objetivo más determinado, el de visitar detenidamente en la América austral las colonias y grupos étnicos alemanes establecidos en ella e informar sobre sus problemas de adaptación. Aunque Gerstäcker no lo declara, debió cumplir un encargo oficial o por lo menos, de alguna institución que velaba por la suerte y felicidad de esos alemanes ganados por la propaganda inmigracionista y establecidos, en la mayor parte de las veces, con grandes sufrimientos, en estas regiones. Así se infiere el tono y estilo de informe de su relato, y de la forma como encara las situaciones que confronta, y de la naturaleza de las gestiones que realiza ante las autoridades sudamericanas para mejorar la condición de esos extranjeros. Gerstäcker usó un vapor que zarpó de Southampton en mayo de 1860, hizo escalas en St. Thomas y Aspinwall (Colón) y atravesando el istmo en ferrocarril, trasbordó a otro vapor inglés en Panamá para continuar al sur. Sus primeras dificultades sudamericanas se derivan de una revolución acabada de estallar en Nueva Granada. Pero la situación se hace más seria todavía en Ecuador por la revolución latente que encabezaba el General Franco «protegido por las tropas peruanas del Gral. Castilla», a raíz de la derrota ecuatoriana en la guerra con el Perú. Por ello decide desembarcar en Esmeraldas en vez de hacerlo en Guayaquil, muy amagado por la situación política inestable. Aquí Franco se disponía a marchar sobre la capital, Quito, en donde imperaba el Gral. Juan José Flores. El viajero refiere sus experiencias en la colonia inglesa de Pailon, en que encontró empleados muchos alemanes. En su afán de cazador se interna en la selva costanera y llega a Concepción en canoa. Luego por Cachavi, Paramba y San Pedro, arriba a Ibarra, [9] ciudad importante y culta, en donde medita sobre la situación social y racial de los indios y donde se toma varios días de descanso, al cabo de los cuales para alcanzar Quito escoge el camino de «La Escalera», probablemente el antiguo camino incaico. Describe luego Quito y continúa extensamente la descripción del país y sus posibilidades económicas y sociales. Recoge impresiones y relata aventuras y anécdotas jugosas. Enterado de la noticia de que el «General zambo» Franco ha sido finalmente derrotado por Flores y de que éste había recuperado Guayaquil para el gobierno central y restablecido el orden, sofocando la revuelta, el viajero se dirige a Guayaquil, a lomo de mula, por la ruta Latacunga, Ambato y Bodegas, en donde se embarca en un pequeño buque a vapor para alcanzar finalmente Guayaquil. Ha traspuesto las grandes alturas y ahora ingresa de nuevo en la selva tropical costanera. Por doquiera va encontrando las huellas de la reciente guerra civil, ciudades y aldeas arrasadas, soldados desertores, establecimientos militares improvisados, controles estrictos. La misma Guayaquil es una ciudad militarizada, pues hace poco que ha resistido el sitio de los peruanos y luego la ocupación de Franco y finalmente la de Flores. En espera de un barco que lo conduzca al Perú, hace excursiones en lugares próximos, a través de la espesura, teniendo como objetivo la cacería. Para su opinión autorizada de experto en la materia, calidad probada sobre todo en sus relatos norteamericanos, el Ecuador es «el paraíso de los cazadores». Describe detenidamente las especies típicas de animales diversos que puede hallar en esas zonas el aficionado. Finalmente consigue un antiguo velero para navegar hacia el Callao. El barco de bandera peruana está comandado por un viejo capitán holandés que viaja con su esposa, una anciana de la misma nacionalidad, que se afana en entretener el paisaje en la larga travesía, con sus narraciones extrañas, que Gerstäcker escucha y apunta minuciosamente. Por falta de viento favorable, la navegación se prolonga casi 5 semanas. Pero son aquellos días apacibles los que el autor aprovecha para recibir y desarrollar sus apuntes de viaje o recoger con propia elaboración los relatos (como el titulado «La herencia») que escucha de la ingente imaginación de su compañera de viaje, la esposa del

capitán. El 15 de diciembre de 1860, desembarca «por primera vez» en tierra peruana del Callao. El autor no contiene su emoción al poner pie en tierra. «El Perú -dice divulgando sus lecturas infantiles- Pizarro, Robinson Crusoe, Campe, viejos cuadros de la juventud que de [10] pronto cobran vida». Pero en vez de los indios con plumas en la cabeza y flechas en las manos que él añoraba, observa demasiados fraques negros y crinolinas, monedas falsificadas y el ferrocarril reluciente que debe conducirlo a Lima. Gerstäcker se empeña en explicarse su anhelo de visitar este país dorado por la fantasía, que se había generado en su espíritu desde tanto tiempo anterior, desde la época de la niñez, pero que se ha mantenido firme hasta la época de la madurez. No lo ha impulsado a este viaje la sed de oro, porque el metal le ha sido indiferente en sus visitas a California y también en Australia, sino tal vez su realidad humana, esos indios pobres y sometidos, injustamente tratados, o sus posibilidades comerciales o el esplendor de su pasado, expuesto en tantas muestras de la habilidad de sus antiguos habitantes, su cerámica, sus ornamentos de plumas, sus joyas de oro y plata, la contemplación de las láminas del libro de Tschudi y Rivero. De toda la América del Sur, resulta Lima la ciudad que más afín siente a su espíritu, por la personalidad mitad española y mitad americana, por su arquitectura singular, sus balcones y sus gallinazos. Pasea extensamente los lugares de interés, la Plaza principal, la Alameda de los Descalzos, y admira sus mujeres, ataviadas a la moda francesa.

El relato de Gerstäcker dedicado al Perú es el más extenso dentro de su libro de impresiones sudamericanas, y abarca unas 200 páginas, repartidas en 21 capítulos que dedica a Lima, a su excursión al interior del país, incluyendo sierra y selva, a su estada en la región de las fuentes del Amazonas, a la descripción de la colonia alemana de Pozuzo, a las incidencias de su regreso al punto de llegada, a la situación actual del país y a sus gestiones ante el Presidente Castilla para mejorar la condición de los colonos alemanes y finalmente, a su viaje del Callao a Valparaíso y sus impresiones de la costa sur del Perú hasta Iquique. En realidad, el objetivo práctico del viaje era la visita a la colonia de Pozuzo, a fin de investigar sobre el terreno una realidad ignorada aún para los alemanes residentes en Lima. No obstante la época desfavorable de lluvias y los malos augurios de las autoridades y conocedores del país en cuanto a la factibilidad del viaje, Gerstäcker no cejó en su empeño y salió de Lima, con destino al interior del país, a fines de diciembre de 1860, siguiendo la ruta del valle de Chillón, Macas, Obrajillo, Huayay y Cerro de Paseo. Describe detalladamente las incidencias del trayecto y detalla las producciones agrícolas, las características de [11] los animales, los restos de antiguas culturas, las costumbres contemporáneas, las particularidades del clima. En una página memorable traza la semblanza emocionada del hermoso y típico cuadrúpedo de las alturas, el auquénido y sus variedades, la llama, la vicuña, el guanaco. En otra página de exquisita nostalgia nos relata la noche de año nuevo, solo y triste, helado y nostálgico de hogar, en medio de la desolación de la «puna».

En Cerro de Pasco encuentra algunos alemanes ocupados como operarios de las minas y un relojero, un joyero y un médico establecidos en la ciudad, llegados años antes con el primer grupo de inmigrantes desintegrado en gran parte y del que sólo llegó a establecerse en zonas agrícolas un mínimo número, pues la mayoría buscó ocupación artesanal en diversas localidades en donde hallaron buena acogida y más prósperas perspectivas. Describe en Cerro las características del trabajo y la producción minera. Y no omite su acostumbrada visita al cementerio y al mercado, igual que en Lima y en otras ciudades, en

donde encuentra un valioso filón de observaciones acerca de las costumbres de habitantes. El 3 de enero de 1861 continúa su viaje a Huánuco por Huariaca y Ambos. De Huánuco sigue a Panao, en donde el paisaje ofrece otras características. Comienza la selva con sus sorpresas y sus rigores. Por Chaglla y por Muña se interna en los bosques y por sendas imposibles e inimaginables llega finalmente a Pozuzo. Allí relata -nuevo Ulises- su sorpresivo ingreso en la cabaña del primer tirolés y las incidencias de su visita a los dos sectores de colonos, los del Tirol y los del Rhin, que habían acordado en buena armonía y para evitar diferencias, habitar barrios diferentes. Recoge los relatos dramáticos de la odisea de esos hombres y mujeres y de su enorme sacrificio para lograr la situación algo mejor en que se encuentran. El camino a Huánuco se había quedado en promesa gubernativa, y aún cuando se habían girado por el gobierno central del Perú los fondos destinados a su construcción, ellos habían sido malversados por el ex-prefecto que ya ocupaba cargo de Ministro de Estado. De los 296 colonos germanos llegados al Callao, sólo habían arribado a Pozuzo 143, y el resto o sea más de la mitad, o había sucumbido a causa de las calamidades o se había dispersado en otras zonas del Perú, principalmente en las ciudades, donde ahora se destacaban como conspicuos y laboriosos artesanos. La producción de la colonia se reducía a café y cacao pero el problema era sobre todo el [12] transporte hasta Cerro y a Huánuco. El 21 de enero sale de por la ruta de Huancabamba, hacia el sur, siguiendo sendas y trochas de indios. Luego vira al oeste, cruza la cordillera y por Huachón a través de la puna, arriba a Cerro de Paseo. Sigue a Lima tocando en las mismas localidades que en el viaje de ida.

Lima, acogedora, lo recibe con las galas y alegrías del carnaval, a comienzos de febrero de 1861. En otra parte del libro traza el autor una vívida estampa de esta fiesta, con apuntes de singular valor de observación y que constituye una hermosa narración que debiera figurar en las antologías de la ciudad. En medio de la algarabía del juego con agua descubre a Garibaldi (el 8 de febrero), el futuro héroe de la unidad italiana, en serios aprietos de sorprendido forastero. Trascurrido el carnaval, acuciosamente anotado como fenómeno social típico, los afanes de Gerstäcker se dirigen a conseguir una entrevista con el Presidente Castilla, cuya figura le merece admiración y comprensión, aunque no deja de apuntar aspectos desfavorables de su personalidad. Lo había visto anteriormente pasar por las calles de Lima, a poco de su primera estada en la ciudad, fuertemente resguardado por las fuerzas del ejército, pues hacía apenas unas semanas se había producido un golpe militar contra él, cuyas versiones recoge con exactitud. El ambiente político era tenso en las proximidades de un proceso electoral en que, se decía, Castilla se disponía a imponer a su propio candidato. Gerstäcker concluye que la república en estas latitudes es todavía un concepto vacío de sentido y una simple palabra sin contenido democrático. Pero ya en ese momento de su segunda estada, Castilla no se encontraba en la capital sino veraneando en Chorrillos, adonde el gobierno se había trasladado. Para lograr la entrevista, el viajero se dirige al balneario y allí se instala unos días en espera de que le sea concedida la audiencia. Pero el Presidente juega día y noche y lo preocupan poco los deseos de este extranjero, entretenido por los áulicos que le dan pretextos diversos para dilatar su propósito. Su insistencia y los buenos oficios de un funcionario comprensivo vencen al fin y es recibido en el «rancho» chorrillano, cercado de soldados y de burócratas. Conoce la anécdota sucedida con el Ministro de Hacienda Salcedo, y se hace eco de otras hablillas recogidas en círculos de los enemigos políticos de Castilla. Pero su impresión personal del hombre es directa y veraz: hombre anciano y de gran energía, comprensivo [13] y rápido en sus

decisiones, leal y preciso en sus juicios y cumplidor de su palabra empeñada. Conversa con él de la triste situación de los colonos alemanes en Pozuzo y pide a favor de ellos. El Presidente atiende y dispone de inmediato se satisfaga la petición: mil pesos mensuales (Gerstäcker habla de «mil dólares», lo que no parece probable) para concluir el camino de Pozuzo a Huánuco y 500 para el camino de Huancabamba a Cerro de Pasco. Ya puede Gerstäcker despedirse de estas tierras con la seguridad (más tarde confirmada por sus amigos) de que su visita ha sido útil para sus connacionales. El 20 de febrero se aleja del Callao en un moderno vapor inglés y va recalando los puertos peruanos del sur cuya situación económica enjuicia. Se detiene en Pisco para ponderar sus viñas y su futura importancia industrial, en las islas de Chincha para sopesar la riqueza guanera del país, en la desértica Islay, en Iquique para describir la riqueza de su producción salitrera, e ingresa ya a la costa chilena a partir de Cobija. La descripción de Chile abarca en 7 capítulos, unas 173 páginas. Comienza por Valparaíso y Santiago y por consideraciones generales sobre el país, sigue luego la ruta de Valparaíso a Valdivia, donde se detiene para estudiar la condición de los colonos alemanes, muy numerosos y prósperos. Allí, en la biblioteca del club de alemanes, halla la satisfacción de consultar sus propias obras recientemente editadas, muy conocidas en todos los sectores. Sigue en seguida al sur para excursionar entre patagones y pehuenches. Vuelto a Valparaíso, se embarca, a comienzos de mayo de 1861, para realizar la travesía del Cabo de Hornos, después de tocar en Constitución. Alterna sus datos de viaje con el estudio social de los colonos y con estampas muy sugestivas de la vida indígena y de costumbres chilenas. En junio arriba a Montevideo después del paso difícil del Cabo de Hornos. Traza sus impresiones de Uruguay y Argentina, especialmente [14] la zona de Buenos Aires, sin adentrarse mucho en el interior. Reclama su interés sobre todo el Brasil por la existencia de nutridas colonias alemanas en Río Grande, Porto Alegre y Santa Catharina, cuya situación estudia y enjuicia, completando así el cuadro de los establecimientos y de inmigrantes alemanes en América del Sur, que tantas fatigas y afanes le debieron antes de elaborar su informe. Finalmente se embarca en Río de Janeiro el 19 de octubre de 1861, con destino a Burdeos, Francia, de donde pasará inmediatamente a su tierra natal. Su viaje iniciado en mayo del año anterior completa 18 meses de recorridos intensos, en territorio en parte inexplorados o poco transitados, como los que atravesó en Ecuador y Perú. Tal vez por esa circunstancia, las páginas dedicadas a estos países muestran más vigor, sugestión y entusiasmo.

El año siguiente, 1862, realiza un corto viaje a Egipto y Abisinia con el fin de ambientar algunos relatos novelescos que publica al poco tiempo. Finalmente de 1867 a 1868, realiza un último viaje a América para completar sus recorridos por regiones en donde no había llegado anteriormente. Recorre nuevos lugares de América del Norte, sobre todo el oeste hacia el sur, y en seguida México, América central, Venezuela y las Antillas. Pero el final de su vida se acercó presurosamente. Murió en Brunswick al poco tiempo, en 1872, a los 56 años, cuando todavía proyectaba otros viajes y más libros.

La producción literaria de Gerstäcker constituye un inmenso caudal. Sus formas preferidas fueron a) las impresiones o relatos llanos de viaje, luego b) las estampas, en que a base de la observación de hombres y lugares mezcla algunos elementos de ficción y, finalmente, c) sus novelas o «cuadros de vida» (Lebensbilder) en que entra la ficción como componente de alta dosis pero sin descartar trazos de realismo en el espacio y en el tiempo

y sin excluir situaciones realmente sucedidas y personales perfectamente reconocibles, mezclados con circunstancias y personas imaginarias.

De más o menos 10 volúmenes que escribió de relatos de viaje por el mundo, están dedicados a América del Sur 6 de ellos. Los restantes versan casi exclusivamente sobre los Estados Unidos. Sus estampas y cuentos llenan muchos volúmenes más, inspirados principalmente en aspectos de la vida norteamericana. Unos 16 volúmenes, de los 36 que abarca su total [15] producción, recogida en alguna de sus ediciones de obras completas, constituyen su obra típica de novelista, tal vez la que más lo ha caracterizado como autor literario. En lo demás es mayormente periodístico. Merece un trato más detenido su labor como autor de novelas. Entre esos 16 volúmenes de novelas, por lo menos 5 libros (de un promedio de 300 páginas cada uno) son novelas de ambiente sudamericano. las enumeramos a continuación: Die Kolonie (cuadro de vida brasileño), Unter den Pehuenchen (novela chilena), General Franco (cuadro de vida del Ecuador), Sennor Aguila (cuadro de vida del Perú) y Die Blauen und die Gelben (cuadro de vida de Venezuela).

Estas obras (novelas y estampas) son precursoras de una literatura inspirada en asuntos, ambientes y personales típicos de América, producidas cuando todavía los escritos propios de América desdeñaban esos elementos vernáculos inspirándose en ambientes extraños y principalmente europeos. Participaba el autor de la inquietud del romanticismo por recoger expresiones de países y pueblos remotos y por revelar realidades desconocidas o quiméricas. Aquella inquietud había volcado sobre el Nuevo Mundo multitud de viajeros principalmente científicos pero acaso sólo muy contados fueron entre aquellos los escritores de ficción. Gerstäcker es uno de esos creadores de excepción, dotados de gran poder de captación y al mismo tiempo, alados forjadores de fantasía y entelequias imaginarias. Pero aquella fantasía no desbordaba la realidad y se nutría de la teoría y práctica naturalista.

Antes que por Oriente y Australia, se decide la preferencia de Gerstäcker por la naturaleza, la realidad social y el hombre del continente americano. Su vida la consagró casi íntegramente a diversas regiones de América y la mayor parte de sus años de más empuje creador aquí en este continente trascurrieron. [16] Si bien captó y caló profundamente la vida y la naturaleza norteamericana, en donde la crítica lo señala como el impulsor de una nueva tendencia en la novelística, que adentraba en los asuntos propios de América, cuando todavía los norteamericanos miraban como única solución literaria el seductor ámbito europeo, paralelamente podría afirmarse también que su visión de la América del Sur fue un tanto superficial, menos vivida aunque bien intencionada e ingeniosamente tratada, algunas veces con nitidez, otras veces con desaprensión.

Más que un verdadero creador en profundidad, hubo en Gerstäcker un hombre de acción y de ingenio, verdadero ciudadano del mundo, que contribuyó como pocos a destruir el provincialismo o «parroquianismo» de la burguesía alemana de mediados del siglo XIX, con sus panorámicos y ambiciosos cuadros de la vida humana en todo el globo, que incansable y laborioso recorrió sin sosiego. La popularidad que tan intensamente ganó y su propia facilidad para escribir con presteza sobre todo cuanto veía y observaba, conspiró de otro lado contra la morosidad y pulimiento que exige la obra de arte literario. Sus editores ansiosos fueron los peores enemigos de su póstumo prestigio aunque lograron para él la



fama inmediata alcanzada y los beneficios que procuran los «best sellers». Tal vez la urgencia y el exceso de producción le restaron la oportunidad de conseguir las gracias del estilo y la posibilidad de profundizar en la entraña de los hombres observados. En cambio, mantuvo siempre una gran frescura en su prosa, una fluidez caudalosa, la noble intención por todo lo humano, sin excluir que con frecuencia derrocha toques de humorismo y humana verdad en sus equilibrados y sugestivos cuadros de vida. El buen éxito temporal que provenía más que nada de su singular talento y versatilidad de escritor no se reduce, por lo demás, como en el caso de su comprovinciano, el hamburgués Karl May, a un escenario o personaje adocenado. Por el contrario, sus múltiples figuras y paisajes, sus intereses sociales y su emoción humana, latentes en todas sus incursiones americanas, lo conducen a un sitio superior y más digno en la apreciación crítica. Fue sin duda un novelista con fuerza y sentido universal, impregnado de emoción social y de fe en los destinos de la humanidad, consciente de su misión, y activo mensajero de los desvalidos del mundo, así fuera en las abandonadas colonias alemanas de la selva peruana en las plantaciones del Missisipi, en las explotaciones [17] mineras de California, entre los indios del oeste de la América del Sur (Perú, Ecuador), o entre los negros del Brasil y las Antillas.

Al cumplirse el primer centenario de la muerte de Federico Gerstäcker, la Biblioteca Nacional rinde homenaje al romántico viajero y novelista alemán, publicando la primera versión castellana de su valioso y ameno pero desconocido libro de impresiones de viaje por el Perú.

Estuardo Núñez [19]

#### Callao y Lima

¡Por primera vez en mi vida en tierras peruanas! -Esta es una sensación particular que no es fácil describir, sino que debe de ser sentida por uno mismo para poder tener una clara idea de ello. Perú, Pizarro, Robinson Crusoe, Campe, viejas imágenes del tiempo de la juventud, repentinamente cobraron vida, apenas hube puesto los pies, al desembarcar, en sus arenas ásperas. Indios con coronas de plumas rojas, amarillas y azules en la cabeza y en torno de las caderas, y con broches de oro en los brazos y las piernas y arcos de flechas y mazas en las manos... De todo esto, no vi nada, pero sí bastantes levitas negras y crinolinas, algo que es justamente lo contrario de cinturones de plumas y de broches de oro. Cuando le di al cargador que me servía, un medio peso peruano para que llevase mi equipaje, subiendo por la escalera del desembarcadero hasta la estación del ferrocarril, me dijo que era falso, y no lo aceptó (me lo habían dado como vuelto de cambio en Guayaquil), me consoló, no obstante, en cuanto advirtió mi perplejidad, asegurándome que había una cantidad de dinero falso en el país. Levitas... crinolinas... moneda falsas... Estación de ferrocarril. Ya no podía dudar que me encontraba en un país completamente civilizado, impresión que no se debilitó ni con el hecho de haber visto echado a la calle un marinero borracho, donde permaneció extendido. La ilusión fue momentáneamente destruida por la realidad y comencé a contemplar las inmediaciones con ojos algo más desapasionados. [20]

Ya he mencionado antes que la mayor parte de las ciudades de la costa de América del Sur, se encuentran un poco alejadas del mar, teniendo muy cerca de ellas un puerto propio. Ponían así a buen recaudo sus tesoros amontonados y sus almacenadas riquezas, muy fuera del alcance de los piratas que en ese entonces rondaban y quienes, como el cóndor desde las alturas, merodeaban por las costas a fin de caer sobre las poblaciones de anteriores ladrones y saquearlas. Pero ellos no querían compartirlas, como alguna vez se lo habían propuesto para su bien y, es así cómo estos filibusteros convertidos repentinamente en ricos, se retiraron muchas millas adentro, a los pelados cerros, para levantar allí sus ciudades y fortalecerse en ellos. Por ello Lima está situada a tres leguas del mar, formándose el Callao al mismo tiempo, como puerto y fortaleza. Mas, primero debieron venir los forasteros a este país y emprender los trabajos, antes de que estas dos importantes plazas pudieran ser unidas por un ferrocarril.

Callao no se diferencia en nada de los otros puertos del mundo, trabajados todos ellos de acuerdo a un determinado patrón: al frente el mar con sus buques anclados y aquí y allá botes diversos; el desembarcadero provisto de un muelle de piedra o de hierro y por encima de todo, una hilera de hoteles, puestos de ventas y de agencias marítimas, casi todos los cuales llevan nombres ingleses, franceses y alemanes. Los habitantes del Callao no tienen empero, gran confianza en su ciudad, ya que hace algún tiempo, algo así como cien años, fue sumergida por las aguas a raíz de un terremoto. Piensan que el fenómeno puede repetirse, razón por la cual no bien la llamada terra firma comienza a temblar, toman sus cacharpas bajo el brazo y se dirigen a Lima, a toda máquina. Hace dos años estuvieron en alarma durante una semana, debiendo haber huido del Callao algunos miles, a fin de acampar en los amplios paseos de Lima, sobre los bancos y las platabandas de flores. Tampoco se puede confiar en el mar, especialmente cuando ya ha [21] cometido semejante extravagancia, pues de una casa que se derrumba, uno puede quizás ponerse a salvo, mas no así de una desencadenada ola gigantesca que con sus millares de brazos de cristal todo lo agarra y lleva a la destrucción cuanto se pone a su alcance.

El que, por lo demás, no tiene ningún negocio en el Callao y conoce lugares portuarios semejantes, difícilmente se detendrá allí más tiempo del necesario, pues no hay nada nuevo que ver allí, donde todo sigue desagradablemente en un lugar y donde todo tiende a ganar dinero, y hasta el recién llegado es considerado como una esponja que valdría la pena ser estrujada. Un viajero joven que ha dejado su país por primera vez desea encontrar mucho de lo que le llama la atención y que le parece digno de descripción. A éstos les va mejor que a los antiguos, les interesa todo, aun lo insignificante y hasta los morenos rostros y la fruta tropical amontonada descuidadamente con profusión. Un viejo está cansado y harto de ello, y pasa por delante tan indiferente como el labriego en su casa, ante los gorros de piel o las patatas. Naturalmente, tiene también por todo eso mucho menos gusto, y allí donde el primero recibe a cada paso la recompensa de su trabajo, se va él tranquilamente al edificio de la estación, ve cómo el cajero le rechaza el dólar falso que le endosaron en Guayaquil, y paga con buena moneda su billete para el próximo tren.

¡Perú!... Las fantasías y deseos del niño habían desaparecido tiempo atrás pero hasta el hombre tenía (yo mismo no lo puedo decir por qué), un secreto anhelo por esta tierra, que sólo mediante una efectiva permanencia allí lo podía satisfacer y disipar completamente. ¿Era a causa de su famosísimo oro? -difícilmente, pues ya no me atrae desde que estuve

buscándolo con pala y azadón, de tal manera que en Australia -apenas un año después- contempló con la mayor indiferencia la más grande pepita de oro. ¿Era a causa de los indios, a los que se condenó a la [22] muerte con la Biblia y se les enterró, sin una cruz siquiera en las candentes arenas? Quizás. Quizás había oído en ese tiempo algo acerca del excelente chocolate y del buen café, y me había interesado, a través de las imágenes peruanas, por los adornos de plumas. Todo esto se deshizo en cuanto se puso en movimiento el tren, entre una densa nube de polvo y de arena, y la gorda mulata que estaba sentada frente a mí con su traje chocantemente amarillo, me volvió a la realidad cuando me sopló el humo de su cigarro. ¡Dios mío! cómo transpiraba y brillaba la mujer, lo que casi me hizo olvidar el atrayente escenario del campo y de muros de barro y de tierras resacas, que estaba en torno mío, y a través de los cuales nos conducía el tren gracias a la ficción, en la tormenta. Finalmente me volví a ella, y mientras los aros de acero de la maldita crinolina presionaban contra la canilla, me puse a contemplar los grisamarillentos campos por los que volábamos.

Perú le ofrece también al viejo viajero algo nuevo, pues, con excepción de los desiertos de arena de África y de Australia, es el único lugar del mundo donde no llueve nunca y en el que las botas impermeables encontrarían una excelente acogida en cualquier museo. Se siente también que aquí no debe llover nunca, cuando se ve las aisladas y pequeñas chozas al borde del camino, que apenas tienen un techo plano y transparente compuesto de juncos, como para proteger lo indispensable contra los rayos del sol. Esos muros grises de barro no resistirían tampoco una lluvia verdadera, pues los disolvería tranquilamente. Y qué tierra terriblemente desolada nos rodea, un paisaje que aparece exactamente como si los cerros todos, los campos y los caminos, tanto como las casas y las chozas, estuviesen contruidos artificialmente con ladrillos sin cocer, y no tuviesen más objeto que llevar el polvo o las herraduras de un animal de carga. ¡Nada de lluvia! Ahora comprendo al francés que en Guayaquil, mientras yo venía del interior bien lavado y remojado, contemplaba junto a la ventana, con el [23] rostro transfigurado, el correr de las aguas. El hombre había llegado de Lima y en el curso de diez años no había visto lluvia alguna. Daba muestras de enorme satisfacción. Yo le aconsejé -por si esto fuera lo único que le faltaba-, ir alguna vez al Ecuador para seguir un tratamiento de lluvia. De tanto chaparrón allí, uno no puede imaginarse siquiera el polvo. Por lo demás, quedé realmente asombrado, cuando en este desierto, el tren pasó haciendo estrépito delante de un muro de barro bastante alto, sobre el cual dejábanse entrever las desgarradas hojas de un plátano. ¡Pobres plantas! Aunque están regadas artificialmente y conservadas cruelmente con vida, cómo tiemblan y perecen bajo el quemante sol -esclavos vegetales que son largo tiempo cebados hasta que den sus frutos, para luego, allí mismo donde crecieron, ser tronchados, a fin de servir aún después de muertos, como fertilizantes del suelo.

¡Estación de Lima! -El tren rechina todavía durante un trecho corto a través de bajas construcciones que tienen una fachada pintada con muy mal gusto y un techo plano de barro a manera de calva. El tren se detiene en la estación, donde somos asaltados por hombres numerados que nos despojan de nuestros equipajes. Me hospedé en Lima en un gran hotel poco espacioso y en un cuarto nada acogedor; me lavé y me cambié y fui luego donde un honrado compatriota, un zapatero, a fin de hacerme lustrar las botas, lo cual fue hecho por él mismo en honor a su compatriota por un cuarto de dólar. En Quito hubiera requerido un par de zapatos nuevos, pues el mozo del hotel despreciaba tal servicio. Corrí

luego más que anduve hacia el correo, para recoger las cartas que me habían llegado. Cartas ¡cartas de la patria! Dios sea bendito, encontró cuatro con los conocidos y queridos sobres de color amarillo, y como no podía esperar naturalmente llegar con ellas a casa, entré en el café más próximo, donde pasé una hora deliciosa junto a una botella de buena cerveza y un cigarro habano. ¡Cartas de la tierra! Qué me importaban Lima y el Perú, realmente [24] no sabía en ese instante dónde me encontraba. Pero todo tiene su tiempo. El mozo iba y venía, hacía rato, de la puerta a mi mesa, como si temiese que yo me fuese a escapar con el dinero de la botella; y cuando cancelé, me eché a andar en las movidas calles de la extraña ciudad, a fin de entregarme con todo arrobo a mis nuevas impresiones.

Confieso paladinamente que con mucha frecuencia se reflejan en nuestras almas impresiones externas y que muy a menudo, un cielo gris o una mala posada calumnian el verdadero paraíso de un país. Mas, también nuestra propia disposición de ánimo hace valer sus derechos y pinta de azul un cielo gris y sabe cubrir de verde ondulante un desierto desconsolador. Aquí, todo vino, posiblemente, a reunirse para dar un tono rosa a mi contorno, pues la dicha de las cartas recién recibidas de mi adorada, el cielo azul y despejado, el foráneo contorno, hicieron que -debo confesarlo- ninguna ciudad de América del Sur me gustara tanto como Lima. Y hasta en los días posteriores, con ánimo más tranquilo, vine a comprobar el juicio que me había formado antes. Lima tiene en sí esto, de todos modos: que todavía una gran parte, pese a que en ella viven muchos extranjeros, conserva su peculiar modo de construcción, medio español, medio americano. Muchos le reprochan ser, como el catolicismo alemán, un híbrido entre católico y protestante, lo mismo entre la cultura europea y las primitivas costumbres; pero yo no puedo decir que esto haya impedido que desde la primera y decisiva impresión me gustara. Es cosa cierta que los sudamericanos se han despojado del poncho y circulan con su paletot y su frac, mientras las damas friegan con las colas de sus crinolinas la calzada y las veredas, como en París, Londres o Viena; mas, el pueblo ciudadano permanece igual en todas partes, donde se han instalado los gallinazos de las antiguas costumbres: los peluqueros y sastres franceses, debiendo todavía agradecer a éstos que hayan dejado en pie las antiguas residencias y las iglesias.

[25]

El estilo de construcción de Lima, aunque sin el carácter tan antiguo que algunas ciudades han conservado fielmente en lo íntimo, no obstante tiene mucha personalidad y de manera muy particular por sus balcones que en ninguna parte del mundo se les puede encontrar de más color. Justamente a causa de su mezcla gustan a la vista, o por lo menos, no fatigan y no le ocasionan al hombre la desesperanza que le produce estar mirando filas de casas que sólo se diferencian entre sí por los números. Y no es porque desdeñen extenderse a lo largo de una cierta línea y que por ello estén más pegados que parados, tan pronto arriba, tan pronto abajo, no, es porque tienen también las formas y pinturas más diversas, tal como le haya convenido al gusto del arquitecto y del propietario. Aquí se prolonga a lo largo un ancho y alto balcón de oscura madera de cedro, con brillantes vidrios y cortinas coloridas detrás de ellos, más allá hace alarde un otro de oscuro color oliva, con las mismas celosías de madera corridas. Uno se pronuncia tanto sobre la casa, que puede

ver al vecino en su ventana y otro está tan apretujado, que ha cobrado un sospechoso aspecto. No pocos se parecen a esas pequeñas construcciones que nosotros hemos descubierto aquí y allá en los antiguos castillos de la caballería, con estrías oscuras y perpendiculares. Rara vez se encuentra balcones modernos con molduras pétreas y abierta perspectiva y muchos semejan a un coupé de un tren de segunda clase.

Casi todos los techos de Lima son planos y están cubiertos con quincha y madera y una delgada capa de barro por lo que, naturalmente, no pueden resistir ningún chaparrón. Hace cinco años debió haber caído uno, de manera que el barro disuelto chorreaba para satisfacción de los inquilinos, graciosamente sobre las alfombras y los muebles finamente forrados, descolgándose por las tapicerías en busca de su camino.

Cuando uno contempla la ciudad desde una elevada [26] casa o desde una torre, se nos aparece singularmente a causa de sus techos planos y grises. Las casas desaparecen casi en medio de los entreverados campos rectangulares de un solo color, que sirven además, para limpiar del camino una masa de inmundicias. Perros y gatos muertos son arrojados, sin más, allí arriba para su posterior entierro; y los más baratos servidores de la baja policía del Perú, los gallinazos, se dan cita repentina para realizar golosamente su festín. Sí, hasta llega a contarse una escalofriante historia de un sacristán -la que sería maravillosa materia para una balada-, que luego de la prohibición del gobierno de enterrar cadáveres de niños en la iglesia, tomó clandestinamente, dinero de los padres de un niño fallecido, para prestarles el anhelado servicio. Mas en lugar de enterrar como lo había prometido, el pequeño cadáver en la iglesia, valido de la noche lo arrojó sencillamente al techo que había sido dividido por él, de tal manera, que ninguno de los vecinos podía observarlo y dejó luego todo el trabajo a los gallinazos. Como es natural, al correr el tiempo, fue descubierto y pagó su delito en la cárcel.

Los gallinazos forman parte, sin duda, del escenario limeño, ya que sin ellos no es posible imaginarse las calles. Se les puede ver muy de mañana ocupados en remover celosamente las acequias, a fin de coger los succulentos trozos que allí les han sido arrojados de noche y donde también suelen entablar camorra por algún bocado importante. Ocurre no pocas veces que algún perrazo da un salto en medio de ellos, como bromeando, por lo cual alzan amigablemente el vuelo y van a posarse en el muro de una iglesia o en el más próximo tejado, donde esperan que el petulante perro haya satisfecho sus deseos. Como en todos los países cálidos, se impone una fuerte multa por matar a un animal tan útil, y así no se sirvieran de su sucio plumaje pardusco para adornar su pelado cuello y su asquerosa figura, contribuyen infinitamente en mantener la salud del lugar y merecen por ello que se les acoja. [27]

El gobierno ha hecho, además, algo por la ciudad, la cual posee una excelente red de cañerías con agua corriente en casi todas las buenas casas, así como gas y veredas en todas las calles. En todo caso, a través de éstas hay acequias revestidas. Por lo general, si uno no es muy exigente, existe una saludable limpieza -doblemente saludable si se viene justamente del Ecuador-. Para el embellecimiento el Estado ha abierto también su benéfica mano y bastante en realidad, si se piensa con qué frecuencia son cambiados los ministros y que no puede retirarse decentemente ningún jefe de gobierno, sin un medio millón de soles. En un lugar muy próximo a la ciudad ha sido construido un paseo muy hermoso, el cual

tiene en verdad, una lejana semejanza con un campo de bochas y que por su fresca verdura y sus bien regadas plantas hace bien. Se encuentra un poco recargado con estatuas no malas y con jarrones que apretadamente corren paralelos por la alameda. Mide más o menos, cuatrocientos por veinte. Además de esto y a fin de coordinar lo hermoso con lo útil, se ha dotado a los diversos arrabales de colores variados, de manera que el lector puede, con un poco de fantasía, formarse fácilmente la idea de un extramuro azul cielo, mientras otro lo es verde, otro, amarillo. Hay no obstante en todo esto, algo singular pues uno se pregunta si en alguna otra parte del mundo tendrá el hombre pensamientos semejantes.

La plaza, en el punto céntrico de la ciudad, es un lindo y despejado lugar, con una bella fuente toda en metal sobre cuya bola se alza la alada diosa. Uno de los frentes está ocupado, como en Quito, por la catedral; dos, por portales y la cuarta ala por el palacio más triste que jamás hayan visto mis ojos. Debe de estar muy bien dispuesto en el interior, mas, en lo externo, produce una impresión como si hubiese sido comprado por viejo en una ciudad de provincia y levantado aquí porque no había lugar en ninguna otra parte por lo ancho y desairado. [28]

Por lo demás, la plaza no ha sido utilizada como mercado, lo que yo encuentro muy acertado, debiéndose colocar los coches de punto sólo en determinados sitios-, pues hay coches de plaza en Lima, y ciertamente con dos excelentes y bien dispuestos caballos, mientras los cargadores de agua vienen con sus asnos a la fuente para llevar aquélla en pequeños barriles a las casas que todavía no disponen del servicio de agua por cañerías. Las calles están trazadas, como en todas las ciudades sudamericanas, a cordel -excepción sea dicha de Cerro de Pasco-, formando así las llamadas manzanas y cuadras; y los extranjeros residentes comienzan a utilizar en los locales que han comprado, un lujo semejante al de Europa. En las esquinas de las calles están introducidos en tierra, a la inversa, los cañones que antes sirvieron para defenderse del asalto de los indios, y ahora para protegerse de la intromisión excesiva de los vehículos.

Las murallas de barro en que antes estaban colocados los cañones en la vieja ciudad, constituyen todavía un enigma para aquellos que no conocen la naturaleza de este extraordinario país, pues mejor que todas las defensas contra asedios habidas en el mundo, serviría una primavera semejante a la que habitualmente tenemos aquí, para borrarlas de la faz de la tierra, completamente. No hay que temer cosa semejante, ya que también los indios han sido felizmente exterminados, y los pocos que han quedado con vida, están de tal modo desmoralizados y dispersos en el país, que no intentan ningún ataque contra estos muros de barro de su antigua ciudad.

¡Indios! Gran Dios, ¿dónde se han quedado esos millones que antes poblaron toda esta inmensa zona y que construyeron un sólido puente entre Quito y Lima y unieron con puentes, colinas y llenaron de oro los templos del sol? La historia nos ha conservado todo esto fielmente: los primeros fueron, para conocer el amor a Dios y la adoración a la cruz, extinguidos por el fuego y la espada, pisoteados por [29] los caballos, destrozados por los perros; y a los últimos se les amarró al arado y se les atormentó como esclavos y ya nadie se preocupa por los pocos que quedan. Tienen nombre cristiano y abonan a los curas lo que deben abonarles, esto basta. El sistema de aniquilamiento fue, no obstante, un poco de prisa, pues de repente faltaron -exactamente como ocurrió en las Indias orientales-

trabajadores para los blancos. Es por ello que se importaron los esclavos que crecieron y prosperaron y cuando, finalmente, el Perú junto con los otros Estados de América del Sur se libró del yugo español (los sudamericanos no están todavía de acuerdo en que si eso fue para su bien o no), se concedió la libertad de esta raza de etíopes, no sabiendo cómo iniciar con ambas partes algo con derecho. En todo caso, los negros estaban en ventaja, ya que no necesitaban trabajar y no trabajaron más, por lo que ahora llenan las calles de Lima con la chusma, haciendo inseguros los caminos y hasta peligrosos para la vida, teniendo en constante sobresalto a los pobladores, durante estos últimos años, por la comisión de robos y asesinatos.

Nuevamente se vieron los peruanos sin trabajadores. A los indios los mataron o los martirizaron a muerte, a los negros los manumitieron, mas como tenían necesidad de trabajadores, dónde tomarlos sin robarlos. En todo caso, lo más adecuado era traer trabajadores de otros países que reemplazasen el lugar de los indios y de los negros y quienes pudiesen producir para los nobles señores de la tierra el necesario trabajo. ¿Cuál era la nación más adecuada? No quisieron meterse con ingleses, franceses y americanos, siendo las dos naciones más a propósito para conseguir súbditos trabajadores y obedientes, China y Alemania. Pues ni China ni Alemania se preocupan porque sus hijos caigan en manos del verdugo, en cuanto ellos han abandonado la patria, y aunque con este motivo les hayan dicho groserías indirectas a su gobierno y a sus condiciones. A pesar de ello, no hubo muchos deseos de trabar relaciones con China. Este es [30] un pueblo muy laborioso pero de todos modos inútil; y como la raza, descendiente de los antiguos piratas, de los indios y de los negros, no podía, evidentemente, ser considerada como un paradigma de pueblo, se tuvo el temor de producir un nuevo injerto inútil. Los «honorables» alemanes tuvieron la preferencia para ingresar en lugar de los negros, y un tal llamado Rodulfo, peruano, envió felizmente la primera hornada a este país.

No necesito mencionar más cómo les fue a ellos y cómo fueron tratados. De este asunto se ha hablado suficientemente en Alemania. Rodulfo, sin escrúpulo alguno, puso a los alemanes en pública subasta para dar a la gente mediante un acuerdo, según él decía, para hacerles firmar su contrato. Sólo cuando se produjo un gran escándalo y los ingleses y franceses comenzaron a avergonzarse por los alemanes, puso al gobierno de por medio dando fin a la trapisonda.

Aquellos alemanes que fueron introducidos por Rodulfo, se encuentran ahora dispersos en todo el país, habiendo permanecido muchos en Lima, donde representan casi todos los oficios, yéndoles bien a casi todos. El alemán (al que otros gobiernos reprochan desgraciadamente con razón de ser los mejores súbditos que ahora están acostumbrados a tomar parte en todo y en el extranjero a perseverar con mucha destreza), es un hombre ordenado y aplicado, que adonde quiera que vaya, se introduce, se adapta y prospera. Hábil y perseverante en su trabajo, tiene que sobrepasar por ello a cualquier otra nación, y es por eso que encontramos, especialmente entre los artesanos, una multitud de gentes pudientes y bien colocadas, los cuales llegaron al país bajo las más tristes condiciones, habiendo ascendido sólo por su esfuerzo y su perseverancia a lo que son ahora. Aparte de ello, se encuentra en el comercio muchos de los mejores y más apreciados nombres. (Estos son también los únicos «inmigrantes», ya que casi todos ellos, más tarde o más temprano [31]

regresan a su patria), que procuran a su país de origen continuas utilidades, permaneciendo con ella en constante y activa circulación.

Le falló todo a la colonia alemana de entonces, por lo menos en aquello en que había puesto su intención. En realidad, le ha procurado siempre provecho al Perú -el que algunos propietarios de haciendas esperaron sacar para sí- mediante obreros conscientes. El campo permaneció entre tanto baldío, no pudiéndose poner a los peruanos al trabajo porque tampoco se les encontraba pues el mariscal Castilla llevaba a filas a cuantos jóvenes podía reunir. Durante un largo tiempo, la relación se había enfriado con Alemania, habiéndose hecho mucho ruido en los periódicos de allá. Tenía que pensarse en otros inmigrantes, si es que los honrados peruanos no querían verse expuestos a la triste necesidad de trabajar ellos mismos. El Presidente que en un principio fue opuesto al ingreso de chinos, hubo de aprobarlo entonces, llegando grandes cargamentos de esclavos chinos al libre país, con el objeto de labrar convenientemente sus campos. De qué servía que se les llamase coolies (al niño tenía que dársele otro nombre), eran vendidos públicamente (por mucho que los peruanos lo nieguen y digan que la gente era requerida a cumplir el contrato que los chinos habían aceptado) y entregados por ocho años a sus futuros amos. En ese tiempo no eran más que esclavos, pudiendo ser vendidos en cualquier momento. Cuando tenían un amo severo recibían poco alimento y muchos palos y cuando no se presentaban clamorosos maltratos los prefectos le endosaban al verdugo sus quejas. Después de ocho años alcanzan su libertad y pueden entonces recomenzar su vida. Esto lo hacían también honestamente instituyendo clandestinamente fumaderos de opio y casas de prostitución, y haciendo obsequio al Perú, en vía de agradecimiento, de una nueva mezcla de razas de cholos y chinos que redundará en prestigio de una nueva especie. [32]

En Lima se encuentran barrios íntegros que son habitados casi exclusivamente por chinos, -covachas sucias, oscuras, en las que se albergan con sus singulares costumbres y vicios, siendo de admirar más todavía que el clero católico, que en estos últimos años se ha dado tanto trabajo para extirpar la herejía, haya permitido ahora que los paganos tengan ingreso libre al país, y hasta les paguen el pasaje para que puedan venir.

Lima cuenta con una enorme cantidad de extranjeros dentro de sus murallas y así se vaya por cualquier parte, se oye hablar alemán, inglés y francés y se ven escudos de estas tres naciones sobre las diversas casas comerciales que se surten de sus mercaderías. La moda en Lima es completamente europea habiéndose, desde este punto de vista, afrancesado del todo los peruanos. Los jovenzuelos y las jóvenes se pavonean en frac y crinolina respectivamente, y sólo la mantilla con que se cubren las últimas hace recordar «el buen tiempo pasado» -como se dice siempre entre nosotros-. Las limeñas tienen en eso una manera especial de llevarla que no está en la costumbre de ninguna otra república sudamericana. Estiran la mantilla sobre la frente y saben de tal manera hacer caer la punta de aquélla que, de todo el rostro, sólo dejan ver el ojo izquierdo por permanecer descubierto. Las damas decentes deben proceder de este modo aun de día, pues en la noche es usurpada esta costumbre por la chusma ligera. No se ve en otra forma ni la más leve huella de peculiaridad en todo el atavío de las limeñas; hasta los militares están vestidos a la moda francesa, con pantalones rojos y con una gorra que más tiene forma de tejado y quien haya llegado aquí con vagas ideas creyendo que ha de encontrar todavía, peruanos adornados con plumas y corona se sentirá malamente engañado. En realidad, estos Estados



se orientan todos con sus costumbres, por mucho que pretendan ser independientes, constante y completamente hacia Europa, de la cual adoptan la más leve modificación de la moda, en cuanto les llega en el [33] vapor el periódico de modas. Llevan asimismo corbatas delgadas o anchas, amplios o estrechos pantalones y doblan sus cartas de visita no solamente en una de sus esquinas sino en todo el borde -todo como entre nosotros- y si no fuese por el campesino que atraviesa las calles montado en una mula y cubierto de un poncho, apenas creería uno encontrarse en América del Sur. Hasta los chinos de aquí, a quienes se encuentra como mozos de hotel o en alguna otra ocupación en la calle, se han adaptado en su mayor parte a su ambiente, cortándose la trenza y poniéndose sombrero al estilo europeo. No pueden renunciar únicamente, a sus rasgados ojos y a su chato rostro.

Por numerosos que sean los alemanes, franceses e ingleses que estén distribuidos en la ciudad de Lima, todas las esquinas de la misma han sido tomadas en propiedad por los italianos, quienes han instalado allí una pulpería, negocio de abarrotes, un café o un bar, a los que son atraídos los transeúntes mediante anuncios atractivos y cortinajes variopintos. Como es natural, juega en todo ello un rol especial el tricolor italiano y hasta en las tiendas de comercio flamea por doquier con una litografía de Garibaldi en el centro como si fuera mercadería.

Los italianos son en la práctica, un pueblo especulativo y tienen de común con los de la raza israelita el no desanimarse ante ningún trabajo para ganar dinero, manteniéndose en actividad día y noche. Pero es un hecho singular, no obstante, que yo no conozca ni en Alemania ni en ninguna de las ciudades americanas un solo ejemplo que muestre a un israelita dirigiendo un bar. Todo lo venden al detalle, pero nunca vino, cerveza o aguardiente. En Rusia y en Polonia deben llevar ellos a cabo esta venta de manera exclusiva, por lo que no puede ser antipatía.

Como Lima es capital del país, es naturalmente la residencia del Presidente, mas el único lujo cortesano que mantiene [34] el Presidente Castilla son los soldados, quienes acompañan a éste ritualmente, en cada uno de sus pasos. Si va por la ciudad lo siguen entonces, unos veinte o treinta hombres de infantería con los fusiles cargados y la bayoneta puesta; si va a caballo, lo sigue ruidosamente una tropa de la misma fuerza, con sus sables chasqueantes y con el estandarte de las lanzas flameando al viento. Si va a bañarse en el mar, su cuerpo de guardia se mantiene entre tanto en el puesto; viaja por ferrocarril, su vagón estará entonces inmediatamente después de la locomotora y los siguientes, abiertos, serán ocupados por su guardia fiel.

Este es, evidentemente, un feo cumplimiento que él hace a sus fieles «conciudadanos» pero en realidad tiene motivos para ello, pues varias veces se ha atentado contra su vida, especialmente en los últimos tiempos. Ocho o catorce días antes de que yo llegara a Lima, tuvo lugar una pequeña revolución militar que singularmente se originó entre los mismos oficiales, no obstante que el Presidente había hecho por su situación mucho más que por la de nadie. Muy de madrugada un pequeño grupo de estos oficiales, con media compañía de soldados, fue sacado ante la residencia del Presidente, habiendo sido fusilados seis de ellos por los propios soldados, inmediatamente después. El proceso de toda la revolución, que no duró media hora, era relatado de muy diversas maneras; la versión más aceptable es la siguiente:

Los oficiales no debieron haber dicho nada a los soldados que querían tomar preso al Presidente -pues parece que no estaba previsto el asesinato-, y cuando los oficiales pusieron los pies en Palacio, o más bien en la residencia privada de Castilla, los llamó un coronel que vivía frente a ella, que había tenido la intención de seducirlos, y en cuanto volvieron a entrar al patio, los fusilaron. Seis oficiales fueron muertos en el acto. Mucho más verosímil es, en cambio, la otra versión, según la cual aquel [35] famoso fusil que siempre dispara por descuido, habría sido activo en esta ocasión; por ello se inquietaron los oficiales en el interior del Palacio, pues creyeron que su plan había sido traicionado; el coronel que vivía al frente, sea cual fuere el partido al que hubiere pertenecido, creyó necesario sostener la palabra de lealtad que había empeñado y más aún por haber aparecido Castilla en el techo de su casa y haber desde allí arengado a las tropas, siendo el resultado el que se ha dicho. Los soldados no pueden haber sido tan inocentes pues mientras estuve en Lima, esa compañía fue totalmente disuelta e incorporada en pequeñas partes a otros regimientos, no sin haber marchado antes con toda su impedimenta, durante largo rato bajo el sol ardiente.

Es legión el número de los oficiales en el Perú. Como se me participó para cada sesenta hombres hay un general y el correspondiente número de oficiales de Estado Mayor y algo así como veinte tenientes. Entre éstos se ven mozos enteramente jóvenes e inmaduros y en muchos aspectos su point d'honneur parece apartarse del de los europeos.

Sobre este punto se relataban en Lima las cosas más increíbles. Parece que varias veces habían recibido una tunda de palos los oficiales porque sus acreedores estaban impacientes, sin que sus camaradas hubiesen mostrado indignación por este hecho. Se considera también lo peor como un hecho, pero no es necesario creer lo peor de todos los hombres.

La palabra República es, por lo demás en el Perú, como en todos los estados sudamericanos, sin excluir a Chile mismo, nada más que un sonido vacío. No significa nada más que es Estado que ya no es una monarquía y tampoco está gobernado por la Madre Patria. Antaño dominaban estos presidentes, casi todos, de manera tan ilimitada, como podría gobernar un monarca soberano. La mayor parte de sus conciudadanos entienden tan poco de política y se cuidan [36] tan poco de ello, como podría desear y pedir uno cualquiera de sus súbditos. Sólo en tiempos de una revolución, o en las elecciones, se le habla al pueblo; y como tiene que tributar en tiempo de paz se busca en un intencional cambio de gobierno, llevar también al mercado lo que tiene un precio ínfimo en el país, su propio pellejo. Es así como en ese tiempo transcurrió pronto en el Perú el mandato presidencial del general Castilla, debiendo aparecer un nuevo candidato ya que según las leyes, él no podía ser nuevamente elegido. Con una candoridad realmente conmovedora se hablaba ya en todo Lima del resultado de esta elección, llegando a decir las gentes, abierta y públicamente: el general Castilla deberá en todo caso hacer elegir a alguien que le permanezca completamente sumiso. Si se pone a un independiente, sucede entonces que una pequeña revolución inocente se encarga de sacarlo, entrando nuevamente en triunfo, llevado por el pueblo, el general Castilla, quien borra de la pizarra, sencillamente, el incómodo artículo que se le había atravesado en el camino presidencial.

El Presidente Castilla es un señor pequeño y viejo, con mostachos bastante enérgicos y blancos y una personalidad algo así como la del Mariscal de campo austríaco Hess. Debe

tener, además, un carácter muy firme y tenaz, como hasta ahora lo ha demostrado suficientemente, y una bien orientada sensibilidad en relación con sus conciudadanos, no poniendo cuidado ni en el verdugo, ni en sus amoríos ni en su seguridad, con tal de que le teman. No se encuentra aquí esa delicada deferencia como la que muestra en nuestra amada patria el príncipe reinante por todos los demás, así fuesen enemigos. Tiene el Presidente además, la fama bien fundada: ser terriblemente grosero, manteniendo a todos en un puño especialmente a sus ministros. Como es natural, todos ellos se inclinan a su capricho, pues no les queda sino un par de años para hacerse ricos y el general Castilla es el único hombre que puede mantenerlos en el puesto o darles con la puerta en las narices. Nadie va a hablarme [37] ya más de los palaciegos europeos como de algo especial; la hierba mala prospera y florece aquí, en el suelo tropical de una república, con lujuria tal como en la más templada zona y puede hacer tan hermosas y profundas reverencias y mentir y lisonjear y traicionar como en nuestro país.

El Presidente está instalado muy cómoda, aunque sencillamente, en su casa de campo, en Chorrillos. No he visto su residencia en la ciudad. Lo que más me gustó de sus muebles fue la maravillosa hamaca indígena, con abigarradas plumas en los lados y ricamente adornada con guarniciones en los remates. Por lo demás, el Presidente juega mucho y si se puede dar crédito a todo cuanto sobre esto se cuenta, no es raro que estén consignadas grandes sumas en los abigarrados papeles. Una excelente anécdota caracteriza muy bien, además, el estado total de las finanzas del Perú. Castilla había perdido fuertes sumas en una noche y aparte de lo que pagó, dio orden a su Ministro de Hacienda que le extendiera un cheque por 50.000 pesos. Pero este señor en vez de consignar 50.000, consignó 60.000; cuando le presentó el documento al Presidente para que lo firmara y éste asombrado dijo: «sesenta mil?... yo he pedido sólo cincuenta mil» el señor Salcedo respondió tranquilamente: «En todo caso, Excelencia, yo necesito también diez mil».

Estos son los «buenos, antiguos tiempos» que son anhelados con suspiros por los pobres empleados angustiados mantenidos en la estrechez, en el último siglo.

La residencia del Presidente estaba como es natural, al menos el vestíbulo, circundado por una reja de hierro vigilada por soldados; y durante el almuerzo, cuatro de ellos debían permanecer sentados, con la bayoneta calada fuera de la caseta de la guardia, en un banco laqueado de verde, demasiado estrecho para los cuatro. Con qué objeto se hacía esto, es cosa que no me la han explicado. [38]

Chorrillos es el balneario más visitado de Lima, del que el lector no puede formarse por la gracia de Dios ninguna idea exaltada. Se puede imaginar un montón de ruinas, situadas a la orilla del movido mar, y sobre este montón de escombros, tierra y arena; una cantidad de pequeñas casas de barro y graciosas casas de veraneo, que parecen humear tranquilamente. Muy junto (se requiere ir por encima de una especie de muladar, en el que una cantidad de perros y de gatos muertos son despellejados por los gallinazos) se alza cálida e inconsolable la iglesia con su cementerio casi calcinado, al que ningún arbusto le brinda la menor sombra y protección, al que ninguna flor le envía una señal alegre y vital en el tremendo ardor. Todo está circundado por un muro de barro, un par de cruces esmaltadas de azul y negro se levantan allí adentro, y parece como si estiraran el cuello, como si quisieran salir de ese vaporoso y caliente lugar en pos de la libertad, y si estuvieran afuera, estarían

deseando regresar, pues afuera, aparece todo desolado. Por lo demás, Chorrillos no podría ser un lugar de veraneo, si no mantuviese el culto del juego. La raza hispana ama singularmente el juego y una cantidad de personas que hace negocio con esto, merodea por allí para desplumar y saquear a los extranjeros poco experimentados. Allí encontré entre éstos a un conocido del vapor «Themar», que nos trajo de Santo Tomás hasta Colón y en el cual este mozo desnudó completamente a un par de ecuatorianos. Él estaba sentado, las manos en los bolsillos, en un banco, y, junto a él, apenas tres pasos más allá, un gallinazo mondaba un hueso: los dos se compaginaban admirablemente.

Antiguamente, Chorrillos estaba habitado sólo por los indios, y aún actualmente, un indio es allí el más alto magistrado. Los peruanos blancos se establecen poco a poco entre aquéllos, pues no hay ningún lugar tan cómodo y tan próximo a Lima para bañarse en el mar y para recibir la brisa marina. Llaman a sus casas de allí, como los indios, «rancho» y las han construido de manera muy parecida a [39] las chozas indígenas, sólo que con más elegancia. Los alrededores son, además, tan desolados, como sólo pueden serlo en algún lugar de la costa peruana. Ninguna planta crece en los áridos cerros, ni siquiera, un cactus, o un espino. Las calles están llenas de un polvo que llega hasta el tobillo, no cayendo sobre ellas nunca una gota de lluvia. Las casas no tienen ningún saledizo o balcón, sólo barandas en la parte interior, y resulta extraño que alguien camine por las calles a mediodía. No se encuentra ni a la derecha, ni a la izquierda, ni de frente -pues el sol cae entonces perpendicularmente- sombra suficiente como para proteger a una mosca de los calcinadores rayos.

Desde Lima se viene más o menos en una media hora, utilizando el ferrocarril a Chorrillos y se considera de buen tono poseer una residencia de verano en este atrayente lugar de arena y polvo, o por lo menos alquilarla para los meses calurosos. Los meses de calor no son en realidad, tan malos como se podría pensar por la situación geográfica de Lima y los áridos alrededores quemados por el sol. Yo estuve justamente en lo más caluroso del año pero no experimenté realmente ningún día de efectivo calor e inclusive las tardes eran frescas, por lo que había que llevar un sobretodo abrigador. Es un hecho maravilloso el que justamente en Lima encuentren rápida demanda nuestras gruesas telas invernales, paños que tienen un espesor de un cuarto de pulgada, y los cuales no van destinados al interior, alto y frío, sino que se usan más bien en Lima. Esto es lo que ocurre en casi toda la costa occidental de América del Sur, desde el Ecuador para abajo; las cordilleras con sus nevadas cumbres se encuentran muy cerca. Si viene el viento del occidente, trae consigo la helada brisa marina, pero si sopla del oriente, como ocurre la mayor parte del tiempo, trae entonces el viento de nieve de aquellas alturas, hasta la parte baja del valle, y crea por eso una temperatura muy diferente a la que se encuentra en la costa oriental, en la misma latitud. Las noches son constantemente frescas, siendo ésta [40] la causa por la cual los europeos o los blancos no se debilitan tan pronto en estos países como en otros lugares de los trópicos. La vegetación es tropical pero en un país donde nunca llueve, es asombroso que todavía crezca algo. Sin embargo el mercado está lleno de frutos, pudiéndose escoger uvas, plátanos, piñas, naranjas, higos, tunas, melocotones, etc. Todo esto, con excepción de los plátanos que son secos y desabridos, viene de la costa, una

parte del norte, de Guayaquil, otra parte del sur, de Pisco, y si realmente se quiere comer fruta uno debe estar seguro de que tendrá que pagar caro por ellas.

Y ¿qué ofrece Lima generalmente? -Oh, Dios mío, las pretensiones de la gente, si van a ser satisfechas aquí, deben de ser muy modestas, pues quien no tenga un círculo de familia, con el cual mantenga relaciones, maldita la gracia si encuentra algo en qué sustentarse.

Los alemanes han fundado un «Club Alemán», un pequeño y alegre local con una biblioteca y periódicos alemanes, pero que son, como todo en Lima, espantosamente caros, tanto como esta Institución, a la cual sólo pueden pertenecer los alemanes pudientes. Los demás están obligados a quedarse en casa o visitar aquellos pocos locales, en los que, por dos reales, se compra una botella de «cerveza blanca y negra» y donde se bebe realmente. A un bávaro le daría un vuelco el corazón (y el estómago). Fuera de esto, existe también un teatro, donde el arte es más maltratado que honrado. Y hasta hubo en Lima un periódico alemán, que era redactado e impreso por un señor Haller. Pero el señor Haller cayó enfermo y el periódico que se mantenía apenas, dejó de existir. Aunque viven bastantes alemanes en Lima, en el extranjero difícilmente pueden sostener un periódico, a pesar de que éste no habría dejado de tener apoyo. No existe una efectiva cooperación entre los alemanes, y dejaríamos de ser alemanes, si ocurriera de otro modo. Para alegría mía he venido a descubrir, no obstante, que en Lima [41] al menos, no existen querellas y peleas públicas entre ellos. Los que no pueden aguantarse, caminan juntos tranquilamente por la calle, para lo cual es la ciudad bastante grande.

No puede contarse la nueva prisión para satisfacción de Lima. Sin embargo, es el mejor edificio de toda la ciudad. Hecho de piedra maciza, pero no del todo terminado. Se la ha construido de acuerdo al nuevo sistema de celdas, con un espacio abovedado en el centro probablemente la iglesia, y cinco alas en estrella en las que se encuentran las celdas, rodeado por un alto muro vigilado. ¡Sea clemente Dios con estos pobres pecadores que en este clima, tienen alguna vez que vivir en ellas! Tienen nueve pies de largo y cinco de ancho, lo suficiente para colocar un colchón, y para dar cuatro pasos -si es que no son muy largos- yendo y viniendo. El edificio, tal como está levantado, puede ser contemplado por cualquiera libremente, y posiblemente infunda un saludable respeto a esa Lima llena de chusma, ante sus palacios y sus caserones de piedra; esto sería necesario también, pues parece que los ladrones no se han preocupado mucho de las prisiones peruanas. Estuvieron llenas de ellos, y desde que fue suprimida la pena de muerte se multiplicaron las infracciones, los asaltos y los asesinatos en forma espantosa. Como es natural, ya no había lugar donde se pudiera meter a estos criminales y se afirmaba que la policía, cuando llegaban nuevos presos, soltaba a los antiguos para dar sitio a los recientes. Se vieron obligados finalmente a poner nuevamente en vigor la pena de muerte, habiéndose hecho notables los benéficos resultados de esta medida desde que fue dada. Los peruanos parece que tienen temor a la muerte. El cementerio de Lima ofrece muchas cosas singulares. La parte anterior del mismo aparece bastante alegre en el desolado desierto que lo rodea, pues como fue confiada a un jardinero alemán, éste ha transformado la entrada al silencioso campo de los muertos, en un jardín, cuyas platabandas están conservadas con frescura por los canales de agua que circulan. El camposanto propiamente [42] dicho, aparece, en cambio, enteramente mercantil y ordenado, pues aquí residen los muertos, empaquetados limpia y ordenadamente en ficheros y por capas, teniendo una etiqueta en el exterior, que

muestra el nombre y la fecha de la hipoteca. Aquí se sigue el mismo sistema que en Nueva Orleans: los ataúdes son encajados en fuerte estuche de ladrillo, el cual se clausura con cal y ladrillo, herméticamente. Cuatro en fila vertical, forman siempre un ancho muro que encierra en un abrazo un patio. Una especie de sociedad silenciosa y cerrada que una vez completa, no acoge más a ningún otro asociado y cuyos espíritus pueden mantener en la noche un encantador círculo privado sobre las lozas del patio del medio. Los muertos de los ricos habitan en casa propia, con derecho perpetuo de propiedad. En cambio los pobres, tal como en la vida, sólo en arrendamiento y cuando ha vencido el plazo y no se ha pagado el sitio, deben ofrecer su sitio a los recién venidos.

La parte posterior del cementerio no tiene el aspecto tan comercial pues allí se ve lugares abiertos y rodeados por muros bajos, en los que los más pobres tienen que ser enterrados sin pago alguno, en la tierra húmeda. El suelo consiste sólo de arena y piedrecilla, por lo que tampoco se levantan tumbas adornadas, así fuesen necesarias para tan pobres diablos. Una cruz roja y pequeña hecha generalmente de dos astillas de madera, señala el sitio en que yacen (no por obra del muerto o de su voluntad, sino por la del enterrador, para no confundir el lugar), sobre el cual se esparce cal, el cual es nuevamente escarbado después de algunos años, cuando el sitio se requiere, luego de incinerar detrás del cementerio los restos que pudieran haber quedado.

Mientras permanecí en Lima, hubo algunos temblores ligeros, uno de los cuales fue lo suficientemente fuerte, sin embargo, como para que me despertara de noche y sintiera temblar mi cama. En un principio, todavía durmiendo no supe exactamente qué es lo que pasaba, más la señal segura [43] de un remezón, sobre todo en la noche, es que todos los perros comienzan a ladrar. En Lima no se les tiene mucho miedo, no obstante que los edificios están contruidos para ello, y que un peligro constante acaba por embotar finalmente el sentido de intranquilidad. [44]

### Viaje al Interior

Había visitado especialmente el Perú para ir a conocer la colonia alemana del Pozuzu (o Pozuzo, como ahora se escribe en el Perú), de la que tanto se hablaba en Alemania. Según todas las referencias que sobre esto había tenido, creí que podría llegar a dicha colonia en ocho días a lo sumo, mas para espanto mío, y de seguro que también para el Sr. Damián v. Schütz, supe que en este tiempo (tiempo de lluvias en las alturas), necesitaría tranquilamente dieciséis o dieciocho días. Esto me pareció en realidad, excesivo y empecé a pensar para mi capote, si podría tal vez privarme de un trote tan perverso ya que no creía posible que pudiera resarcirme del resultado de tantos esfuerzos y dispendios de semejante marcha por encima de dos cordilleras. Si así fuese, tendría que informarme en Lima mismo de las condiciones de las cosas de allá, para lo cual tendría seguramente suficientes oportunidades. Llegó al colmo mi asombro cuando supe que ese no era el caso, pues en cuanto encontré un par de personas que habían estado efectivamente allí (desertores de la colonia), me formé por sus descripciones la más embrollada idea y hasta advertí que se afanaban en pintar con el color más negro esas condiciones a fin de hacer disculpable su propia deserción. La clase culta de alemanes en Lima, incluyendo hasta los incontables

cónsules, nada sabía de la tal colonia, como si no existiera. En realidad, la mayor parte sólo sabían de ella por lo que habían leído en el «Augsburger Allgemeinen Zeitung». [45]

Como esto no ayudaba en nada hube de viajar yo mismo ya que no quería ser infiel desde un principio, a mis planes originales. Hube de prepararme para todas las posibles contingencias, aunque no suficientemente, como lo supe después para mi desgracia. No creí nunca que en un país tan difícil había que gastar tanto dinero, ya sea para venir del lugar como para subsistir.

Ante todo, tuve que comprarme en Lima una mula, debiendo pagar seis onzas y media sólo para adquirir una bestia relativamente buena y durable en cierto modo; mas como yo había tomado mi decisión no tardé en ponerla en práctica. Al tercer día de Navidad, a eso de las diez de la mañana partí, poniendo el revólver en su funda, a la derecha y llevando cargada a un lado, mi escopeta de dos cañones, pues había oído un montón de historias de crímenes en ese camino y por lo que se me advirtió que no hiciera solo el viaje. Es un hecho que varios hombres, en las mismas proximidades de Lima, no más allá de seis u ocho leguas, fueron asaltados y asesinados, por lo que era mucho mejor tomar en todo caso precauciones. Aparte de ello, un enorme número de negros a partir de la abolición de la esclavitud, vagaba especialmente por Lima y sus alrededores, siendo tan poco de fiarse estos mozos como los mismos sudamericanos, pues ya han estado mucho tiempo en el país como para poder aprender algo de él.

Es un hecho completamente característico que aun la descripción más fiel de un país extranjero, principalmente si está al otro lado del océano, ofrece la imagen del mismo, el que se encontrará diferente al ponerse en contacto con la realidad. Se puede tener mucha experiencia y conocimiento de otros países, sin que tal cosa ayude nada; la fantasía aun tratándose de hombres sin inquietud, nos hace siempre una pasada y de repente nos vemos trasladados a una escena con la que creíamos estar de antemano habituados y que se nos presenta totalmente extraña y desconocida. [46] Es así como me ocurrió en el Perú, cuya costa conocía como seca y pedregosa imaginándome que en cuanto atravesara la primera colina, dejando tras de mí las primeras millas, encontraría un país cubierto de vegetación... ¡Cómo me engañé con ello!

Mi próxima meta, Cerro de Pasco, la famosa ciudad de la plata y asimismo la más alta del mundo, y no Quito como había considerado antes erróneamente, está a 5.000 pies más alto que esta última ciudad, o sea como a 14.500 pies sobre la superficie del mar y ya en la vertiente del Amazonas, en dirección noreste de Lima. El camino se extiende desde Lima, cuando ya se ha atrevesado el puente sobre el Rímac, en dirección al norte, hasta llegar al río Chillón, siguiendo fielmente a éste hasta al divortium aquarum en la cordillera.

Como es natural, poco se ve en las mismas calles de Lima el carácter externo del país, con excepción de los médanos desérticos, de desnuda y pelada apariencia, los cuales no prometen nada consolador en sus proximidades. Mas ahora, al dejar la ciudad se recorre por un ancho camino que muy bien podría ser el lecho seco de un río, pues está cubierto por piedras que las aguas han pulido y aplanado y cuyos intersticios solamente están cubiertos de polvo gris. A ambos lados corren bajas paredes de barro, detrás de las cuales se extienden prados y se alzan árboles frutales, porque uno de los canales que provee a Lima

de agua fresca y buena atraviesa por aquí y en alguna forma estimula la vegetación. Por lo demás, todo es pelado, todo es seco, desértico y muerto, no distinguiéndose ni siquiera un pájaro, salvo el asqueroso gallinazo de Lima.

Afuera, ya en la última puerta de Lima, hay un jardín en el que un alemán tiene un bar; y como hoy es día de fiesta todavía, flamea la bandera negro-rojo y amarillo. Al frente tremolan al viento las banderas italianas lo cual es una [47] jocosa y menuda ilustración de cómo podrían flamear pacíficamente una junto a otra ambas banderas, si cada cual sólo tuviera en vista su propio bien. Inmediatamente después comienza el desierto, alzándose de trecho en trecho pequeñas cabañas de barro en las que se expenden a los viajeros chicha, pan reseco y cigarrillos. El que no se deja llevar por la tentación y prosigue su camino, encuentra de pronto que éste no está ya flanqueado por las tapias y que comienzan los pelados cerros, allí mismo, donde se entreabre un valle, y más allá del cual no se ofrece nada, sino arena, tierra, polvo, así como tierra reseca y rojiza, sobre la cual caldea el sol. No distinguí ningún ser humano en toda aquella parte de la ruta que recorría el ojo y sólo me seguía un viajero con su pequeño trotecillo y cuyo camino tomó pronto a la izquierda, hacia un pueblucho. Él sofrenó su cabalgadura en cuanto me alcanzó, a fin de preguntarme adónde iba tan solo. Le indiqué mi meta que estaba lejos, detrás de la cordillera, y entonces él meneó la cabeza. «Debe Ud. tener cuidado -opinó él-, pues hay gente peligrosa que vagabundea por estas regiones y a la que no se le ha podido prender». Y diciendo esto tomó hacia abajo, desapareciendo en pocos minutos en una nube de polvo que su propia cabalgadura había levantado del suelo seco.

«¡Tener cuidado!» No había ya nada que hacer, encendí un nuevo cigarro y seguí al trote mi camino. Quería alejarme cuanto antes de la proximidad de la costa y no tanto por los posibles salteadores, cuanto por la tristeza de la escena, la cual debería cambiar adentrándose por otra más alegre. Habría hecho una media hora de camino a través de ese desierto cuando vi surgir ante mí una columna de polvo, reconociendo casi inmediatamente a tres jinetes que por mí mismo camino se dirigían a Lima. Se trataba de negros como lo descubrí luego y dirigí mi caballo hacia la parte derecha del camino para que ellos pasaran por la izquierda. El camino no estaba allí claramente limitado, pudiendo tener hasta unos cien pies de ancho. Los jinetes se dividieron, [48] de manera que yo tenía a dos de ellos a mi izquierda y uno a la derecha. Cerca de mí frenaron súbitamente a sus bestias, mientras uno de los primeros extendió el brazo y me solicitó fuego para su cigarro.

Es posible que no fueran sino gente buena e inocente y que no ocultaran nada malo bajo el poncho; más, después de haber escuchado historias de asesinatos no estaba yo decidido a ir contra tres, sin tener para mí la menor ventaja, ya que «la ocasión hace al ladrón». Con anticipación había metido mi mano en la funda, y extrayendo de ella mi revólver, les dije a los hombres, completamente tranquilo: «que ése era el único fuego que podría proporcionarles». De un salto se puso con su caballo al otro lado, en tanto que los otros dos soltaron la carcajada. Yo le hiqué las espuelas a mi caballo, decidido a no detenerme más en una conversación en ese lugar. Cuando volví la cabeza poco después vi cómo continuaban su camino. Pero estaba seguro de que no me seguirían, pues ello sería una señal de clara enemistad, ante la cual hubiera tenido que usar mi escopeta de dos cañones. Debieron haberlo comprendido así, pues no fui nuevamente molestado y por fin se perdieron de vista.



Estaba relativamente satisfecho con mi caballo el que, como todas estas bestias, siendo excelentes en grupo, son lerdas cuando solas, por lo que lo aguijoneé con las espuelas. Alcancé pronto el pequeño torrente del Chillón al cual tendría que seguir en trote, en adelante, y en cuyas orillas encontré por lo menos algo de vegetación aunque mucho menos de lo que había esperado. El valle por el que yo iba ascendiendo se mostraba pelado y seco a ambos lados de la corriente. Descubrí una gran cantidad de cercas construidas con piedras superpuestas, lo cual me hizo reflexionar por qué permitió Dios que los hombres levantasen con visible trabajo y esfuerzo estos muros que encerraban una gran cantidad de lugares en los que ni siquiera temblaba la punta de una paja. [49]

En el «invierno» deben de tener estos cerros, en todo caso, una vista más agradable pues aunque aquí casi nunca llueve en realidad, cae de tiempo en tiempo una fina llovizna como se me dijo, la que junto con el rocío de la noche, estimula a la hierba en su seco suelo y cubre las laderas con un verde transparente y empañado. Es posible que estos cercos se conviertan en prados, en los cuales puedan distraer su hambre las bestias, siquiera por corto tiempo. Es evidente, por lo demás, que estos parajes, mediante un poco de trabajo de irrigación, podrían valorizarse grandemente, porque en estas mismas laderas secas no falta completamente el agua. Brotan allí una cantidad de fuentes, y hasta el mismo río o torrentera tiene suficientes cascadas como para conducir el agua a diversos sitios. Más todo eso significa trabajo, para el cual no parece hecha esta raza hispánica de haraganes. Sólo le permiten prosperar al extranjero, estando dispuestos a lo sumo a devorar lo que les produce un alto cargo o a pasarse todo el día, apoyados los codos sobre el mostrador. No pueden ni quieren siquiera ser activos, por lo que vastas comarcas, que podrían producir ricas cosechas, permanecen inutilizadas tanto tiempo, hasta que manos foráneas se apoderen de ellas, cosa que ocurre en todo caso con el transcurso del tiempo.

Pasé por algunas haciendas que beneficiadas por fuentes y por el mismo Chillón producían plátanos, naranjas, plantas forrajeras y caña de azúcar. El suelo es, en primer lugar, lo suficientemente fértil como para producir excelente verdura, siendo los alemanes los que generalmente la cultivan. Un poco más arriba se va estrechando el valle más y más. La faja de tierra regada por el agua, se hace cada vez más estrecha, hasta que, como una cinta sigue el curso paralelo a la corriente del río, en tanto que a la derecha y a la izquierda se destacan desnudas y peladas las alturas, triste y salvajemente contra el cielo azul, desprendiéndose de esos eriales calcinados un calor asfixiante. No habiendo en el camino ningún árbol que protegiera de los rayos del sol, [50] era muy poco agradable cabalgar por él, y sólo a la entrada de la noche se sentía fresco suficiente como para estimular a mi caballo para que trotase con paso más ligero. Antes de la caída de la noche llegué finalmente al puente sobre el Chillón, que fluía allí con demasiado brío como para que pudiera pasarlo a caballo. Al otro lado había una hacienda, Macas, donde yo podía pernoctar, y donde encontré por lo menos una buena cama, como para reposar de las molestias del primer día.

En el puente, un chino me cobró derecho de pontazgo, y desde allí vi que junto a la hacienda había una cantidad de chozas bajas y sucias construidas con esteras, en las que los chinos hormigueaban. Al pedir informes, me dijo el mayordomo (pues el propietario vivía en Lima o por lo menos no se encontraba allí), que estos chinos, llamados coolies, estaban

obligados por un contrato de ocho años, después de los cuales recobraban su libertad, bien sea para comenzar algo para sí mismos o para contratarse nuevamente. Los mencionados habían cumplido ya cinco años de su tiempo, habiéndonos asegurado el hombre «que estaba satisfecho de su trabajo».

De Macas hasta donde había tenido un camino relativamente plano, salí en la madrugada del día siguiente, habiendo llegado pronto al terreno propiamente montañoso del país. El Chillón tiene un descenso extraordinariamente fuerte, que no con poca frecuencia se descompone en pequeñas caídas de agua. El valle se estrecha, por añadidura, cada vez más y más, llegando las rocas hasta el mismo lecho del río, escarpada y perpendicularmente. Junto a Macas, en la orilla derecha del río, y a una regular altura sobre el cerro, en un lugar yermo, de paredes peladas e infértiles, se extiende una antigua ciudadela indígena, que tiene la apariencia de un fantasma. Los muros parecen ser de barro, según pude apreciar a la distancia; y a pesar de que los techos estaban carcomidos y deshechos desde hace tiempo, [51] han resistido a los años en una zona en que nunca llueve; y es así como sus ventanas en forma de ojos siguen mirando fija y extrañamente desde su oscura concavidad, en la que muchos y muchos años hace que no hay ningún ser viviente, a los viajeros que pasan por abajo, cerca de sus paredes blancas y vacías. Todavía puede reconocerse el antiguo mercado, así como los restos de una iglesia levantada probablemente por los españoles, aunque ya nadie pone el pie en aquellas plazas y calles públicas y ninguna cabeza se inclina en esa iglesia ante el desconocido, advenedizo y temible Dios, cuyo nombre está rodeado de sangre y de espanto. Los pálidos y pelados murallones que arrojan cierto resplandor desde arriba, se me antojaron ser un gigantesco esqueleto que se consumiese al sol, en lo alto.

Pero no hay como entregarse en estos caminos a muchas meditaciones, pues uno está más bien obligado a tener mucho ojo con el sendero, que desde entonces sube escarpadamente, a ratos, o baja profundamente, exactamente como el mismo terreno se ha levantado loca y salvajemente a las alturas o venido abajo a las profundidades. Los sudamericanos no tienen una idea precisa acerca de la construcción de caminos, la cual se limita a asegurar el paso de una bestia de carga por determinado sitio. No se les ocurre despejar las dificultades del camino y prefieren bordearlas, así tengan que hacer grandes rodeos, no importándoles que la bestia de carga tenga que ascender o bajar. Usan cuidadosamente la pólvora de mina pero no tienen una idea de lo que es el barreno o por lo menos nunca lo han utilizado.

Cada vez se hace más angosta la quebrada, pero de trecho en trecho se muestran campos cultivados y fértiles, siendo especialmente abundantes en ellos la alfalfa, que es el forraje de los animales. También encontré en las vecindades maíz y papas, al dejar detrás de mí el clima tropical. Por lo demás, me había propuesto alcanzar Obrajillo, un pueblo grande distante catorce leguas de Macas, a fin de [52] llegar a un buen lugar, pero cayó la noche cuando el camino ascendía empinadamente junto al río. Aquí forma el Chillón una cadena de cascadas, y resulta maravilloso ver cómo se precipitan borbollantes y espumosas las ondas desde las oscuras sombras de las peñas, yendo a hervir y burbujear en los profundos calderos. El sendero se torna allí estrecho y brusco, debiendo caminar mi bestia media hora seguida únicamente sobre pedazos de rocas y hasta trepando por éstas. Para ello tienen las mulas un excelente instinto en el cual puede uno confiar, pues mientras menos se use el

freno, mejor caminan ellas. Llegaron a dar las nueve antes de que alcanzara la ciudad, fue difícil conseguir alojamiento para mí y forraje para mi bestia. En realidad, no era cosa de pensar en una cama, habiendo tenido que dormir en la noche -como muchas veces me ocurrió en mi vida-, apoyando la cabeza en la montura y envuelto en mi poncho.

El siguiente día vino a ofrecerme un paraje más alegre, la corriente impetuosa parecía haber proporcionado el suficiente vapor como para mantener húmedo y fértil el suelo de la quebrada. Verdad es que se me dijo que aquí llovía con frecuencia. Tenía detrás de mí las secas y áridas lomas de la costa peruana y esperaba encontrar por lo menos verdes laderas. Nada hay más triste que cabalgar a través de una tierra árida. En efecto, los cerros estaban aquí cubiertos por matorrales verdes llenos de flores y hasta en el mismo camino se encontraban los atrayentes y olorosos arbustos de heliotropos (vainillas), que difundían su aroma en la fresca brisa de la mañana. Preciosos colibríes de rojo púrpura y de verde e increíble pequeñez, vibraban y zumbaban en los breñales de las orillas del torrente, mientras pajaritos preciosos y variopintos ensayaban en vano acordar una orquesta. Las aves de América tienen colores supremos, aunque son muy pocas las que realmente cantan. No hay cómo establecer comparación con nuestros cantores de los bosques, con excepción del Mockingbird de Luisiana, al que se le llama también ruiseñor americano. [53]

Crece en abundancia alfalfa, maíz y papas, pero permanecen limitados al estrecho valle. Los vecinos han osado establecer verdaderos campos de cultivo sólo de trecho en trecho, en lo alto de las laderas, que aparecen verdes y fértiles. Si la gente de aquí deseara trabajar verdaderamente, podría sacar bastante pero en realidad necesitan muy poco para vivir y sus esfuerzos no superan mucho lo indispensable, problema que se encuentra en toda América del Sur, como en toda la raza hispánica. Al anochecer, me adelanté a un arriero que iba rumbo a Cerro de Pasco con sus bestias de carga y también a Huánuco. Los animales estaban cargados con pipas de cobre para una fábrica de aguardiente, algunos de ellos con calderas de cobre, las cuales habían sido amarradas con suma habilidad en las monturas por los arrieros. Con bastante rudeza trataban ellos los efectos que se les había confiado, pues áspero es el camino y áspero el pueblo y lo que no se podía sujetar bienamente con las bastas correas tenía que doblarse o romperse. El daño lo recibía naturalmente el destinatario. ¿Por qué ir entonces con tantas precauciones? Varias de las pipas y tuberías estaban ya dobladas y un par de llaves del gollete se habían roto. No sabía en realidad cómo podrían ser reparadas en el interior del país.

Como había hecho con mi bestia un trote muy extenso por lo que quería cuidarla, hube de quedarme ese día junto con los arrieros, en la natural presunción de que conseguiríamos alguna casa cómodamente arreglada en la que pudiéramos pernoctar. Me vi completamente defraudado. El camino subía cada vez más alto y empinado, habíamos dejado atrás campos cultivados y fértiles, en algunos trechos debí bajar de la silla para caminar a pie, a fin de aliviar en alguna forma a mi caballo. Pero alcanzamos la parte divisoria de la cordillera, a la que llegamos tan poco a poco, que no lo noté en absoluto sino cuando me lo dio a saber el viento frío. Allí nos topamos con una multitud de mulas y de burros y también los pasamos, parte de los cuales volvían [54] descargados de Cerro de Pasco, y algunos subían cargados con diversas mercaderías. Caravanas íntegras de asnos cargaban esos pesados barriles de hierro provistos de tornillos, en los que se envía el azogue, que es usado en Cerro de Pasco para la amalgamación. Otros llevaban grandes barricas y cajas gigantescas y una de las

desdichadas bestias cargaba hasta un piano en los lomos, el cual era así transportado desde Lima a la ciudad del Cerro, distante 48 leguas de la capital, algo así como 34 leguas alemanas. El que conoce el camino, debe de considerar tal cosa como imposible, pero las mulas hacen posible todo lo que les compete y aunque no con rapidez, siguen su camino con absoluta seguridad. Mas a veces les resulta demasiado pesado, especialmente en estas alturas, en la que los cerros tienen el forraje estrictamente necesario y donde en este mundo de Dios no se encuentra nada para comprar, no pocas veces las abandona las fuerzas. Prueba de ello se encuentra en los amarillentos y muy numerosos esqueletos de mulas y de caballos en las alturas y hasta en las mismas calles, pues mientras ellas siguen trepando, no le dan a uno descanso alguno. A menudo no se les libera de la pesada carga sino a los muertos, carga que acaba por traer a tierra a las bestias muertas de hambre. Los arrieros no pueden o no quieren siquiera comprar forraje para sus bestias, pues apenas han llegado las alturas, donde nadie hace acopio de forraje, conducen sencillamente a su grupo de animales a los prados. Todo lo bueno que éstos podían ser para ellos, lo vi al día siguiente, allí donde todo el suelo estaba cubierto de blanco rocío.

Esa noche que hube de pasar al aire libre, sentí un hielo espantoso y mi cuerpo no podía admitir justamente que en un cálido clima retornáramos de pronto a pleno invierno. Oh, Dios mío, ya ni sé lo que se me espera y cómo irá a cambiar el clima la próxima semana, del caliente al frío y del frío al caliente. En cuanto a alimentos, no había cómo conseguirlos. No muy lejos de donde desensillamos, tenía un pastor su redonda choza cubierta con paja, en la cual [55] descansaba de noche, suficientemente caliente; y éste no nos ofreció otra cosa que el llamado Chupe o Sopa, que con el recuerdo fresco de la cocina ecuatoriana, rechacé de plano. Llevaba conmigo algo de pan y chocolate con lo que tuve una frugal colación. A la mañana siguiente nos pusimos nuevamente en camino, muy temprano, quiere decir que los arrieros comenzaron con sus animales de madrugada. Empero, antes de que ellos hubiesen arreglado sus monturas y sus bultos, transcurrió un tiempo bastante largo, una hermosa parte del día. A mí mismo me pareció muy largo el tiempo y no bien tuve ensillada mi bestia, mientras se me helaban las manos (por lo que, frotándolas, tenía que meterlas en el bolsillo), les dije adiós a los arrieros y comencé a ir al trote de mi bestia cerro arriba, rumbo al yermo. ¡Qué desnudas y peladas se alzaban las cumbres cubiertas apenas por la amarillenta paja, y entre las cuales aparecía, de tiempo en tiempo, ofreciendo algún cambio, una tranquila laguna!... Y no obstante no se veía ni siquiera un animal salvaje para cazar. Muy, pero muy alto sobre mí, pero más allá del alcance de una bala, daban vueltas dos cóndores fuera de los cuales, con excepción de dos patos silvestres que nadaban en la laguna, no había ningún ser viviente, y tanto yo como mi mula parecíamos ser los únicos sobrevivientes en medio de una creación muerta.

Donde se empinaba el camino, hube de bajar dos veces de la silla, a fin de aliviar a la bestia, y me di cuenta con asombro, que mi respiración se hacía pesada. Sentí asimismo, dolor de cabeza, aunque no precisamente dolor, sino más bien como una desagradable presión en las sienas. Evidentemente había motivo para ello pues me encontraba al llegar a la cima, en el paso más alto de la cordillera, a 16.000 pies de altura sobre el nivel del mar. Sentí también, de manera especial, lo ralo del aire cortante, cuando respiraba por la nariz, pero ninguno de los inconvenientes de que había oído hablar. No debe ser raro que los hombres y hasta los animales, sean atacados por una verdadera enfermedad [56] en estas alturas, un mareo que va acompañado de terribles dolores de cabeza y un debilitamiento

mortal. Los animales atacados por este mal caen pronto a tierra y si después de algún tiempo se les conduce nuevamente a la altura, tiemblan todas sus extremidades y casi no pueden moverse del sitio a causa de su debilitamiento. A este malestar se le llama en el país, si no me equivoco, Wedde, y debe de tener su origen, a juzgar lo que he oído, más en las corrientes gaseosas que en la altura misma, ya que sobreviene no tanto en el paso más elevado de la cordillera, como en la parte abierta de las laderas.

Los mismos picos de la cordillera no se muestran de ninguna manera netamente delineados, como un poco más allá, al sur de Valparaíso, donde se puede atravesar en pocos minutos la vértebra misma de la cordillera. Aquí, la altura está desarticulada y como dividida en pequeñas colinas y profundidades; incluso se extiende en lo alto, una laguna, y encuentro que he alcanzado la misma cumbre, pero pronto se proyectan laderas salvajes cubiertas de nieve y cuyas blancas sabanas se hunden más allá de donde me encuentro. La frontera de nieve, esto es la línea de las nieves eternas, que en Suiza están más o menos a 9.000 pies, y hasta a 8.000 pies en algunos de sus nevados, está de manera maravillosa mucho más alto en las cercanías del trópico que en el trópico mismo, en la línea ecuatorial llega a 15.000 pies y en los trópicos hasta 16 y 17.000. Cuál es la causa de esto, es algo que todavía no está esclarecido, aunque sería fácil una aclaración para América misma. Justamente debajo del Ecuador y hasta a pocos grados distantes de él, hay una multitud de cumbres cubiertas de nieve, entre las cuales el gigantesco Chimborazo, alcanza a tener una masa de cinco mil pies de nieve. Como es natural, esos extensos campos de nieve producen un frío más intenso que donde las cumbres se alzan solitarias, razón por la cual la línea divisoria de la nieve está mucho más abajo. Los mismos fenómenos, aunque en una proporción mucho menor, [57] como es natural, se ofrecen también en Suiza y Tirol, en este último país que no posee una extensa superficie de nieve, como el primero, la línea demarcatoria de la nieve está situada a una altura mayor, trayendo nieve algunas altas cumbres de 9.000 pies, solamente en el invierno y a esa altura hay todavía el pasto más dulce y tierno de los Alpes.

Desde aquí se precipita el camino muy pronto hasta los 14.000 pies pero no nos lleva nuevamente, como lo había esperado, a fértiles valles, sino que se mantiene a esa altura que se llama Puna y donde un pasto no pocas veces chamuscado por el hielo, mantiene con vida hatos de ovejas y tropas de llamas. Las ovejas no consiguen con facilidad el alimento cuando van a buscarlo en las laderas, y las llamas prefieren mantenerse en los lugares más hondos y pantanosos, que las ovejas evitan. La llama tiene también anchas uñas con las cuales no se hunde profundamente en el suelo y tolera mejor que la oveja las plantas acres que crecen en el agua. Estas cordilleras constituyen en realidad el hábitat de la llama, la que ya no se encuentra en estado salvaje, sino en estado doméstico y en tropas. En cambio la vicuña, una especie más pequeña, todavía vive en estado salvaje, no dejándose domesticar, y es demasiado débil como para soportar cargas. Parece que hubo antes, guanacos, cuya patria es en realidad la Patagonia, hasta los 30 grados de longitud, pero éstos han sido exterminados o empujados hacia el sur, donde se les encuentra en tropas siempre numerosas.

Los antiguos Incas, cuyo recuerdo vive todavía en la boca del pueblo, mientras sus sencillas construcciones resisten hasta nuestros días la obra del tiempo, emprendían con cierta frecuencia grandes cacerías de vicuñas, en una manera sumamente particular,

reuniéndolas. Según todas las descripciones, parece que han tenido plumas para atraerlas, con las que en cuanto encontraban una tropa de vicuñas, las atraían y las encerraban, apretando cada vez más el círculo, hasta que las cogían individualmente con el lazo [58] o las podían matar con sus flechas. Los colgajos de plumas no eran demasiado altos, pero las vicuñas no se atrevían a saltar por encima de ellos. Mas, cuando uno o varios guanacos se encontraban en la misma tropa, cosa que según parece ocurría con frecuencia, la cacería quedaba malograda, pues los guanacos saltaban por encima de las plumas, y en cuanto uno de estos animales estaba afuera, las vicuñas no se quedaban quietas, sino que seguían el ejemplo. Los indios se cuidaban mucho por eso, de no rodear una tropa en la que barruntaban la presencia de los prudentes guanacos.

El guanaco salvaje tiene un color determinado, como casi siempre todo animal salvaje; en cambio, la llama domesticada tiene varios colores, negro, blanco, café, gris, manchado, y hasta atigrado, no habiendo nada tan multicolor en el mundo como una tropa de estos lindos cuellilargos, peludos animales, los cuales levantan la hermosa cabeza, no medrosamente, sino con asombro, apenas aparece por sus silenciosos páramos un aislado viajero. Seguramente no existe nada tan efusivo y cariñoso en el mundo, como una llamita joven, con su sedosa y densa lana. Habría dado cualquier cosa, si hubiese podido llevarme uno de estos preciosos animalitos. Pero ya tenía bastante trabajo en tratar de seguir adelante, y además de ello, las llamas no pueden soportar bien el clima seco y caliente de la costa. Con todo, vienen de vez en cuando en tropas aisladas, hasta el mismo Lima, pero se las llevan siempre lo más pronto posible a su alta y fría tierra, la cual es su hábitat, y para resistir el crudo viento de allí, van protegidas con una piel caliente en todo el cuerpo.

Mi mula, de aire fino y delgado, se condujo bastante bien en la altura, sólo que en la subida pareció que le faltaba un poco el aire, pues estornudaba fuertemente y se detenía con frecuencia para descansar. A fin de no obligarla demasiado, hacía pequeñas jornadas y permanecía en el primer tambo, [59] que encontraba solitario al pie del cerro. Estos tambos, pequeñas y bajas cabañas de barro, que en las ciudades más grandes suelen tener hasta una cama para los foráneos y viajeros, en esta naturaleza salvaje son sencillamente albergues nocturnos, en los que se encuentra a lo sumo una sopa de papas, si es que uno tiene suerte, o un pedazo de carne, pero nunca la menor comodidad. Cuando se desea dormir, le procuran para la noche una media docena de pellejos de cordero, los que por los menos protegen de la humedad; de otro modo está uno obligado a utilizar su montura como almohada y su poncho como frazada, y cuando sopla el viento frío y cortante de la cordillera, ya puede uno sacudirse y helarse a sus anchas bajo la delgada manta.

Por lo demás, estas posadas no son muy limpias, y si no es imprescindible, no se debe permanecer cerca del fogón, que es donde se cocina la sopa; salvo si uno mismo se decide a preparar la comida. No obstante, no se puede comparar esto con el interior del Ecuador, ya que, en comparación con los habitantes de ese país, son los peruanos unos verdaderos holandeses. El alimento principal en estas alturas, son las papas (las cuales son traídas de zonas más tropicales) y la carne de carnero. De vez en cuando consiguen también maíz, el cual lo tuestan con manteca, sirviendo de esta manera como pan.

De esta casa, Casacaucha, en la que pernocté, salí al despuntar la aurora, para llegar a una pequeña ciudad, Huayay. El camino que va hacia allí, que continuaba en la puna, estaba muy malo. A pesar de que atravesaba por la parte alta de los montes, en laderas cubiertas de pasto, el suelo se mostraba tan blando y pantanoso, que mi mula corrió el riesgo de hundirse dos veces, debiendo poner el mayor cuidado para conducirla, en adelante. El Estado tiene el toda la República, haciendo colocar en los sitios de mayor cuidado de mejorarlo por ser éste el principal camino de deterioro, una especie de empedrados. Como esta obra tenía [60] que llevarse a cabo con piedras muy groseras, las cuales no encontraban tampoco un piso firme, buena parte de ellas se sumergía en el suelo pantanoso, parte se separaban unas de otras, de suerte que en ninguna parte del mundo encontraban las bestias tan bella oportunidad para quebrarse las piernas. En el camino no llegué a ver otra cosa que numerosos hatos de ovejas y tropas de llamas. Los pastores viven en pequeñas chozas redondas que tienen algo así como cuatro pies de alto construidas con piedras cubiertas por un techo puntiagudo hecho de juncos trenzados. Como combustible usan las motas de tierra con pasto que cortan en la tierra fangosa y las secan al sol. En el interior tienen una cocina fabricada con barro, la cual está tan bien estructurada que el tiro se efectúa excelentemente, difundiendo en el interior una temperatura sumamente agradable. En torno de la choza hay un hoyo circular, construido asimismo, por trozos de tierra (terrones), que de día sirve como asiento y de noche como cama caliente. El humo circula naturalmente a través del techo, o por cualquier sitio que le sirva de salida, ya que no existen chimeneas.

Llegué a Huayay algo así como a las tres o cuatro de la tarde y como hasta Cerro de Pasco me quedaban todavía ocho leguas, decidí pasar allí la noche. Debía haber algún buen tambo en el lugar pero pregunté en vano dónde pasar la noche; en vano solicité en algunas casas decentes del pueblo que me dieran un «cuarto». Nadie quería hospedar al extranjero, y la respuesta que escuchaba era: «no hay cuarto».

Si yo hubiese sido un joven y tímido viajero, habría tenido que pasar la noche al aire libre, lo que de ninguna manera es agradable, pues una hora más tarde comenzó a granizar con fuerza y en la noche heló terriblemente. Había visto bastantes cosas de la raza americana para saber la forma de tratarla; y como había dado una vuelta a caballo sin poder encontrar albergue para la noche, me fui a caballo a la [61] mejor casa de la ciudad. Bajé sencillamente del caballo, quité la cincha de la montura y la llevó al interior de la casa, puse mi escopeta en un rincón y le expliqué al propietario, que antes se me había mostrado bastante rudo, que yo era solo. Pareció que él encontró todo esto correcto, y nada se dijo respecto a mi anterior petición, siendo el hombre, desde ese momento, tan afectuoso como le fue posible. Hasta llegué a obtener algo muy raro: alguna avena para mi mula y también maíz, ya que afuera, en el prado, no se podía encontrar nada. Además, encontré una tienda, en la que pude comprar una vela, pan y una lata de sardinas en aceite. Llevaba conmigo chocolate y un poco de cognac; y si el lector quiere saber para qué hacia estos preparativos a lo Lúculo en un lugar tan desértico, tendría que decirle simplemente que era la noche de San Silvestre, la cual debía festejar en ese lugar, completamente solitario. Quise naturalmente festejarlo y prepararme por lo menos un grog, para beber y brindar por mis amigos, en dicha ocasión.

No hay palabras para expresar el momento en que sonaron las doce de la noche, y mientras vi en mi pensamiento desaparecer la pareja de la iluminada sala, en tanto que meditaba en el tranquilo e íntimo cuartito, en el que buenos amigos se decían mutuamente este brindis: «Salud por el Año Nuevo»; en Huayay caía el granizo sobre los techos y tamborilaba en la marquesina de madera de la veranda. Me encontraba acostado sobre mis pieles de cordero, la cabeza apoyada en mi montura, junto a mí el vaso del grog, humeante, y creo que jamás se ha enviado desde la distancia un tan cordial «Salud por Año Nuevo» para saludar a los buenos amigos del terruño, como en dicha ocasión.

Antes me dormía apenas había puesto la cabeza en la montura, pero ahora no ocurrió lo mismo, durante mucho tiempo permanecí en estado de ensueño, fumando un cigarro tras otro, hasta que soplé el humo de la lámpara que titilaba junto a mí. [62]

Así permanecí hasta que fuesen, allá lejos, las doce, aunque en Huayay todo siguió tranquilo y silencioso. El año viejo había pasado y un nuevo año comenzaba. Eso era todo lo que sabía la gente y no se inquietaba por el resto. ¿Cómo podrían tener sentimiento para separarse del año viejo, si no tenían un sentido concreto del tiempo? Ellos saben que el año tiene 365 días. Eso es todo. Les es igual que pasen rápida o lentamente, pues así como pasa un día, viene otro, que tiene la misma apariencia y el mismo valor que los que le precedieron. Para qué podrían servir los días, y si están puestos en igual forma en todo el mundo, a fin de utilizarlos en algo, es cosa que no se les ocurre.

Puede ser que nosotros, los europeos, dediquemos un poco más de meditación a esta división del tiempo, y quizá ellos le atribuyan alguna significación mayor; pero lo cierto es que un nuevo año es de todos modos un paso gigantesco hacia la tumba, luego del cual, y medido nuestro camino, no nos parece tan largo, y cuando en un paso semejante se le ocurre una gran cantidad de cosas, ¿quién puede comprender al corazón humano?

Mi vela se había apagado finalmente, y cuando me desperté al día siguiente, el sol del año nuevo estaba ya en el cielo. Como no tenía que hacer visitas por el Año Nuevo, esto no me estorbaba. Me levanté despacio, preparé mi chocolate y ensillé mi mula para proseguir el viaje. Cuando abrí la puerta, apareció el sol reluciendo sobre las blancas praderas llenas de rocío y de granizo, así como sobre los techos, nieve y hielo en el paralelo 11° en el sur del Perú, donde según láminas auténticas, la gente lleva como único vestido un mandil de plumas rojas y amarillas y una corona de lo mismo. Y otra vez la tempestad. ¡Cómo me envolví fuertemente en mi poncho, y cuántas veces hube de calentarme los dedos hasta que al fin pude poner la cincha a la montura!... ¿De qué me servía pasar el invierno en los trópicos? Yo me helaba aquí en mis vestidos relativamente delgados [63] más que en Alemania en el más crudo invierno. El sol que ascendía lamió pronto el rocío de las laderas, y sólo cuando estuve en la silla, tanto mi bestia como yo nos calentamos.

Desde aquí hasta Cerro de Pasco, el camino conducía únicamente a través de una extensa pampa, una meseta casi ininterrumpida, por la que la mula podía caminar vivamente. A pesar de que hacía tiempo había comenzado la estación de las lluvias, yo había permanecido felizmente indemne. Los ríos que cruzaban por esa llanura estaban tan bajos aún que pude atravesarlos todos por sus diferentes vados. Grandemente notable es el paisaje que rodea al viajero en cuanto deja tras de sí la estrecha quebrada, en donde está



Huayay. La pampa se abre ante él, retrocediendo a su derecha y a su izquierda cada vez más las no muy elevadas cumbres de los cerros. Los constituyen las piedras de formas más extraordinarias, las cuales, en conjunto, parecen haber sido talladas, como si hubiesen sido colocadas por capas, una sobre otra, cuidadosamente, por las manos del hombre. Además el cerro no es completamente de roca, sino de hierbas, de las cuales parecen surgir las piedras. ¡Y qué extraños grupos forman ellas!... Aquí asciende una columna aislada, como de sesenta y hasta ochenta pies de altura, completamente solitaria; más allá hay cuatro o cinco bloques de roca que adquieren la apariencia de una figura humana gigantesca, la más alejada de las cuales lleva puesto un sombrero; pudiéndose componer a base de estas desgarradas formas y figuras, mediante una fantasía vivaz, toda suerte de fabulosos endriagos.

¡No se debe aplazar nada en el mundo! Cuando pasé al lado de esto, traté de dibujar un par de los más extraños grupos, pero lo aplacé para mi regreso, mas cuando volví por allí, estaba lloviendo justamente en ese sitio, así lo quiso el cielo, no teniendo yo otra cosa que hacer que entrar nuevamente en Hualyoj. [64]

Encontré un pequeño grupo de viajeros, que también venían de Lima y querían seguir a Cerro de Pasco. Era un comerciante de esta ciudad, acompañado de su joven mujer, un chico como de cinco años, en la delantera de la montura y un señor de más edad, que acompañaba a ella, posiblemente el suegro. También encontramos allí una multitud de arrieros y conductores de llamas, pues Cerro de Pasco no es una ciudad insignificante, la cual, además no produce nada por sí misma, de manera que todo, hasta lo último, tiene que ser traído de los alrededores. Sólo plata, con la que se paga, reside en el seno de esta tierra, habiéndose establecido los hombres en esta frígida soledad con el fin de extraerla.

Pasco era la antigua ciudad de la mina, alejada algo así como tres leguas del actual Cerro, pero las minas se agotaron allí, habiéndose trasladado casi todos los habitantes de Pasco hacia las minas más ricas de Cerro, donde constituyeron sus hogares. Como originalmente Cerro vino de Pasco, llamaron a la ciudad tal como frecuentemente lo hacen en nuestro país los escritores, Cerro de Pasco. Así sigue viviendo Pasco; y nosotros pudimos verla sobre una ladera seca y pelada. Verdad es que son muy pocos los habitantes que allí permanecen más por una antigua costumbre que por una efectiva necesidad. Ni comercio ni industrias florecen en la ciudad madre a la que ha sobrepasado en mucho la ciudad de Cerro, rica en plata y ennoblecida. Vimos también hacia abajo un par de haciendas; pero los propietarios de las mismas tuvieron que limitarse a la ganadería, ya que todos los frutos del campo son malogrados por el hielo nocturno, que cae en toda época del año. En estas alturas, ni el verano ni el invierno tienen, como es natural, ninguna influencia, de modo que cuando el sol está en el cenit, parece que es más cálido el día y que fluye más agua de la nieve que se derrite en las montañas, pero el aire sigue siendo frío y delgado, estando siempre las noches a merced de los hielos y del rocío.

[65]

Tuvimos una vista maravillosa en esta alta llanura, cuando se levantó la niebla, a mediodía, de los llanos en que se recostaba, contemplé el panorama más hermoso de los nevados que nos rodeaban. Algo que es difícil imaginar en el mundo. Estas cumbres cubiertas de nieve, no aparecían desde donde nos encontrábamos muy elevadas, pues la llanura misma está a 14.000 pies de altura sobre el nivel del mar. Mas aquello se extendía como un blanco cinturón dentellado en torno nuestro, desperezándose las gargantas de las montañas entre las nubes, en torno de cuyas afiladas puntas flotaba una niebla semejante a un velo. No parece existir volcanes en actividad, por lo menos no pude reconocer en ninguna parte las columnas de humo, que en el Ecuador cubren muchos campos nevados. La pampa forma aquí algo así como un caldero rodeado de poderosas vertientes, el cual debe tener de contorno unas cuatro leguas, teniendo al centro una laguna. Todas las aguas que se escurren desde aquí van a alimentar la corriente del Amazonas y corren por ella hasta el Océano Atlántico.

El camino se extiende hasta esta laguna, que queda a la derecha, en tanto que la ciudad de Pasco permanece en la colina de la derecha, un poco hacia la parte alta de la izquierda. Llegué más o menos a las tres de la tarde a la ciudad minera de Cerro de Pasco. [66]

#### Cerro de Pasco

Cerro de Pasco, situada en la meseta oriental de la cordillera, puede ser la ciudad más alta del mundo, no habiéndose establecido los hombres a mayor altura donde pudieran existir que aquí: 14.500 pies sobre el nivel del mar. Hay muchos que no pueden tolerar el aire tan ralo y tan cortante, teniendo la mayor parte de las enfermedades que se presentan en los lugares sanos, su asiento en los órganos de la respiración y en los pulmones. Los recién llegados se quejan especialmente de dolores de cabeza y de náuseas. He tenido yo mismo esa desagradable presión en las sienes, no habiéndome librado de ella sino cuando retorné a tierra más baja. Conservé el mejor apetito, no obstante las profecías de lo contrario, manteniéndose mi estómago en perfectas condiciones.

Sumamente característica es la visión de Cerro, cuando se llega a la cima de la más próxima colina, contemplándose toda la lejanía al pie las dos lagunas que enmarcan la ciudad. Desde allí no se puede reconocer otra cosa que los tejados de un rojo oscuro de las tejas, tejados unidos unos a otros, así como los muros grises de las casas hechos de adobe. A la izquierda de la ciudad, y separada de ella por una laguna brillantísima, un edificio limpio y regular, que es el Lavadero de la plata, movido a vapor, y los depósitos redondos, alineados a cordel, en los que la tierra molida y conteniendo plata, es pisoteada por caballos hasta convertirla en una especie de papilla.

[67]

El conjunto está rodeado por peladas y grises montañas, en las que se ve de vez en cuando ocupados a los trabajadores de la mina. De esta manera, Cerro está en una

verdadera caldera de rico mineral, y hasta sus paredes están construidas con lo más rico, de suerte que hasta en medio de las casas se puede encontrar las bocaminas de antiguos socavones. La mayor parte de éstos, cualquiera que fuere su riqueza, está ahogada, no habiéndose podido reunir dinero suficiente como para poner o instalar una maquinaria a vapor, a fin de sacarles el agua y dejarlos libres.

Cerro de Pasco debe a estas minas su existencia, pues los primeros trabajadores se establecieron naturalmente muy cerca de su centro de trabajo, mientras nuevos inmigrantes eran atraídos por los nuevos y ricos tesoros descubiertos, con los que la plaza iba agrandándose. La ciudad cuenta ahora con 12 a 15 mil habitantes, estando todas las casas provistas de todo el lujo europeo, a pesar de que cuanto poseen tiene que ser transportado a lomo de mula.

Se han establecido allí toda clase de artesanos, contándose entre ellos muchos alemanes. Aquí se ha instalado, asimismo, un médico alemán, así como un relojero alemán y un joyero, y por lo que he podido saber, la vida de sociedad transcurre alegre y activamente. Como en todas partes, allí están también los alemanes divididos en diversos partidos, los que no se pueden ver unos a otros. Es posible que hayan obrado así para no calumniar a su carácter nacional, quizá también hayan obedecido a otras razones. En todo caso he comprobado lo que en muchas otras tierras extranjeras, en las que encontré a los alemanes divididos y separados. Tomados individualmente todos son buena gente, honesta, pero cualquier malentendido, da lugar a provocaciones. Rencilleros y oletones se ven en todas partes, los cuales, de una palabra dicha a la ligera y entendida por ellos a su manera, hacen un escándalo porque la difunden distorsionada, haciendo la ruptura inevitable, después de que ambas partes [68] se han insultado y maltratado. Cada cual cree tener la razón, nadie quiere dar un paso hacia la reconciliación que cada cual la considera imposible, de suerte que la enemistad se vuelve irremediable.

La región de Cerro de Pasco produce, como ya lo hemos mencionado, nada más que un pasto muy precario y plata. Todo lo demás, desde la papa que constituye su diario alimento, hasta el piano, que el aborigen considera con admiración, es transportado a lomo de mula a estas inhóspitas alturas. A pesar de esto, el mercado de Cerro está provisto no sólo de los frutos de la zona templada, sino también de muchos de la zona cálida, estando junto al plátano y la piña, la naranja y el limón, los racimos de uvas, los higos y los membrillos; y hay sacos con habas y garbanzos, cebollas y maíz, y cantidades de papas de los valles próximos.

Es difícil, empero llegar a cocinar bien las menestras. Hasta llegamos a intentar la cocción de grandes habas en un caldero, pero en vano. Estuvieron hirviendo desde las ocho de la mañana hasta las cuatro de la tarde, y a esta hora las habas seguían tan duras como a las ocho de la mañana. También es difícil cocinar los huevos, por lo que deben hervir mucho tiempo.

Los nativos preparan un plato muy característico, al cual no le encontramos ningún sabor los europeos. Se trata de las papas heladas, que son expresamente expuestas al hielo hasta que se vuelven completamente acuosas, luego se les presiona y quita el agua todo lo

que se pueda, con lo que se reducen solamente a su parte feculenta y así es como las comen, cocidas o asadas, y con gran apetito.

Esta manera de preparar suena al comienzo razonablemente ya que propiamente se deja helar sólo la parte acuosa de la papa, haciendo que permanezca lo mejor y harinoso. [69] Esta es una de las innumerables teorías, que no resisten a la práctica y cuando la gente come estas papas y las encuentra excelentes tampoco prueba nada en el sentido de que son realmente muy buenas, sino que el pueblo tiene un pobrísimo y lamentable paladar, sobre el cual no se puede discutir.

Por lo demás Cerro no está construido como las demás ciudades de la costa, todas las cuales están ordenadas en cuadrados regulares, sino que las casas son levantadas según las necesidades de una nueva habitación. Es por ello que las calles todas se encuentran unidas por pequeños y estrechos pasajes corriendo sin orden ni concierto en todas direcciones; y que no existe un verdadero mercado en la misma ciudad porque se pensó solamente en un mercado cuando la población ya estaba lista y la gente necesitaba aprovisionamientos. Es por esto que la ciudad tiene la apariencia de haber sido vaciada por equivocación de una talega en la colina, sobre la cual se encuentra ahora y cuyas entrañas hubiesen sido revueltas y hozadas por un pueblo ávido, en todas direcciones.

Las casas no están edificadas en absoluto en el acostumbrado estilo español o sudamericano las que, con sus espaciosos y cómodos patios, hubiesen quitado mucho espacio al terreno de la plata. El patio es estrecho, limitado y sucio, puesto que la lluvia y la nieve son acontecimientos de todos los días, los cuartos son bajos, pero calientes con estufas o chimeneas y las habitaciones se acomodan, dondequiera que uno esté en el Perú, al clima.

Por felicidad se encontró en los cerros un carbón de piedra bastante bueno y utilizable, sin el cual, Cerro no hubiera podido subsistir, ya que en muchas leguas a la redonda no crecen árboles, y sólo en algunos valles profundos. No pudiéndose tampoco hallar la turba en cantidad como para satisfacer las necesidades del lugar. [70]

Así como a una isla en alta mar sólo se puede llegar por barcos o por botes, a Cerro de Pasco se llega sólo con mulas o con llamas, a las que no sólo se les encuentra en los caminos, sino hasta en las mismas callejuelas de la ciudad, por centenares. Las mulas y los asnos están también acostumbrados a caminar por Cerro, como si estuvieran en su casa y pertenecieran originalmente a esta ciudad. Durante horas permanecen paradas solas e inadvertidas en las esquinas de las calles, en espera de su carga o de su arriero sin preocuparse de su vida y sus afanes. Algo totalmente distinto ocurre con las llamas, las que por mucho que parezcan tan mansas y buenas, han conservado algo de su original naturaleza salvaje.

Cuando caminan en tropas de doscientas o trescientas, atravesando, pegadas unas a otras, por las estrechas callejas, vuelven la linda cabeza con su alargado cuello, ya hacia este o hacia el otro lado, no dejándose tocar o acariciar jamás por un extraño. Espantadas, se alejan a un lado, esquivando hasta una mula que rompe sus filas, tan tímidas, que no quisieran ser rozadas.

No son, por otra parte, muy valiosas para el transporte de carga, ya que el máximo de peso que soportan es de 3 arrobas a 80 libras; y si se les carga con más, se echan sencillamente en el suelo y no caminan más. Si hubiese necesidad de alimentarlas como a las mulas, nunca devolverían el costo de su alimentación; mas como su sustento cuesta un mínimo, se nutren y satisfacen con el indispensable forraje, de suerte que cualquier rendimiento que tengan, es ganancia. En Cerro son utilizadas unas veces para transportar desde los valles calientes, forraje fresco para los usos de la ciudad, otras veces para cargar el metal hasta los lavaderos. En el camino de Lima a Cerro, no he visto nunca, ni una sola vez, llamas cargadas.

Hubo algo que me llamó la atención en Cerro y fue el [71] atuendo de los aborígenes e indios, los que con sus puntiagudos sombreros, hubieran podido equipararse a los tiroleses. Llevan chaquetas cortas, de paño negro, cortos pantalones hasta la rodilla, y a veces hasta encima de ella, medias grises de lana que les cubren hasta la pantorrilla y a partir de los tobillos, y en vez de los pesados zapatos tiroleses de montaña, llenos de clavos, una especie de sandalias de cuero sin curtir, que se sujetan por medio de correas del mismo cuero, y que pasan sobre los dedos y los talones.

Muchos de ellos llevan también sombreros de fieltro, y si no fuese por el color café oscuro que tienen, se les podría tomar por buenas imitaciones de los tiroleses. No poco contribuye en ello el contorno formado por nevadas sierras, que viene a aumentar la alucinación. Es así como dos naciones, en dos distintas partes del mundo, sabiendo difícilmente algo una de otra, han escogido el mismo atuendo, que está de acuerdo con sus necesidades; y si estos arrieros tostados por el sol, hubiesen tenido bajo el brazo el inevitable paraguas tirolés, el «rojo o verde claro tejado para la lluvia» ni el color oscuro de la piel sería un impedimento para confundirlos. Estos mozos desprecian el paraguas, y cuando llueve, el poncho que se ponen transforma rápidamente al tirolés en el peruano.

Otra de las diferencias consiste en la forma de llevar la carga. El tirolés tiene su «bergsak» (una especie de alforja en la espalda N. T.) o el «Kraxen», ambos con correas para las axilas. Carga él, únicamente con los hombros, manteniendo por eso libres la cabeza y el pecho. En cambio, el habitante de las montañas peruanas, carga solamente sobre la cabeza (el único trabajo que realiza con la cabeza) lo que resulta muy esforzado. Lo que tienen que llevar lo envuelven en el poncho y amarrando dos de las esquinas del mismo, las hacen pasar por delante de la frente, con lo que el peso se apoya detrás de los hombros, sobre la espalda. [72]

Mucho más prácticos son en esto los ecuatorianos, quienes tejen cestas para carga, asegurándola con dos anchas tiras de fibras vegetales de tal modo que les ofrezca por ambos lados agarraderas para las axilas, sujetándolas siempre por delante de la frente. Así, dividen ellos el peso entre los hombros y la cabeza, con lo que aligeran en cierto modo la carga.

Ninguno de estos hombres camina una distancia más o menos grande sin llevar consigo su coca, la que al peruano le debe parecer lo que al hindú su betel o su sirih. La coca es una planta de tamaño pequeño, que tiene hojas que no se diferencian mucho de las del arbusto

del té. El sabor de la misma es también semejante al del té y con una infusión de agua hirviendo se prepara un té excelente fuerte y sabroso, el que me supo mucho más agradable y más consistente que el mismo té chino. Ellos no lo utilizan en esta forma, o por lo menos muy rara vez. Más bien suelen meterse a la boca un puñado de estas hojas secas y luego las van mascando gustosamente todo el tiempo que pueden, hasta que sólo les queda los tallitos y fibras de las hojas. A fin de reforzar el sabor llevan consigo una calabacita de alargado cuello, la cual está llena de cal. En la tapa de la calabaza hay una lengüetita que va hasta el fondo, tal como la agujeta que suele haber en un polvorín. Esta lengüeta sirve para sacar adherida a ella un poco de cal, la cual es lamida por ellos en cuanto tienen la boca llena de coca. En esta forma pueden estar sentados horas enteras, mascando su coca, sacudiendo la calabacita y lamiendo la lengüeta; y hasta cuando están en camino apelan a este «refrescante», con gran frecuencia.

Se afirma que la coca posee algo vivificante y fortificante; que disipa el hambre y la sed y comunica a los miembros una nueva elasticidad. Tal es lo que dice la gente, pero yo no lo sé, porque no he descubierto en ellos semejantes propiedades milagrosas. Al trepar los salvajes y tremendos cerros, llegué a mascar la coca como un indio, pero me sentí [73] después de ello hambriento, sediento y cansado, a punto tal que no podía mover un pie después del otro. Tomado como té, en cambio, no le niego mi confianza. Creo, además, que podría ser utilizado con ventaja en Alemania, si el Perú tuviera siquiera caminos convenientes que le permitiesen enviar las hojas a precios relativamente aceptables. Por eso cuesta la arroba de coca 23 libras, 5 pesos en el interior, y en Cerro cuesta 15 pesos la arroba, lo que significa dos veces más por flete en relación al precio original.

Se cultiva también la coca en la parte oriental de la cordillera, siendo transportada a Lima, donde tiene un alto precio. No es por lo tanto un artículo barato para la exportación. Tampoco es barato nada de lo que se compra en el Perú.

Cerro de Pasco es, como ya lo hemos dicho antes, famoso a causa de sus ricas minas de plata, considerándose la ciudad como las más ricas. En parte, estas minas están agotadas, en parte anegadas, de manera que no se podría emprender algo nuevamente allí, hasta que no se pueda encontrar la manera de extraerles el agua económicamente, por medio de máquinas movidas a vapor. Lo que puede darnos una idea aproximada de lo que podría costar una máquina de esas en Cerro de Pasco, es considerar el que cada una de las piezas tendría que ser transportada a lomo de mula 48 leguas, teniendo en cuenta que ninguna de las mulas puede cargar, en promedio, más de 280 o 300 libras. Cuántas piezas contiene una máquina, cuántas cargas habría que pagar, ninguna de las cuales valdría menos de 20 pesos, hasta que el todo haya llegado y haya sido armado en el lugar... Hasta ahora sólo existe una máquina a vapor en Cerro de Pasco en poder de una firma inglesa Naylor y Conroy, que es la que tiene el más importante lavadero de plata. La máquina ha debido costar una enormidad de dinero. El producto debe de ser excelente como para cubrir los intereses.

Ahora se ha establecido en Cerro de Pasco un herrero [74] alemán, un hombre circunspecto, que compone calderos, aligerando de este modo el desgaste de las máquinas.

Resulta singular, por otra parte, en Cerro de Pasco descubrir de repente en la ciudad, o en casas reconstruidas, pozos o socavones en el cerro, en torno de los cuales se ha

levantado solamente una pared de protección. Como las minas más próximas están trabajadas o a punto de ser explotadas, los mineros comienzan a buscar en los alrededores de los cerros y así es como de pronto resuenan el martillo y la palanca en todas las alturas vecinas.

Se ha sacado plata de estas minas, en cantidades extraordinarias, aunque han sido trabajadas en forma primitiva. Es altamente interesante ver cuánto trabajo representa separar la plata misma de la piedra o de los minerales comunes con los cuales está confundida.

Está mezclada principalmente con plomo, fierro, bronce. El mineral es molido primeramente con gigantescas muelas, hasta reducirlo a polvo, luego se traslada a recintos redondos y amurallados, donde se ha dispersado sal, después de lo cual, se la hace pisotear en buena forma con caballos, a fin de mezclarlo todo, y formar cloruro de plata que se amalgama después con facilidad con el azogue que se le añade.

En esta condición, absorbida y revestida completamente por el azogue, hay que dejarla en exposición, pues el azogue se separa con muy poco trabajo de la plata. En primer lugar, esta masa que hay que amasar, debe ser prensada en lienzos, en los cuales se queda una gran parte del azogue y el resto se deja evaporar debajo de una campana y al fuego, mediante lo cual se pierde el resto del azogue y se elabora la plata completamente limpia.

Finalmente, es fundida en anchos y gruesos lingotes [75] que cada uno pesa de 130 a 150 libras, dos de las cuales componen una carga para una mula.

Casi todas estas minas son de propiedad privada, y por lo que alcanzo a saber, sigue en vigencia todavía en América del Sur la ley de minas española o mexicana, que fue dada con el objeto de favorecer la explotación de las minas y estimular a la gente a buscarlas. Se da a los que las descubren todas las facilidades posibles. Allí donde encuentran una mina, el propietario eventual de esa tierra debe darla en venta y no precisamente al precio que debería tener por ser mina, sino al precio de antes en el Perú, de cerros desolados casi de balde. Aparte de esto, los propietarios de las haciendas vecinas tienen que proporcionar al denunciante, madera -si hay en ella- y agua, en cantidades que éste requiera a un precio conveniente y estipulado; y si la mina es rica, puede él sacar provecho de ella, sin tener que temer que su trabajo pueda fracasar por pequeños inconvenientes o chicanerías.

A su debido tiempo, los lingotes son fundidos en Cerro, y llevados luego a Lima en un transporte común, debidamente custodiado por suficiente fuerza militar. Los caminos en esta bendita tierra son en verdad tan inseguros, que no se puede correr el riesgo de enviar lingotes sueltos con un arriero. A esta escolta se unen después, no raras veces, otros viajeros, formando una tan respetable tropa, que la gentuza no se atrevería a ponerle alguna dificultad en el camino. Al menos, no existe ningún ejemplo, de que una escolta semejante haya sido atacada con éxito alguna vez.

El producto de la plata fue registrado en el último informe del gobierno peruano, esto es en el año 1859, en

plata acuñada 246650  
plata exportada en lingotes 2103350  
2350000 [76]

El producto efectivo ha debido ser mucho más importante y bastante superior a los tres millones. Pero al público no se le puede revelar todos los secretos; muchos soldados cuestan también mucho dinero y los balances deben ser correctos, si no se quiere que los comerciantes hagan sobre ello un ruido infernal.

También se afirma que el producto neto del Guano en el Perú, habría sido mucho menor, no obstante haber confesado el gobierno algo más de 15 millones, una hermosa entrada para un país de apenas dos millones de almas, habiendo que añadir aun pingües sumas por el salitre y algunos otros productos.

El mismo Cerro de Pasco no obtiene ninguna utilidad especial de ello. Hasta este camino tan principal deja mucho que desear, realmente, es a lo sumo, una simple y brusca senda para mulas, con infinitas dificultades, que desde hace años habrían podido ser eliminadas completamente, si sólo una pequeñísima parte de la plata que los pobres animales tienen que acarrear al valle, se quisiera emplear en ello. Hasta se habla de extender un ferrocarril a Cerro, lo que de ninguna manera sería imposible. Se habla de ello, evidentemente. Un nuevo Presidente electo o una nueva revolución, de la cual sacarían los militares su tajada del costo total, mantiene en constante ansiedad y excitación, en tanto que el mejoramiento del interior del Perú, que levantaría al país y es lo único que le puede asegurar un porvenir, es constantemente postergado. Son cosas que sólo han prometido al país.

En Cerro hay una cantidad de gente rica y pudiente, que debe su dinero exclusivamente a las minas. Tales minas son, no obstante, un negocio inseguro y peligroso, considerando que su producto se asienta no sobre una sólida evaluación, sino sobre las grandemente inciertas y misteriosas vetas de metal que invisiblemente se deslizan por el tuétano [77] del cerro. Pueden ellas, sin que nadie lo sepa, ocultar aún inagotable riqueza y en cada vara mostrarse más fecundas, pero también pueden convertirse a cada braza en piedra insignificante, haciendo que al propietario de la mina, que quién sabe si ha invertido todo su capital en la esperanza de hallarlo, se le deshaga su ansiada dicha en la mano que acaba de extender. Eso tiene una semejanza con el juego de azar, y es, por sus parciales éxitos, tan peligroso y contagioso como el juego de azar. Es por ello que en ninguna parte encontramos tan rápido e intempestivo cambio de la riqueza a la pobreza -y no pocas también, pero raras, a la inversa- como en estas ciudades mineras, especialmente cuando el posible éxito está fundado en metales preciosos como el oro y la plata.

El éxito de uno solo atrae a otros a buscar su suerte, alimentando la esperanza de hacerse de un quíño una fortuna, invirtiendo unos cien o mil dólares, a la vuelta de un par de años. Naturalmente, esos hombres no entienden nada de minería, debiendo fiarse en otros, quienes sólo pueden apoyarlos por sus medios. Tales hombres siempre encuentran con facilidad personas que han descubierto una mina fabulosa y quienes por carecer de unos doscientos pesos, se vieron obligados a abandonar el tesoro. Ahora, el trabajo debe comenzar sin demora -¡cuántos castillos de aire construyen los hombres en las nubes!- y el éxito es siempre el mismo: el capital invertido desaparece con seguridad y luego se hace



aquí y allá una tentativa, algún hueco que se cava demás e inútilmente, en la dura tierra; luego se gasta la plata acuñada, no se ha podido encontrar nada, y así pasó la aventura.

A pesar de ello, Cerro de Pasco es una ciudad bastante rica y animada, el pequeño capital está también en este mundo para ayudar a crecer al grande, así como el modesto hilo de agua no acoge al río, sino que hace crecer a éste. Es así cómo se consume anualmente en Cerro una enormidad [78] de champaña, cherry y coñac. En todas las fondas hay billares, en tanto que los pacientes mulos cargan sobre sus lomos toda suerte de objetos de lujo hacia la gran ciudad para esa insaciable población humana.

Los más dinámicos elementos de Cerro, entre todos los demás, son los italianos, quienes aquí, como en Lima, han convertido todas las esquinas de la ciudad en cafeterías y pulperías o negocios de abarrotes. Por todas partes ofrecen bebidas, panaderías, puestos de tabaco, dulcerías y otros mil objetos, en los que no piensan otros hombres, y saben adornar las paredes con litografías francesas, buenas en parte, desagradables otras, referentes a las batallas recientemente libradas. Se ven incluso esos papeles pintados, bonitamente pintados, con humo de pólvora en el medio, una fila de pantalones rojos a la izquierda y blancos uniformes a la derecha, matizados con balas de cañón en el paisaje, como si apenas dos semanas no hubiese llovido otra cosa que balas de cañón de tres pies, en término medio. Este es el más barato y también el más lucrativo patriotismo.

Cerro realiza un comercio muy importante con el interior del país, pudiendo ser considerado como el almacén de todas aquellas haciendas que se encuentran dentro de una circunferencia de 50 leguas en la vertiente oriental de la cordillera. Todos los objetos europeos o norteamericanos imaginables, se encuentran en sus depósitos, siendo comprados a los vendedores al por menor de Cerro, por otros vendedores al por menor, los que se consideran maltratados por la suerte, cuando por cada uno de los artículos no ganan el doscientos o trescientos por ciento. Los peores artículos se remiten a esta ciudad-colmena, especialmente a las tiendas de sombreros y de modas pasadas, ya que todo es bastante bueno todavía para la cordillera-. Pero en cambio, lo más moderno y caro que se encuentra en Regentstreet en Londres, es malbarateado a precios verdaderamente risibles, en relación con lo que dichos artículos costaron [79] allá, pese a todo uno debe estar satisfecho si puede conseguir siquiera esas mercaderías.

Del interior del país viene en cambio, coca y café, los que junto con la plata, constituyen la única carga de regreso que de vez en cuando se envía de Cerro. La coca misma debe sufrir doble envío a otras plazas. Las mulas que regresan a Lima, casi siempre lo hacen vacías, a fin de acarrear al devorador Cerro nuevas presas. Tal es este lugar que antaño alojaba apenas a unos cuantos trabajadores mineros y que parecía depender completamente de los beneficios de la minería, y que con el correr del tiempo se ha convertido en una plaza comercial apreciable, la que aun, si cesara conjuntamente la explotación, podría seguir subsistiendo bien. El gobierno tendría que construir sólo caminos carreteros, caminos y caminos, desde Cerro a todas partes; y si llegara a extender realmente una línea férrea a este punto central del comercio del interior, podría esperarse que las propiedades rurales situadas cerca de las fuentes del río Amazonas, se valorizaran alguna vez. Mas si van a ser explotadas en la forma primitiva que predomina hoy, permanecerán siempre salvajes y las pequeñas colonias aisladas, como tantas otras islas seguirían sin obtener provecho.

Como lo he hecho donde me he encontrado, rara vez he descuidado visitar el camposanto, lugar en el que generalmente se encuentra algo nuevo e interesante, sin tener en cuenta que para mí tiene un encanto propio deambular por entre las filas calladas de los muertos, e imaginarme los extendidos y tiesos miembros que están bajo el césped y cómo éstos desaparecen en la nada, o van a adormecerse en una nueva eternidad. No descuidé esto en Cerro de Pasco, por lo cual fui ampliamente recompensado.

Llegué a tiempo para ver el entierro de un niño, lo cual, como supe más tarde, era muy frecuente porque el aire excesivamente [80] delgado y frío no es nada tolerable por los niños de tierna edad. Aquí deben morir infinidad de criaturas.

El cementerio es sumamente pequeño para una ciudad tan populosa. Los muertos están en sus sepulturas sin ningún adorno, pues no prosperan las flores al aire libre en esa altura y sólo crece un pasto reseco en las laderas bajas. También dejan mucho que desear los mausoleos erigidos a los muertos. Pueden haber sido apreciados de todo corazón, lo que no pongo en duda, en lo más mínimo, pero su construcción no está hecha en mármol de Carrara y tampoco con arte italiano, apareciendo más bien como si fuera un barro enjalbegado de blanco que hace tiempo ha sido arañado y golpeado hasta que ha tomado la forma de una columna o de una urna que en conjunto, parecen destinados a llevar debajo de una figura pintada con cruces negras o bolas punteadas y con dos huesos atravesados en cruz, en la parte inferior, el nombre y el día del deceso.

Mi acompañante, que ha vivido mucho tiempo en Cerro de Pasco, me refirió algo de los que habían muerto hacía poco. Uno de ellos, enterrado dos días antes, había sido uno de los más ricos propietarios de minas, quien contaba sus tesoros por millones. Como es natural, él hubiera querido tener más, pero descendió tanto, que hubo de ser mantenido por sus amigos.

Muy cerca de allí se levantaba una sencilla piedra blanca, esto es un mausoleo cuadrado, construido con barro y pintado de blanco, pero ya con sus ángulos romos y sin una inscripción siquiera. Debajo de él reposaban las dos muchachas más hermosas de la ciudad: dos muchachas que habían muerto, una después de otra, con pocos días de diferencia, habiendo sido sepultadas juntas, sin que ninguna flor pudiera adornar su lugar de reposo.

Mi atención se dirigió a un grupo que acababa de entrar en el cementerio, al que yo no habría visto quizá, si un [81] muchacho trigueño no hubiese tocado vivamente el violín. Me volví hacia el lugar de donde provenían esos tonos no muy atractivos en momento tan oportuno, como para ver un entierro.

Una especie de mestizo iba por delante, el cual llevaba una pequeña mesa sobre la cabeza y reposando sobre la mesa el cadáver de una muchachita, de unos cuatro o cinco meses, posiblemente. Los padres eran demasiado pobres como para comprarle un ataúd, pero habían decidido ponerle un traje de seda y en torno de sus sienes, flores artificiales, en vez de las naturales que allí no habían.

Junto al cargador que llevaba la mesa, iba el hombre con su violín, en el que tocaba alegres aires de danza porque la chica fallecida en tan tierna edad, se había ido según la creencia de los sudamericanos directamente al cielo, desde donde rogaría en el trono de Dios, por sus padres.

Detrás de la comitiva seguían seis u ocho mujeres viejas y jóvenes. Busqué inútilmente reconocer entre ellas la que pudiera ser su madre, ninguna parecía estar triste y apenas hubieron traspuesto la puerta, se pusieron en cuclillas ante el cadáver de la pequeñuela, sacaron a relucir botellas de aguardiente y comenzaron a beber todas juntas, alegremente. En el lado opuesto del cementerio, un par de hombres estaban ocupados en cavar una pequeña tumba, y allí permanecieron hasta que depositaron el cadáver.

Esto duró como una hora hasta que los hombres encontraron que la tumba era suficientemente profunda, haciendo honor entre tanto, con mucha aplicación, a una botella de aguardiente. Por fin, todo estuvo listo y entonces se acercó el acompañamiento hacia la tumba, siempre con el tocador de violín. Depositaron sobre el suelo al borde mismo de la fosa, que apenas tenía el ancho necesario para contener el cadáver pequeño y consumido, la mesa pretendiendo los enterradores despojar al cadáver de la criatura [82] de sus flores que eran sólo alquiladas. El padrino de la pequeña criatura declaró, teniendo como tienen los padrinos en América del Sur, un gran rol, que él las pagaría, y es así cómo la muertecita fue colocada en su angosto lecho, teniendo bajo la cabeza únicamente una almohadita.

Advertí algo que no podía explicarme, y que mi acompañante se encargó de aclarármelo. Las mujeres rociaban con aceite el traje de seda de la criatura, en razón de lo cual salieron a relucir muchísimas manchas. ¿Por qué? Porque en Cerro de Pasco mueren muchas criaturas y la gente pobre tiene la mala costumbre de desenterrar los cadáveres que son inhumados con bonitos trajes, a fin de robarle sus adornos. Es apenas creíble, pero tiene que ser cierto, por desgracia. Por lo demás, parece que no conocen en Cerro de Pasco un desmanche.

La fosa se vuelve a llenar con tierra, e inmediatamente después, toda la comitiva se dirige hacia las botellas de aguardiente, y con ellas, hacia la casa, donde, en honor del «angelito», inician una verdadera orgía.

En el cementerio había dispersa una cantidad poco habitual de osamentas de hombres, a las que no se les toma en consideración, y más bien hasta se les pone sobre el camino. Pude contar tres calaveras diferentes y una gran cantidad de otros huesos. Una de las calaveras fue puesta sobre un mausoleo.

«Yo no sé si ésta es la misma calavera», dijo mi acompañante: «El día de Todos los Santos, cuando los católicos visitan sus cementerios, lo cual constituye una especie de fiesta, yo vine también aquí, y esa cabeza u otra como esa, aparecía de manera bastante maravillosa». Alguien la había rodeado con un pañuelo rojo de seda amarrado debajo de la mandíbula, los pómulos habían sido pintados de un color rojo ladrillo y entre los dientes sostenía una pipa de arcilla. [83] Tenía una terrible apariencia, pero la gente que pasaba por delante, se reía y se divertía lindamente con eso».

El tiempo, que había sido seco de repente se mostró amenazante. Comenzó a soplar el viento y en la parte noroeste se arremolinaron pesadas y negras nubes, con gran prontitud. Tenía las trazas de ser aquello, una tempestad de nieve, de la que casi todos los días sufríamos una prueba pequeña. Es en esos momentos que pensamos en retornar a casa. Justamente cuando pasábamos por delante del camposanto, nos encontramos con otro sepelio, el cual era también un entierro de niño. El acompañamiento parecía más regocijado que el anterior, como que el niño fallecido pertenecía a gentes más ricas, estaba echado en un ataúd pequeño forrado con paño rojo y claveteado con clavos amarillos. Delante iban tres músicos, dos de ellos con violines y el otro con un arpa, tal como se usa y toca mucho en Ecuador y Perú. Se acompañaban con una melodía de las más vivaces y además, el arpista no iba tranquilo y circunspecto a la cabeza de la concurrencia, sino que bailaba perfectamente su melodía, unas veces hacia la derecha otras hacia la izquierda y a veces describiendo un círculo. Hasta el hombre que llevaba sobre una mesa el ataúd, apuntaba unos «pasos» con los pies y acompañaba la música con el compás.

Detrás del pequeño ataúd, lo seguían, algo así como doce mujeres y muchachas pero ningún hombre, éstos venían rezagados fumando su cigarrillo.

La amenazante nevasca de hacía poco rato, se nos vino encima con gran aparato y el viento silbó en la desolada altura, de manera que nos apresuramos a regresar a la ciudad.

[84]

En las Fuentes del Amazonas

Yo había tenido en Cerro de Pasco un solo día de descanso, lo que ocurrió el 2 de enero de 1861, más a causa de mi mula, a la que le tuve que comprar una buena cantidad de forraje, que por causa mía. El día 3, en la madrugada, ya estaba nuevamente listo para el viaje. Tampoco supe aquí nada concreto sobre la colonia alemana, extendiéndose mi camino ahora hacia el este, dentro del territorio de las fuentes del río Amazonas, en el cual, completamente separada del mundo y de sus relaciones, se había establecido la colonia de mis paisanos alemanes. Hasta el nombre de Pozuzu sonaba extraño y con sabor a aventura, y el hecho de que esa zona no era visitada ni siquiera por los mismos peruanos y se encontraba fuera de su habitual círculo de relaciones, demostraba ese «¡Caramba!», con que se me respondía cada vez que escuchaban el nombre de Pozuzu, cuando yo señalaba ese sitio como mi próxima meta. «¡Caramba!» La gente tenía sobrada razón, y yo mismo hube de exclamar varias veces «¡Caramba!» cuando me había metido en un pantano o en la espesura o tenía que trepar o bajar por empinadas cuestas llenas de espinas. Por otra parte, la gente que conocía el interior del país me había dado en Lima el sensato consejo, de no emprender el viaje sin un pasaporte del gobierno, pues el viajero de aquella época, frente a un pueblo indolente, no sufre otra cosa que molestias y necesidades y pierde indefinidamente un tiempo precioso para procurarse las bestias necesarias para la prosecución del [85] viaje. Felizmente seguí ese consejo y encontré más tarde que esa medida estaba justificada en toda su extensión. Como no podía utilizar mi propia mula en todo el viaje, como no fuera para atentar contra su vida, estaba obligado a arrendar bestias

en diversas estaciones del camino y un pasaporte del gobierno, y más todavía si traía una rúbrica estampada y un negro sello, producía un efecto mágico sobre todos los pequeños funcionarios. Un mozo que en otro momento no se hubiera movido, y echado en la sombra, respondiera a la pregunta con tono perezoso y simple: «Ahora no hay ninguna mula... quizás mañana», saltó como un resorte, a fin de satisfacer el pedido del foráneo, y con alguna aspereza logré casi en todas partes, mediando claro está, el pago de lo acostumbrado, seguir más lejos.

Montado en mi mula a partir de Cerro seguí en dirección de un pueblo situado más en lo hondo y de clima más cálido porque en Cerro la alimentación de una bestia es enormemente cara, aparte de que el animal no se siente bien a causa del aire tan fino y tan frío. Se me indicó como la próxima meta Huariaca y apenas obtuve del Prefecto de Cerro mi salvoconducto, que me lo expidió muy amablemente, salí en la madrugada del día 3 de enero de Cerro y fui siguiendo, siempre hacia abajo, las fuentes del Río Huanacu, a lo largo de este mismo valle.

Esta cabalgata fue sumamente interesante. El camino se desenvolvía inmediatamente entre empinadas y poderosas paredes de roca gris, mientras que junto a la rápida corriente, se descubrían lavaderos de plata, situados uno junto a otro, en los que el noble metal es triturado y lavado. También junto a Cerro de Pasco, cerca de una laguna se encontraba un lavadero de plata, ya que las piedras que muelen el metal son puestas en movimiento mediante la fuerza del vapor. Pero quien no disponía de ella, tenía que satisfacerse con la fuerza proporcionada por el agua, por lo cual no se desperdiciaba aquí ni siquiera un balde de este líquido; [86] y cada cubo de agua, todavía cansado del último trabajo y completamente sucio de limo amarillento, tenía que saltar al radio de una nueva rueda, a fin de hacer girar el eje que impulsaba el molino de piedra.

Todas estas ruedas están situadas bajo tierra, de tal manera que el agua no cae desde lo alto sobre la rueda o se escurre por abajo, como entre nosotros, sino que se lanza de costado, ahorrando mucho espacio, haciendo girar los radios de la rueda. He visto también en el país, así como en el Ecuador, muchos molinos semejantes, todos los cuales están contruidos sobre un arco de puente, debajo del cual sale disparada el agua, impulsando lateralmente la rueda con su mástil vertical.

Innumerables llamas acarrear unas veces la piedra y otras la triturada masa, las que son depositadas en un lugar densamente enguatado y rodeado de muros, donde circula agua corriente, con lo que comienza propiamente la tarea de multitud de pequeños y roñosos ponis, los que en número de 15 o 20 se mueven en un espacio estrecho, de unos 18 a 20 pies de diámetro a lo sumo, permaneciendo allí horas de horas y recibiendo latigazos de estímulo.

¡Todo comienzo es difícil!... En un principio tosen y estornudan sobre la masa fría, todavía dura y áspera, mas a medida que van trabajando en ella el suelo se va volviendo más blando, hasta que finalmente, queda convertido en una papilla sobre la que siguen dando vueltas.

Los alrededores tienen una desconsoladora apariencia. Consiste solamente de algunas chozas muy pequeñas y primitivas, en la mayor parte de las cuales se ha alzado una banderita peruana, roja y blanca, como una señal de que allí se expende ese pésimo aguardiente. El camino se precipita pronunciadamente hacia el valle, de manera que en algunas horas me encontré en un clima relativamente tropical. [87] Crecían allí las primeras papas y allí mismo se comenzó a dar pienso a los animales, el cual suele ser llevado en asnos y llamas hasta Cerro de Pasco; aquí también comenzó el pasto verde y alegre en las laderas, advirtiéndose junto a la corriente, en el cerro, otra vez los arbustos, cuyas colgantes ramas se sumergen en las rápidas aguas del arroyo.

Todavía un poco más lejos, abajo, encontré un poco de maíz y hortalizas; y más o menos a mediodía, el valle comenzó a abrirse más, mostrando verdes platabandas, en las que pastaba una multitud de bestias de carga y bueyes. La construcción de los caminos peruanos presentaba también aquí la necesidad de hierro. Cuando se hubiera podido utilizar un par de libras de pólvora como para eliminar fácilmente las dificultades del camino, como son pequeños bloques de roca, se prefirió conducir empeñosamente el camino, de manera más directa, hacia arriba o hacia abajo pudiendo en perjuicio de los pobres animales de carga que seguirían por esos lugares.

Llegué a Huariaca a eso de las tres de la tarde. Se trata de un pueblo pequeño y alegre, que se alza a la orilla de la espumosa corriente, rodeado de verdes prados. Hasta las laderas mismas de los cerros están adornadas con su manchas de matorrales que comunican algo de alegre a la comarca. Tenía que buscar donde alojar a mi mula, ahora sí se había presentado la oportunidad de reposar y reponerme. Lo que se paga por el forraje es, en todo caso, muy moderado viene a costar solamente un peso a la semana.

El viajero deja de pagar, sobre todo, los gigantescos precios de la costa occidental (para provecho de su bolsillo), siendo esto más notable todavía en el alquiler de las bestias. Estos precios se extienden desde la costa hasta Cerro de Pasco. De Lima a Cerro de Pasco se debe pagar de 16 a 18 pesos y a veces hasta 20 por 48 leguas. Desde aquí, en cambio, la legua cuesta un real (8 reales del peso), y por un [88] guía que vuelve a recuperar su caballo alquilado, hay que pagar además, un medio o medio real extra por legua. Esa es una doble ventaja para los viajeros, que no sólo reciben un precio ya fijado, sino también uno más barato.

En Huariaca, ciudad en la que no hay ninguna fonda o posada (que en el país se llaman tambo), hube de permanecer en casa del llamado gobernador. El título de tal hombre suena muy bonito y da importancia. Los españoles como los alemanes gustan mucho de los títulos pomposos y el de gobernador tendría entre nosotros la misma significación que el de «Schulze», alcalde de un pueblo. Mi gobernador era un hombre pequeño y grueso, muy amable, el que parecía ser tolerado en su casa sólo por su mujer, una figura reseca, alargada y mordaz. Y en realidad, sólo ella podía informar de cada uno de los hechos de su vida, no parecía estar de acuerdo de ninguna manera con su existencia, pues luego de haber mostrado mi salvoconducto, tuvo con su marido un largo y vivo coloquio. Alzando a cada rato los hombros, el marido mostraba estar enteramente de acuerdo, aunque demostraba igualmente que buscaba lo imposible para obrar de otra manera.

Si hubiera seguido el antiguo proverbio, de no terciar jamás con gente cuya cara no me había caído en gracia desde el primer momento, me habría ido seguramente mejor. El hombre se brindó a mantener mi mula en sus praderas durante cuatro semanas, y como creí que aquí iba a estar mejor conservada y además, debía recibir de él otro animal al día siguiente, no quise hacer inútiles ceremonias.

La mujer puso finalmente buena cara para hacer mal juego, puesto que el salvoconducto no podía ser desconocido. Me ofreció para dormir un poyo de adobes en su cuarto de provisiones, sin poner debajo siquiera un triste cuero de oveja, como se ofrece en la más humilde cabaña. Pese a todo, dormí toda la noche perfectamente, me preparé yo mismo [89] una taza de té, y monté en una cabalgadura bastante inquieta, que ya me tenían lista, rumbo a Huánuco, por un camino mucho mejor.

Como había esperado encontrar abajo un valle ancho y extendido, sufrí una nueva desilusión. En Huariaca se había abierto un poco pero luego se fue estrechando cada vez más, hasta formar algo que no era sino una verde garganta, en la que en pequeños retazos, había algunos cultivos. A medida que aumentaba el calor, los árboles eran más altos, apareciendo en el camino por todas partes, hermosos sotos cubiertos de flores, llegando hasta la misma corriente del río. Los cactus y aloes subían cada vez más altos, hasta elevar los primeros, en el cielo azul su tronco arbóreo cubierto de flores. Asimismo, el tallo del maíz que se había plantado en los preciosos campos, se hacía más robusto y al aproximarse la noche distinguí la primera caña de azúcar.

Por muy fértiles que pudieran ser estos aislados lugares, el carácter del pueblo peruano quedaba aquí justamente en evidencia. Valles estrechos, muy estrechos, con extraordinaria vegetación, pero en torno de ellos, inacabables regiones cerriles que en las vertientes occidentales de la cordillera sólo tenían arena y piedras, y que en la parte oriental sólo podían servir para alimentar hatos de ovejas y ofrecer pastales. El país es colosalmente grande y probablemente en muchos, pero en muchos sitios, repleto de ricos metales, sin embargo, la agricultura tiene que luchar con muchas y muy grandes dificultades que son más difíciles de vencer, precisamente allí donde sería más fácil el intercambio y la exportación de los productos extraídos: en la costa occidental. La tierra tiene que ser regada artificialmente, si se desea que produzca algún fruto, y tales tierras no se ofrecen sino rara vez al inmigrante, ya que éste encuentra una cantidad de otras regiones, en las que la naturaleza le facilita esa labor. [90]

Esa noche pernocté en el pequeño pueblo de Ambo, nuevamente en casa del gobernador o alcalde -he olvidado desgraciadamente su verdadero título-, encontrándome en medio del atrayente y fecundo valle de Huánuco, el cual constituye el granero de los alrededores, muchas leguas a la redonda.

El valle se amplía convirtiéndose en una sabana verde que es regada por el río Huánuco, respetablemente crecido. Por todas partes se extienden campos de caña de azúcar. Prosperan también, magníficamente, el maíz, las papas, diversas plantas forrajeras, hortalizas. Podría competir este pedazo de tierra con las más ricas del mundo, si existiese en el carácter del peruano algún género de estímulo. Mas ellos trabajan en realidad tan poco como es posible, sólo para mantenerse con vida en un poncho. No conocen una aspiración

hacia algo mejor y si la conocen, hacen lo menos posible para ponerla en práctica. En cualquiera otra parte de la tierra no se dejaría sin cultivar un solo pie de terreno, especialmente allí donde hace falta tierra fértil. Aquí en cambio, muchas chacras esperan el arado, a fin de devolver mil veces más de lo que se ha confiado al seno de la tierra.

Desde Ambo hasta aquí hay sólo cinco leguas de tierra enteramente plana, conduciendo el camino, en su mayor parte, por entre haciendas, campos y jardines. Esto era muy interesante por sí mismo, aparte de ello cabalgué en una mula que parecía no haber sentido nunca ni el freno ni las espuelas, sino haber estado acostumbrada a caminar en tropa, llevando una carga o algún cajón en el lomo. Por eso es que desde un principio, apenas la tocaba con las espuelas, volvía grupas hacia Ambo, pasando por el puente bastante largo, lo cual pareció causar la mayor satisfacción a un cierto número de jóvenes peruanos y ladrones diurnos. La dejé tranquilamente que hiciera su voluntad, hasta que ya en las afueras, detrás de Ambo, tuvimos que subir cabalgando a una altura. Le hice sentir con decisión el freno, le [91] di buenos espolazos despiadadamente, hasta que nos pusimos al galope en la altura, donde tuve la satisfacción una vez llegado allí, de tener a mi mula enteramente mansa y servicial.

En Huánuco tuve que hablar con el Subprefecto, el que tenía que visar el salvoconducto que me había extendido el Prefecto. El Subprefecto de Huánuco era el hombre más acaudalado de esta rica provincia, poseía una estupenda propiedad rural en uno de los más hermosos sitios, a una distancia de más o menos media legua de la ciudad, donde parecía reinar sin límites.

Como era un día sábado creí que no estaría de más buscarlo en su hacienda, por la que yo debía de pasar, pensando que quizá querría sustraerse de los urgentes negocios de la administración, y haberse retirado a la tranquila vida del campo. Y no me había equivocado, siendo recibido por el señor en la forma más cordial.

Me alegró especialmente recibir la noticia, cuando me informé sobre el camino a seguir para ir a la colonia alemana, de la que se me había dicho en Lima que dejaba mucho que desear.

«¿El camino?» -exclamó el Subprefecto-, «no tenga ningún cuidado a causa de él. Desde aquí tiene Ud. un excelente camino, y puede Ud. ir a su Pozuzu con toda facilidad en tres días y medio. No es nada el camino desde aquí».

Esto me consoló; pero en vano traté de que se me devolviera visado el pasaporte. -«Sí, sí, con el mayor gusto», decía el Subprefecto, pero no hacía nada. Tenía que dar primeramente un pequeño paseo por su jardín que le quitó algo así como media hora, en seguida tuvimos que almorzar varios platos y finalmente desempaquetó un antiguo reloj de pared inglés. Por felicidad no tenía la llave del mismo y trató de poner en movimiento el péndulo. [92]

Entre tanto habían dado ya las tres de la tarde y yo había contemplado la hacienda, cuya parte interior no ofrecía nada de particular. No quería ni podía esperar más tiempo, y sólo cuando exigí sería y decididamente, en tanto que ensillaba mi mula y montado ya, expresé



que seguiría mi viaje sin el pasaporte -lo que desde luego no habría hecho-, pude obtenerlo. Sin excepción alguna, la gente no tiene conciencia del tiempo y de su valor, ¡dichosos mortales -pues que en todo caso tendrán que serlo- que no podrán advertir ni siquiera su propia desaparición!

En un trote de poco rato a través de un verdadero huerto, llegué a la ciudad que ocupa una extensión bastante grande. Es una lástima que sin necesidad, ocupase un terreno muy fértil ya que el paraje de los arrabales, con sus desiertas casas, daba la apariencia de haber sido devastado por una espantosa epidemia.

Me acordé de aquella expresión de un proletario de Berlín, en 1848, que afirmaba que Alemania no podría estar mejor, mientras alguien viviese en el primer piso. El hombre hubiera podido encontrar aquí su paraíso pues en todas las calles por las que atravesé a mula, encontré de manera maravillosa que el primer piso estaba vacío y desierto, y casi en todas partes, a través del marco de las ventanas, el cielo azul contemplaba el empedrado.

Un par de pisos tenían ventanas, pero nadie vivía tampoco allí, todos se mantenían en la planta baja y el primer piso parecía abandonado a los vientos y a los murciélagos.

Huánuco podría ser una importante ciudad, pero es una pequeña ciudad achatada, la cual semeja en pleno calor del sol, un balneario en invierno, en el que miles de viviendas se alquilan por muy poco. [93]

La región produce toda clase de frutos tropicales, y muy en especial un café excelente que lo transportan a Lima, donde es vendido a precios muy elevados. En Lima, las cien libras o quintal puede adquirirse generalmente por 40 pesos, mientras el café brasileño con flete e impuestos, casi por la mitad. Pero la costa occidental de América produce un café mucho mejor que el del oriente y tanto el café de Huánuco, como también el del Ecuador, no le va a la zaga al Moka en calidad y hasta tiene el mismo gusto característico, aunque quizás no tan categórico.

También crece perfectamente bien, en esta región, la caña de azúcar aunque necesita de mucho tiempo para madurar, más que en los distritos, profundamente situados y no es tan fuerte y jugosa.

No es lo suficientemente cálido para la coca, ésta necesita suelos mucho más cálidos que la misma caña de azúcar o el café.

Estas regiones están habitadas por una raza característica de hombres -no hay blancos, ni indios tampoco, sino algo de ambos y muy a menudo de aquélla que corresponde a lo que los peruanos señalan como Cholo.

Cholo significa aquí lo que en América del Norte se llama mestizo; descendiente de indios y blancas. En realidad no tiene por qué avergonzarse la gente de su sangre india, aunque no provenga completamente de un tronco de caciques, ya que en aquellos tiempos los había más nobles que entre la gentuza española que se desparramó por estas costas y

que entre los piratas e incendiarios, apenas un poco mejores. El hecho de que se llamasen cristianos, viene a empeorar todavía más las cosas.

Huánuco tiene por lo menos la ventaja de un hotel bastante bueno, en el que se ofrecen las siguientes condiciones: [94] un aposento alfombrado, todo él ocupado por una mesa de billar, y una mesa más pequeña y sus dos sillas respectivas arrinconadas en un ángulo; la comida mala y cara; una cama tendida en un cuartucho, donde uno puede darse con una piedra en el pecho si los chinches lo dejan tranquilo en la noche y por el cual hay que pagar bastante. Pero el café era de primera, lo que venía a resarcir todo lo demás.

El gobernador (quien, en ausencia del Subprefecto, tenía las riendas del gobierno en la mano), me había prometido que al día siguiente, muy temprano tendría un caballo. Como era natural, el que no cumplió su palabra fue el gobernador, pues yo fui a las seis y media a su casa pero él estaba todavía en cama. Si yo hubiese sido un alemán de vieja cepa, me habría informado muy cortésmente a qué hora se levantaba, bien descansado, el señor gobernador para preguntar lo mismo un poco después. Por desgracia, había dado muchas vueltas por estos países sudamericanos, como para no saber cómo se debe tratar a esta gente. Llevaba en el bolsillo el pasaporte del gobierno según el cual estaban obligados los funcionarios a procurarme un caballo, sin más trámites, pero no sucedió así, la holgazanería del único empleado fue la causa de ello. Para dominarla no había sino un solo medio: la rudeza y tuve que ser rudo.

En dos minutos tuve al gobernador levantado de su cama y en la calle e inmediatamente después reuní, ante la policía, en un español virulento por añadidura, a los servidores de ese Cuerpo para decirles que hasta ahora no se me había proporcionado ningún animal. Persuadí finalmente al jefe temporal de la policía en esta parte del Perú, quien montó en la silla y a galope tendido se perdió por la calle. Una media hora más tarde, estaba ya en mi poder un animal bastante bueno y de buen andar, y en él bajé al trote el alegre valle, hacia otra pequeña ciudad, Panao.

La región es hermosísima, los altos y pelados cerros [95] están muy lejos, al fondo, mientras que el camino es flanqueado por millares de sotos floridos y se ofrecen a la vista campos fértiles y verdes. Fuera de ello, la gente se aplica a extraer un excelente «guarapo» del zumo de la caña y como se expende en una gran cantidad de casuchas, al borde del camino, por un precio barato, no tardé en usarlo frecuentemente.

El guarapo sólo tiene dos o tres días de vida, durante los cuales es bueno, dulce y sabroso: su hermosa juventud, luego de la cual se vuelve viejo, agrio y se amarga su esencia, y si pasan dos días más, se le guarda en calabazas o jarros de piedra como vinagre.

No veo, además, por qué no se elabora un buen guarapo de nuestra remolacha, como de la caña de azúcar; con aquélla se hace también muy buen azúcar y por eso quiero ofrecer a nuestros «plantadores» alemanes una sencilla receta, según la cual podrían intentar hacer un experimento:

«Se mezcla el almíbar con una tercera parte de agua, se cuece luego y se espuma, hasta que se reduzca hirviendo a la primitiva cantidad del jugo. En seguida, se le deja enfriar y se le vierte en un recipiente de arcilla o de madera, donde fermenta.

Después de tres días, generalmente es bueno; mas la primera vez, como el recipiente no ha absorbido todavía ácido alguno, la fermentación se produce lentamente. El recipiente debe estar abierto en su parte superior».

El clima tropical en que se desarrolla la caña de azúcar quedó detrás de mí, apenas me separé hacia la derecha de la corriente del Huánuco e ingresé nuevamente a la zona templada y a los cerros. Otra vez un cambio de clima, en pocos días de la zona fría a 14.500 pies de altura sobre el nivel del mar, pasando por la templada, hasta la caliente, y [96] otra vez más en la templada, para llegar de nuevo hasta los límites de la fría y meterse finalmente, en la verdaderamente caliente. El hombre se vuelve finalmente tan confuso por estos eternos cambios que ya no sabe en qué país del mundo se encuentra. Hoy debe de quitarse el saco para poder caminar en el calor, mañana deberá meter las manos en los bolsillos, en tanto la nieve le chicotea el rostro, pero porque Dios lo ha querido, nuestro tiempo de abril alemán ha sido algo semejante el año pasado, sin que por ello nos hayamos inquietado mucho, siendo ésta quizás la causa por la que soporté el cambio tan ligera y tranquilamente.

Esa noche tuve que trotar hasta un pueblecito, Panao, donde el gobernador debía proporcionarme una nueva bestia. El camino se alargaba terriblemente en la lejanía y dejando atrás la tierra fértil, nuevamente me interné por mal camino, cerros, y -algo nuevo para mí en el Perú- árboles, realmente los primeros árboles que había visto hasta allí, si debo exceptuar los escasos sauces del río Chillón.

Comenzó el bosque un tanto mezquino, es cierto y cuya madera no era demasiado fuerte, pero era no obstante, bosque, siendo agradable a los ojos el panorama que hacía tiempo no veíamos. Al atardecer me encontré con un muchacho montado sobre un caballo blanco, que también se dirigía a Panao y como el sol ya estaba cerca de ponerse, le pregunté a que distancia estábamos todavía del pueblo. Nos hallábamos justamente en las faldas de un cerro que bajaba profundamente hasta el valle y presumí que Panao se encontraría abajo, en alguna parte cerca de la corriente. Pero el muchacho, riéndose y señalando la parte de arriba por encima del valle, exclamó: «¡Esta allá arriba, y bien grande!».

Y efectivamente estaba allí arriba «y bien grande y ancho», como una mancha de color rojo ladrillo, atravesada por calles cruzadas y oblicuas, pegado a la verde falda con sus extensas calles, el pueblo. Tal camino había que bajar [97] hasta el valle y volver a subir por el otro lado hasta llegar al pueblo. No hubo nada que hacer. Por lo menos había columbrado mi meta y por ello le di con las espuelas a la bestia a fin de no perder innecesariamente el tiempo. Sin embargo, bien pronto se hizo noche oscura cuando entré a la ciudad y como hacía tiempo que había dejado detrás de mí al muchacho del caballo blanco, hube de preguntar a unos y otros, a quienes venía encontrando en el camino, por el gobernador. Por mucho que me esforcé por hablar mi mejor español, y pronunciarlo lo mejor que pude, no logré que ninguno de ellos entendiera. Descubrí con espanto que

hablaban el quichua, o sea el idioma de los Incas, del que yo no entendía ni una sola palabra.

Por felicidad, un hombre de la vecindad se percató de mis apuros, oyéndome, ya que no podíamos distinguirnos mutuamente. Salió de su casa y se ofreció gentilmente para acompañarme donde el gobernador, ya que no podría encontrarlo en su propia casa por ser hoy fiesta (Día de Reyes), habiéndose reunido para un baile las notabilidades del pueblo.

¡Para un baile!... Bueno estaba yo para bailes, todo cubierto de polvo y de sudor, muerto de hambre y de fatiga. En cuanto el hombre me dio esa noticia, le pregunté por una posada, a fin de poder comer y beber, antes que nada. Él me aseguró que justamente nos dirigíamos a la posada, donde se habían congregado los huéspedes y de nada me habría servido negarme. No tuvimos que andar mucho trecho, apenas volteamos la esquina, escuché los agudos sonidos de un violín, encontrándome bien pronto en el dintel ante una curiosísima y característica escena. Cómo quisiera y pudiera dar una idea de ello al lector alemán.

La sala de baile consistía en una habitación no excesivamente grande, algo así como de veinte pies por lado, en cuanto la vi creí que estaba completamente a oscuras. Al [98] mirar con más detenimiento, reconocí entonces el resplandor de cuatro velones colocados en diversas partes, los que irradiaban una luz sumamente parca.

En esta lobreguez pululaban, a lo que pude presumir, gente alegre. Todos saltaban y bailoteaban entre ellos y el violín que ya se había escuchado antes, comenzaba a marcar el compás. Como ya he dicho, cuando entré al cuarto, no pude ver lo más mínimo; sólo oía cuando era presentado a alguien, sentía cómo una o dos personas me sacudían la mano. Me encontré de repente con un vaso de aguardiente en la mano y sentado en un banco muy bajo.

Vací el aguardiente de un solo trago, pues estaba realmente agotado y requería algún reconstituyente cualquiera, o por lo menos un excitante. Cuando creí que los festejos de recepción habían terminado, estaba totalmente equivocado, pues un segundo vaso de aguardiente siguió al primero y a éste, un tercero, y parecía que todos se habían puesto de acuerdo para llevarme debajo de la mesa lo antes posible.

Poco a poco fui reconociendo algo mejor el contorno: encontré entonces que estaba entre el gobernador y el cura o sacerdote, o sea los personajes del lugar, quienes asistían a la fiesta para realzarla con su presencia. No dispongo aquí de tiempo como para contar todos los sustos de esa noche pero quiero decir que intenté mucho tiempo inútilmente, obtener alguna cosa para comer. Allí se bebía pero no se comía, mas al fin, ante mi insistencia, una de las mujeres me trajo un hueso de cordero que ya había sido comenzado, junto con un pedazo de pan duro. Devoré las mínimas sobras que todavía encontré, recomendé encarecidamente al gobernador para que hiciera preparar mi caballo para las seis de la mañana del siguiente día y me hice señalar un sitio donde pudiera dormir sin ser constantemente molestado. [99]

Al día siguiente tuve que ir a sacar de la cama al gobernador, sin haber conseguido todavía el caballo, pues el hombre no había dormido suficientemente todavía la bomba de

la noche. Me puse nuevamente en camino, relativamente temprano y en una linda y fresca mañana salí al trote por una región alta y bastante montañosa.

Las cordilleras que en la parte oriental de Chile constituyen un solo nudo compacto de cerros, aquí se extienden como separadas en dos ramas. La más importante de éstas es la que forma el divortium aquarum, al oeste de Cerro, siendo allí que se tramonta el paso más alto. Con todo, hay una segunda cadena que se extiende, que no corre ininterrumpidamente, sino que deja discurrir por sus quebradas el agua que brota de las cadenas principales de la parte oriental y se dirige a la corriente del Amazonas. No se puede ir siguiendo a los valles, pues sus laderas son poco menos que cortadas a pico en muchos lugares rocosos por las que se precipita la corriente, por eso, el camino se dirige por las altas cumbres, que ofrecen un paso más fácil.

La técnica caminera peruana se muestra aquí nuevamente en toda su gloria, la estrecha senda se desenvuelve hacia arriba y hacia abajo, sin cortar ninguna dificultad, sino más bien trepándose por ella. Para evitar un pequeño e incómodo peñasco que bien hubiera podido ser eliminado con dos libras de pólvora, se tiene que hacer grandes rodeos, subiendo y bajando nuevamente por el cerro escabroso y parece como si no hubiesen sido los hombres los que han escogido y seguido lo salvaje de esta senda, sino los animales.

Después de un trote corto (ya que mi próxima pascana se encontraba sólo a tres leguas, lugar donde debía obtener otro caballo), llegué por fin a un pequeño y desolado pueblo llamado Chaglla, en donde tuve que sacar de su cama al alcalde para que me proporcionara rápidamente [100] una cabalgadura. De primera intención no quiso levantarse, afirmando que estaba muy enfermo; pero yo le demostré que estaba completamente sano, por lo que pude encontrarme nuevamente sobre la silla una hora después teniendo un guía a mi lado, el que debía de conducirme hasta Muña otro pueblo, de donde volvería a llevar su caballo.

En el ínterin y hasta que recibiese cabalgadura nueva, aproveché para almorzar ya que no había comido nada desde la mañana anterior. Obtuve un formidable guiso de habas, de esas que en el norte de Alemania son llamadas «habas grandes» o «Saubohne», con las que me recuperé completamente. El clima es completamente templado, aunque en realidad hacía más frío que calor, siendo el principal producto del suelo, la papa. Se plantaba también en algunas partes el maíz, el cual crecía bien; la tierra parecía ser evidentemente fértil, en todo lo que puede ser cultivable. Mas como todos estos hombres tienen muy pocas necesidades y aun lo más urgente lo trabajan de mala gana y obligados, es perfectamente comprensible que no hayan metido el arado en ningún pedazo de tierra que no consideraran absolutamente imprescindible para su vida, lo demás era por fuerza. Por eso es que no tenían nada que vender en el mundo, como no fuera el aguardiente del que el alcalde o teniente había hecho traer de Panoa dos botellas para especular con ellas.

A eso de las once continué mi viaje desde Chaglla, y tuve la suerte de ver ese «maravilloso camino», que el subprefecto de Huánuco no me lo había ponderado lo suficiente. Había sido tan admirablemente acondicionado que desde Chaglla tuve que seguir una legua en fuerte pendiente, cerro arriba y dos leguas casi totalmente empinadas. Hube de cruzar un torrente y trepé de nuevo una legua de algo que era como una muralla para tener que volver a descender de nuevo al otro lado. Desde allí, el camino sigue

pendiente una legua más hasta Muña y todavía tres leguas y [101] media de áspera subida, hasta la cima de una cordillera, llamada Alto Tambo.

El camino continuó en zigzag durante todo el día, unas veces subiendo, otras bajando, de manera que me era imposible permanecer en la silla a menos que quisiera sacrificar a la bestia o cabalgar dando vergüenza. Es por esta causa que avanzaba muy despacio en ese lugar y antes de que alcanzase completamente la segunda altura, estaba envuelto en las sombras de la noche.

Hacía tiempo que había dejado atrás el bosque; sólo abajo, junto a la corriente, había un tupido y abundante matorral. En lo alto, los montes estaban totalmente desnudos aunque con muy buen pastal para ganado, si los vecinos de esta región se hubieran resuelto a criarlo. Apenas si llegamos a distinguir media docena de vacas y un par de caballos y mulas, los que parecían aburrirse en una espantosa soledad. A bastante altura en la ladera del cerro, encontramos animales para cazar. Un venado estaba comiendo completamente confiado a algo así como a cien pasos de distancia.

Debió habernos visto hacía rato, subiendo penosamente en zigzag, en terreno descampado; pero sólo pude advertirlo cuando él alzó la cabeza y nos echó un vistazo.

Rápidamente tomé la escopeta del hombro, le puse un fulminante y apunté; pero ¡caramba! a causa de la penosísima subida, agotado y fuera de aliento, no podía mantener la mira fija sobre la figura y sólo después de haber tomado nuevamente aire, es que apreté el gatillo. El venado, entre tanto, inquieto porque nos habíamos detenido, se fue alejando despacio hacia la ladera, teniendo que abandonarlo, quizá a cincuenta pasos más lejos. Finalmente disparé, mientras el tiempo se le estaba haciendo espantosamente largo a mi acompañante, y el venado mostró -lo que nosotros [102] vimos con toda claridad- que había recibido la bala en plena panza, estaba herido, ya que, al apretar el gatillo, me moví. Con el tiro corrió dando vueltas y quiso trepar el cerro, pero no lo consiguió; sólo llegó a dar dos saltos en esa dirección, y se precipitó casi hasta media ladera, desde donde habíamos echado con gran trabajo una hora para llegar adonde estábamos.

Esa fue una terrible pasada, ya que la noche se venía encima, no debiendo pensar en absoluto en seguirlo, no obstante de que hubiera querido tener su hermosa cornamenta. Para recuperar algo, me dijo mi acompañante que al día siguiente tomaría la presa en el camino de regreso a Chaglla y conservaría para mí la cornamenta, de suerte que si yo regresaba la podía reclamar. Esto es lo que él prometió y quizás hubiera cumplido; mas como yo al regresar de Pozuzu hube de cambiar mi plan de viaje y tomé otro camino para Cerro, no volví a ver Chaglla ni mi cabeza de venado.

Todas estas cosas nos detuvieron de tal modo, que no pudimos alcanzar Muña de ninguna manera por la tarde, a menos que quisiéramos hacer el escabroso camino en plena oscuridad. Desde la cima del cerro tuvimos todavía que trabajar en la oscuridad para descender hasta la quebrada, en la que se encontraba una pequeña hacienda, Cormieles, donde pasamos la noche.

Habíamos llegado a descender tanto, que de nuevo nos encontramos en los dominios de los plátanos o bananas y de la caña de azúcar, extendiéndose el camino empinadamente cuatro leguas y media hasta las fronteras de las regiones frías, sobre la cima de la segunda cordillera.

A la siguiente mañana, alrededor de las nueve, llegué a Muña y como no había sino una salvaje desolación en que no se encontraba ninguna habitación humana, pensé comprar provisiones y emprender viaje a más tardar al día siguiente... ¡y cómo me había engañado!... [103]

Muña es un pequeño pueblo, en un atrayente sitio sobre una estrecha llanura en la ladera del monte, que corre a la manera de terraza. El clima parece ser excelente. Encontré un campo de maíz muy pequeño, en el que crecía con extraordinaria abundancia. Una sola planta de plátanos llevaba una gran cabeza de esos frutos, casi maduros. El lugar debía de ser el paraíso de las papas y ¡qué pueblo es el que allí vivía solamente de maíz, sin dársele una higa por el resto del mundo!...

No había ni siquiera un alcalde, apenas uno a quien llamaban inspector, indio además, que acababa de estar en la selva, para cortar tablas y tablones. Aquí comienza realmente el bosque, de nuevo, el cual se extiende por la ladera del frente hasta perderse en la niebla, ¿a qué altura? es cosa que no se puede averiguar, ya que la parte superior del monte estaba cubierta por blancos cendales.

La mujer del inspector que tenía un enorme coto y era espantosamente fea, con un rostro picado de viruela, fue enviada por mí a buscar a su marido para que volviera lo más pronto posible con una mula y un guía, habiendo hecho él mismo la ronda para comprar provisiones. Sí -provisiones- pero no había cómo conseguir una siquiera; las casas todas estaban desiertas y vacías y no se veía un solo hombre en todo el lugar, sólo un par de mujeres con coto, a las que yo les pregunté por huevos, gallinas, carne, habas, pan, siendo infalible y clara la respuesta eterna: «no hay», lo que es para desesperar al viajero en América del Sur. No era posible tener siquiera una comida, con excepción de dos papas sancochadas por lo que me puse a esperar la llegada del inspector, a fin de enviarlo por forraje.

Por fin llegó éste, quien prometió procurarme además, un caballo en el día, siendo según opinión suya, muy difícil encontrar un guía, pues la gente estaba en la selva, con el objeto de cortar planchas. Ni siquiera sabía dónde podían [104] estar metidos. Sin guía no podía emprender este camino, pues arriba, en Alto Tambo, se extendía una vasta pampa la cual estaba cruzada por centenares de sendas. No había ni siquiera una dirección que pudiera seguir y que pudieran proporcionarme estas gentes, que no tenían la menor idea de lo que es Norte y Sur... ¿Y artículos alimenticios?... «no hay», respondió el hombre, mientras se llenaba plenamente la boca con hojas de coca.

¡No hay! esto lo supe mejor; había visto muchas gallinas y conocí un medio para comprarlas. Ante todo, envié afuera a mi inspector a que me consiguiera un caballo y me trajera un guía; tomé luego mi escopeta y me fui a la casa más próxima, en la que encontré gallinas. Naturalmente se negaron a vendérmelas, mas yo había aprendido en Pailon a tratar

a estas gentes. Extraje tranquilamente medio peso del bolsillo y se lo mostré a la mujer mientras le decía que esa pieza de dinero se la daría en cambio de una gallina, pero si se negaba, yo mataría la primera que encontrase buena, sin que por ella recibiera un centavo. Fue suficiente, opuso al principio alguna resistencia, mas como yo alzase la escopeta y me voltease hacia una hermosa gallina blanca, pensó de otra manera. Así compré un pollo y luego de lo cual otro, en otra casa, aparte de algún maíz para tostar, con lo que pude distraer por lo menos el hambre inmediato.

Sólo muy tarde en la noche regresó mi inspector, aunque felizmente con un caballo pero sin el guía. Es cierto que me prometió que me traería uno al día siguiente, lo que no logró tampoco, por mucho que se hubiera dado el trabajo para ello y no se hubiera quedado dormido en algún matorral. Todavía permanecí aquí un segundo día, aunque no tuve más remedio que contentarme con un muchacho de diez años a menos que quisiera permanecer inactivo, quien, en todo caso, conocía el camino, no sirviendo para ninguna otra cosa en el mundo. [105]

Según la descripción de la gente, tenía que calcular otros tres días completos para llegar a la selva. Lo que me había referido el subprefecto de Huánuco sobre la extensión y bondad de este camino, no era otra cosa, para emplear la palabra más suave, que pura invención. Asimismo, no habla medios de vida, me encontraba en momentos de buscar otro pollo, debiendo confiar sólo en mi buena suerte, que hasta ese instante se me había mostrado fiel. Así hube de partir al día siguiente, muy temprano, con mi diminuto guía, pudiendo ejercitarme ahora en trepar cerros, ya que el ir en zigzag por esas alturas hubiera arruinado a mi caballo en la primera hora. Desde las siete de la mañana hasta las tres del mediodía, subimos lenta pero continuamente el cerro y sólo cuando llegamos a bastante altura, encontramos nuevamente llanos herbosos y abiertos con colinas ondulantes, matizados de trecho en trecho por pequeños bosquecillos y peñascos.

No había visto en mi vida un terreno tan asombroso para la caza y como encontré además, una gran cantidad de rastros de venados, decidí acampar, a fin de seguir la pista de uno de ellos. Sobre la meseta que constituía la cima de esta cordillera, había un antiguo rancho, dos estacas clavadas en el suelo cubiertas mezquinamente con un pasto semejante al junco. Lo reacomodé nuevamente, encendí una hoguera, acarree una cantidad de troncos secos y cuando ya me encontraba listo, cayó un chaparrón.

Estábamos en mitad de la estación de lluvias, aunque por felicidad hasta ese momento me había conservado seco, no debiendo en verdad quejarme, aunque fuese mojado un par de veces, ya que todo eso lo sabía de antemano. Pero hasta la lluvia resultó para mí una ventaja, algo así como una media hora antes de la caída de sol, volvió a aclararse nuevamente, con lo que tuve la más hermosa oportunidad de rastrear, lo que no descuidé de ninguna manera. Era un placer del que estaba privado hacía mucho tiempo, el de [106] adentrarme escopeta al hombro, por esos maravillosos terrenos y que sólo el cazador lo puede sentir tan hondo. No tardé mucho en llegar a tiro. Uno de esos animales se hallaba en una pequeña quebrada lateral y se puso de pie, en cuanto yo fui rastreando hacia él por detrás de un grosero peñasco. Mas como tenía un viento favorable él no podía barruntarme y comenzó a comer. No debía dejar pasar esa ocasión, ya que necesitábamos algo para comer en nuestro largo camino. Luego del disparo saltó algo así como veinte o treinta pasos



detrás de la próxima colina, yendo yo detrás de él no bien hube cargado nuevamente el arma, pero lo encontré muerto. Tomé las dos piernas y el lomo y los puse al fuego, dejando el resto para los cóndores, que sólo pasarían rozando por aquí a la mañana siguiente. Al regreso hubiera podido matar un venado tierno al que me acerqué hasta cien pasos, pero esto hubiese sido un asesinato y regresé derechamente hacia el campamento, donde mi pequeño guía se asombró no poco de la rápida cacería.

Ahora ya teníamos para vivir y por mucho que hizo un frío terrible esa noche, no pasamos hambre. El caballo encontró, asimismo, abundante pasto y como desde este sitio teníamos que seguir cerro abajo, creí que podría terminar el viaje rápidamente, pero yo no conocía todavía bien los caminos peruanos. El camino iba, ciertamente, cerro abajo, y en forma bastante empinada, mas lo que en este país se llama un camino en Europa sería denominado como una senda de osos. Encontré muy pronto que mi caballo aun sin jinete, no estaba casi en condiciones de seguir esta escabrosa pista. Es cierto que se había tallado un camino en donde habían crecido nuevamente los árboles, pero toda la empinada ladera consistía únicamente en trozos aislados de roca, sobre los que conducía la senda, en forma totalmente desconsiderada y sumamente peligrosa. Luego de una marcha de más o menos una hora, consideré que una roca como de un pie de altura no constituía el menor obstáculo como para hacer pasar por encima de ella un caballo, [107] el cual se hundió en el fango hasta las rodillas, y debió sentirse contento de no haber sufrido más. Allí donde el camino era plano en un corto espacio, había también un fangal profundo y fluido, en el que los pobres caballos suelen caer hasta la cincha y del que se les saca sólo con enormes esfuerzos.

Este era el excelente camino que el subprefecto de Huánuco había ensalzado tanto. La explicación de ello pude encontrarla más tarde, ya que los sudamericanos no hacen nada sin motivo. Este era el camino más corto para que la colonia alemana de Pozuzu se conectara con Cerro, pero para desviarlo hacia otro, dando un gran rodeo por Huánuco, se hizo toda clase de esfuerzos, de lo que tuve algunas pruebas.

El bosque era bastante denso en este lugar, aunque en cierto sitio, donde apareció una peña puntiaguda, se abrió de manera que se pudo obtener una mayor perspectiva, mostrándose por todas partes una quebrada estrecha y profunda, en cuya apretada garganta corría un torrente salvaje. Aquí es donde llegué al Pozuzu, cuyas amarillas ondas, hinchadas por las lluvias, se dejaban ver de trecho en trecho. Al anochecer cruzamos algunos arroyos, que también habían crecido con las últimas lluvias, siendo mojados hasta los zapatos porque las aguas alcanzaban una altura poco habitual, aunque no había por qué asustarse.

Mi pequeño guía me había asegurado que conocía perfectamente el camino, y que llegaríamos por la noche a una buena cabaña; pero como oscureció, no encontramos sino las estacas de una que fue cabaña, no habiendo cómo pensar en construir un verdadero techo. Por la noche llovió cuanto quiso el cielo, y nosotros estábamos hechos una sopa. No me causó poco asombro escuchar al amanecer el ladrido de un perro, muy cerca de nosotros. Eso estaba demostrando que apenas a unos cien pasos de una cabaña buena [108] y seca, la que hubiéramos podido encontrar antes, habíamos tenido que acampar nosotros. Un indio de Pozuzu había llegado la noche anterior con el objeto de ver el ganado que se

apacentaba en este lugar y quien había encendido un magnífico hogar. Almorzamos juntos y continuamos nuestro camino, superficialmente seco, acompañados por él.

Como habíamos dejado atrás la parte más empinada del camino, lo encontramos mejor en adelante. La vegetación era hermosísima y a eso del mediodía, la abundancia de la misma reveló especialmente que nos estábamos aproximando nuevamente al trópico.

Muy a menudo se mostraban los hermosos y blancos cálices de los lirios, sin aroma alguno ciertamente. Nuestro nuevo guía los llamaba azafrán y resultó que eran verdaderamente azafranes. Las raíces amarillo claro, tenían un sabor semejante al del azafrán y al decir del indio, se les recogía en cantidad para enviarlas a Cerro de Pasco y Huánuco, donde se pagaba la arroba (25 libras) a razón de 8 dólares. Aquí se hubiera podido reunir una arroba en muy poco tiempo.

Se pudo comprobar que la piedra que se había considerado pórfiro y granito, tenía vetas muy finas de cuarzo y con frecuencia rojizas, lo cual iba en aumento a medida que nos acercábamos al Pozuzu. Se hacía difícil atravesar las laderas, pues el pie resbalaba en las piedras, como si se hubiese pisado sobre jabón mojado.

El carácter de la tierra peruana, tal como lo había conocido hasta ahora, cambió en este lugar completamente, no pareciéndose en lo menor al de la costa occidental. Como la región oriental estaba bajo la acción de las frecuentes lluvias, tenía, por su exuberante vegetación, más parecido con la de la costa atlántica, a la que pertenecía propiamente, [109] a causa de su posición geográfica. La transición estaba entre las peladas y pedregosas cumbres de las cordilleras y las fértiles aunque insalubres depresiones de la poderosa corriente del Amazonas.

No llegaba a comprender en qué lugar de esta estrecha quebrada podía estar establecida realmente la colonia, en realidad, no debíamos estar muy lejos de ella. ¿Es que el valle se abría quizás un poco más abajo? El indio me señalaba el corte en que debía estar la colonia. Cada vez que miraba el contorno, me daba cuenta de que nos hundíamos cada vez más en la espesura y en el abismo, de suerte que el resto del tiempo me confié a su desarrollo. Al anochecer, no había podido todavía, llegar a la colonia, aunque sí alcanzamos el Pozuzu, abajo. Río que cerrado en su estrecho lecho, se deslizaba bramando por encima de aislados bloques de peña, muy numerosos, que habían rodado en loco afán hasta allí. ¡Cuán semejante con la vida de tantos hombres, que ciega y apasionadamente arroja hasta las mayores dificultades sobre el camino, y luego, mientras tropieza, ruge de ira y razón!...

Pasé la noche donde el indio (en su casa de arriba había dos mujeres, que también tenían sus buenos bocios), y el mozo trigueño me refirió muchas cosas de la colonia: cómo había tenido que soportar la gente, en un principio, escasez y temor, habiendo eliminado todo eso, inteligente mente, de suerte que producían en masa los mejores elementos alimenticios. Eso fue en Mairo a 15 leguas de aquí, y hasta donde se puede navegar en botes a vapor en la corriente del Amazonas. Describió la región como extraordinariamente fértil, aunque caliente e insalubre, con muchísimos mosquitos e indios bravos, o lo que da lo mismo, indios salvajes y malos en la cercanía.

La palabra bravo, tiene en español (por lo menos en América del Sur), una significación muy extensa y significa [110] no sólo bueno y valiente, sino que suele ser añadida a toda cualidad claramente marcada. Un niño sumamente travieso, un ciego correoso y molesto, unas espinas peligrosas, que agarran y no se desprenden fácilmente, todo eso se llama bravo pero como nosotros concedemos otro valor a esa palabra, nos proporciona muy cómicas sugerencias.

Volvió a llover por la noche, cuanto se le antojó al cielo, pero se aclaró en la mañana y no obstante que se presentaban dificultades para conducir al caballo por las húmedas paredes de barro, llegamos al fondo del valle, sin habernos roto los pies o los brazos. Ahí pude reflexionar sobre la navegabilidad del Pozuzu, en el que vi muy pocos sitios por los que podía arriesgarme a intentar el paso a nado. Estaba conformado por una ininterrumpida fila de rápidos, en los que ni siquiera el bote más ligero o la canoa hubieran podido sobrevivir.

La quebrada seguía siendo tan estrecha que en algunos trechos, el camino se veía constreñido a pasar por el borde mismo del lecho del río, mientras que en otros volvía a trepar desesperadamente en zigzag, la falda del cerro. Sólo en un sitio se extendió un poco más donde estaba situada una pequeña hacienda, en la que se producía caña de azúcar, plátanos y papayas. Crucé muchos de los arroyos que iban a verter sus aguas en las del Pozuzu, los cuales pasé montando, teniendo que darse maña el caballo para resistir la fuerte correntada. Parece que nunca hubieran pensado en un puente y cuando llegaron a construir uno, fue arrastrado de todos modos por las hirvientes aguas acrecidas por las lluvias.

A las diez de la mañana, más o menos, el camino se dirigió repentinamente hacia el lecho del río, donde había un banco de guijos y de peñascos, llegando a ver por primera vez el notable puente sobre el Pozuzu, del cual había oído hablar ya y que ahora tendría que pasarlo. [111]

En el banco de guijos se levantaba un armazón de árboles jóvenes, barrotes y cuerdas de cortezas, desde la cual, hasta una peña de la orilla del frente se había tesado un solo sarmiento muy fuerte. Podía ser tan fuerte como el brazo de un hombre y también lo bastante resistente como para soportar a un hombre. Lo que resultaba desagradable es que parecía estar tesado sobre la corriente, en una amplitud muy grande, de suerte que pendía formando un arco considerable, en el que debido a la constante oscilación, uno estaba a veces arriba o a veces abajo. El hecho de haber bajado dos personas, no contribuyó en todo caso a desvanecer una desagradable sensación, pero como ya estaba en la orilla y tenía que pasar al frente, cuanto más rápido fuese tanto mejor sería.

En la orilla opuesta pude reconocer campos ya cultivados, con plantaciones de caña de azúcar y plátanos. Inútilmente grité y llamé a grandes voces hasta ponerme ronco; en vano disparé dos veces mi escopeta para advertir a los colonos que había llegado una visita, nadie oyó. Permanecí hasta las tres de la tarde descansando en un banco de guijarros, alternando entre el sol caliente y un fuerte chaparrón, hasta que por fin acertaron a pasar casualmente por allí dos indios. Éstos tenían que traer consigo desde allá una especie de plancha que pendía de la cuerda y sobre la que se va sentado, lo cual facilita grandemente el paso. Si desde el otro lado se ayuda a tirar con una cuerda, no puede haber entonces nada

más cómodo en el mundo. Todos estos preparativos fueron ejecutados y mi equipaje con la rienda y la montura, amarrados en dos paquetes y transportados en primer lugar, de modo que yo podía ver cómo sería evacuado desde allí. Enseguida encomendé mi cuerpo a mi leal y viejo ángel de la guarda que ya me había puesto un pan ácido y me deslicé con un vaivén altamente desagradable hasta el otro lado.

Muy cerca de la otra orilla, vine a descubrir con desagrado [112] que el cable por ser demasiado corto, había sido seccionado al sesgo, para ser remendado luego. Parecía que esto había sido asegurado de manera irresponsable con un par de alambres luego de lo cual se enrolló todo con alambre de latón. Este último se había desenrollado en parte y las clavijas amarradas con el alambre habían cedido también en tal forma que el corte tenía una separación de casi una pulgada y media. Pero ya era demasiado tarde para poner remedio a la cosa... un jalón más y me encontraba al otro lado; dos más y podía tocar ya las estacas exteriores... un sacudón más y estaba ya en la orilla opuesta, seguro, en la ansiada y con tanto trabajo conseguida colonia alemana del Pozuzu. [113]

#### La Colonia Alemana del Pozuzu

Debo de confesar que se apoderó de mí una agradable sensación de seguridad, cuando percibí la ironía de tener un puente a mis espaldas y sentir que mis pies pisaban tierra firme. También vine a comprender ahora, por qué razón nadie podía darme informes exactos ni en Lima ni aun en el mismo Cerro de Pasco, sobre este pedazo de tierra, pues el camino que tuve que hacer hasta aquí no era en verdad, ningún «tour» de recreo. ¡Y ese subprefecto de Huánuco que me había asegurado tan cordialmente que yo encontraría hasta aquí un excelente camino!... Si esto hubiese podido saberlo antes... Sus declaraciones no eran, naturalmente, nada más que una de esas amables fantasías peruanas que sorprenden tan a menudo al foráneo agradablemente, con sus extravagancias.

No perdí mi tiempo, naturalmente, en hacer estas reflexiones en la orilla. Como es de comprender, hube de dejar en la orilla opuesta el caballo y el guía, quienes deberían encontrar desde allí su camino, lo mejor que pudiesen. Lo urgente era ingresar en la colonia alemana ya que hasta este momento no había oído ni una sola palabra en alemán. Pero me engañé amargamente, apenas hube llegado a la primera hacienda supe que era la propiedad de un peruano. Como no había probado bocado en todo el día, aparte del último pedazo de venado, muy en la mañana, me recomforté primero con una taza de un café realmente delicioso, crecido [114] en el mismo suelo y con unos exquisitos plátanos, como no los había saboreado en toda mi vida, no obstante haber encontrado estas frutas en Brasil, Ecuador, India, así como en las Islas del Mar del Sur, en toda su magnificencia. Encontré dos jóvenes alemanes que pertenecían a la colonia, uno de ellos se ofreció para llevar mi alforja y poncho. Quedaba todavía una hora de sol, por lo que él opinó que tendríamos tiempo para llegar a la colonia.

Nos pusimos en marcha ya que rechacé el hospitalario ofrecimiento del peruano para que yo pernoctara en su casa, y pasamos muy cerca del puente, que no estaba muy alejado de nosotros y desde donde había distinguido diversas cabañas.

En el límite exterior de la colonia vivía un tirolés y aunque tenía que dar un pequeño rodeo para ir a encontrarlo, no quise pasar de largo por su casa.

No tuve de qué arrepentirme. Goce la maravillosa sensación, mitad agradable, mitad dolorosa, de encontrar entre las anchas hojas de un plátano y de los árboles de café, un auténtico tirolés, vestido de domingo con su sombrero puntiagudo y su chaqueta, quien, con cara de asombro, aunque amistosa, respondió a mi «Grüss Gott».

-«Cómo ha llegado Ud. hasta aquí», exclamó. «Hace una eternidad que no hemos visto aquí a un compatriota alemán. ¿Es Ud., entonces, el que ha estado gritando toda la mañana, allá arriba?».

«No es para creerlo; había Ud. escuchado mi grito, pero nadie vino hasta el puente».

-«Si, es cierto, pero yo no pensé que pudiera ser un alemán», continuó alegremente el hombre, «pues hubiese llamado con el 'Hol über'». [115]

«He disparado también muchas veces».

«Si, he oído también detonaciones», dijo, riéndose, el tirolés, «creo que han sido dos veces».

El muchacho había oído hasta la falla de mis cartuchos y supo que un alemán se encontraba allí arriba, deseando llegar abajo y sin embargo no movió aquél un pie, «pues yo no quiero saber nada de la raíz (así lo llamaba al puente), exclamó «cosa maldita es esa del puente».

Patross, que así se llamaba, era realmente un carácter, como lo supe más tarde. Había vivido, en el Perú extraordinarias e interesantes peripecias, y aun románticas, aunque él mismo no tuviera en lo más mínimo la apariencia romántica.

Poco después de su llegada al lugar, su mujer y su hijo tomaron las de Villadiego internándose en el país, sin que él supiera dónde. Pero el niño lo arrastró a él. Los fue siguiendo por todas partes, hasta que, finalmente, encontró sus huellas, y luego de un viaje espantoso halló a su infiel mujer, pero muerta y a su hijo en manos extrañas, aunque le habían cobrado cariño y querían conservarlo con ellos. Mas él ya no quiso separarse de él y regresó con el niño a la colonia, donde tiene una especie de administración de muchachos.

Un caso muy semejante supe que había ocurrido en Australia, sólo que allí se murió el hijo, debiendo el hombre regresar a su frío hogar, completamente solo.

De aquí se interna la senda en la selva, directamente. Altos y hermosos árboles cubrían con feracidad tropical el cerro poco empinado. Unas dos veces corre la senda estrecha, legítimamente tirolesa y algo peligrosamente por el banco de otro río que va a desembocar en el Pozuzu y pude [116] reconocer más arriba los campos abiertos de la colonia, habiendo llegado antes de la puesta del sol al primer y alegre edificio de la misma. Cuán distinta me

había imaginado la colonia extendida en una amplia y preciosa llanura. Las casas a la manera de un pueblo alemán, pero rodeadas de jardines, la iglesia y la cervecería, que siempre están juntas en todo pueblo alemán, puestas en el medio. A mi juicio, tal debía de ser el sitio apropiado escogido para una colonia, no siendo necesario ubicarla en un desierto, detrás de ambas cordilleras. ¡Qué diferente fue la situación que hallé aquí!

No se encontraba la colonia, como lo aprecié luego, en un extenso llano, en el cual los colonos hubiesen tenido espacio suficiente para extender sus cultivos y sus prados en todas direcciones sino en una estrecha quebrada o garganta en muchos sitios de la cual la escarpada orilla caía justo sobre el agua, y se inclinaba con gran pendiente sobre el río, haciendo que fuese imposible establecerse allí. Sólo donde el codo del río empuja hacia la otra parte, había en ese otro lado sitios cortos, pero en muy limitados lugares. En éstos, situados en fila a lo largo de la corriente, estaba ubicada la colonia, interrumpida de trecho en trecho por el lomo de las colinas, serpenteando algo así como media legua distante de la orilla.

La primera parte de la colonia a la que había llegado yo esa tarde, estaba construida en una especie de talud del cerro, como debo llamarlo. Cada uno de los colonos habían recibido una estrecha faja de tierra, teniendo un ancho frente en el río, donde podía trabajar, o también atrás, en los cerros. La colonia era todavía muy joven como para poner en ejecución tan pesado trabajo. Los colonos se contentaban por el momento en cultivar la tierra plana que se extendía en torno de sus cabañas, habiéndose hecho lo increíble.

Algunas personas me habían dicho en Lima que los colonos [117] del Pozuzu eran un pueblo ocioso: que los hombres se la pasaban fumando todo el día el tabaco que ellos habían cultivado, debiendo las mujeres llevar a cabo todas las labores.

Lo primero resultaba evidentemente correcto. Los hombres fumaban todo el día el tabaco de su propio cultivo -incluyendo a los jóvenes de dieciséis años-, mas con sus pequeñas pipas en la boca, en pocos años han limpiado completamente todo el bosque de su tierra plana, convirtiendo ese suelo en un huerto frutal. Pero las mujeres no permanecían a todo esto con las manos quietas, y cuando no estaban ocupadas en casa en el cuidado de los niños, sacaban las malas hierbas y plantaban afuera, en el campo, necesitándose solamente echar una mirada en los campos, para darse cuenta de que allí habían estado las activas manos alemanas.

En la primera parte de la colonia, vivían los tirolese. La colonia no está compuesta únicamente de tirolese, sino también de renanos, los cuales, aunque limitando estrechamente entre ellos, se habían establecido entre paisanos. Nunca olvidará la impresión que mi intempestiva presencia produjo en una mujer cuya casa visité.

Los perros se pusieron a ladrar en cuanto me aproximé con mi guía, apareciendo ella en la puerta. Yo estaba ya muy cerca de ella sin darle tiempo para verme o reflexionar. Con mi «Grüss Gott» me adelanté hacia ella y le extendí la mano, tendiéndome a medias la suya, dijo asustada: «Ja, Grüss Gott» -¿Sois un alemán de nuestra tierra?», y un par de gruesas lágrimas apareció en sus grandes y hermosos ojos. «Ay -continuó-, estamos aquí tan lejos y fuera del mundo, que había creído que no podría venir donde nosotros otro alemán».

Había algo inhabitualmente conmovedor en las pocas [118] palabras pronunciadas muy bajito. Era una joven tirolesa, esbelta de cuerpo, con cabellos negros y densos trenzados. Hubiera sido bonita, si no estuviera desfigurada por un cuello bastante grueso, casi como un bocio. Justamente llegaba del campo el hombre, un mozo y ágil tirolés, con un par de plumas de gallo silvestre en el sombrero, y asimismo con un ancho cuello sospechoso. Vino a mi encuentro con un cordial «Grüss Gott», ¡y de qué manera me apretó la mano! Como es natural, entré inmediatamente y tomé café, los tiernos árboles de café estaban como propaganda en torno de la cabaña, cubiertos enteramente de frutos, pero me excusé por hoy ya que tenía que buscar el punto central de la colonia, la casa cural, y se había hecho tarde, entre tanto. Les dije que quería pasar algún tiempo en su colonia, y que los visitaría en otra oportunidad para tomar café.

La próxima cabaña estaba a menos de cien pasos, el hombre era tirolés, también; la mujer empero, como lo supe después, era la única protestante en la colonia. De pequeños y negros ojos, espesas cejas y negros cabellos, hablaba el legítimo dialecto de Francfurt.

Una nueva invitación a tomar café y la misma disculpa. Igual fue en la tercera casa, donde vivía otra familia tirolesa, con bocios decididamente pronunciados.

Inmediatamente detrás estaba la residencia del gobernador, un peruano, cuyo título sonaba más pomposamente de lo que correspondía a su modesta residencia. Una invitación más a tomar café, era como si esa buena gente quisiera atorarme de café.

Tenía para el gobernador una carta de su hijo, quien lo había dejado enfermo y a quien había encontrado en el camino. Se alegró muchísimo de recibir buenas noticias de él, y hube de tomar por lo menos una copa de cognac. [119]

Desde aquí se desliza una cuchilla de montaña hasta muy cerca del río, que, en cierto trecho, corta al establecimiento. Al otro lado se abre, en cambio, una estrecha pero alargada llanura, y allí me mostró mi guía un edificio bajo de madera que se alzaba solo, presentándomelo como la iglesia de la colonia. Detrás de la cual estaba la casa cural.

El paisaje era maravilloso. A la izquierda se deslizaba la corriente arrojando blancas olas espumosas sobre el camino que iba entre las rocas, en tanto que la orilla opuesta, cubierta con tupida vegetación, subía empinadamente hacia lo alto de las cumbres admirablemente recortadas. A la derecha se encontraba una espesa selva sobre una ladera con suave declive. El llano se extendía al medio, por encima del cual se paseaba libre y sin obstáculos la vista y que, gracias a la laboriosidad alemana, se había transformado en un huerto.

Era de verse especialmente a la derecha, hacia la selva, la masa de un gigantesco bosque extinguido, cuyos desnudos brazos se levantaban como coléricos hacia el cielo, lo cual mostraba que la cultura había comenzado abriéndose un camino alguna vez, no habiendo eliminado de ningún modo todas las dificultades. En las profundas y frescas sombras de los troncos de plátanos de anchas hojas, estaban enclavadas las cabañas de los colonos, rodeadas a la derecha y a la izquierda por bajos bosquecillos de cafetales, cuyo verde oscuro se destacaba entre los claros maizales.

De entre los bananos surgió un fresco y cordial Jodler, que llegó casi como si hubiera surgido de entre los nevados bosques de pinos el llamado de un papagayo. Bananos y Jodlers en realidad, no está muy de acuerdo y el ojo y el oído deben irse acostumbrando a unir tales cosas contradictorias. Todo revelaba por lo demás el carácter completamente tropical de la región, no sólo el aire suave y caliente y el profundo azul del cielo, sino, asimismo, las numerosas coronas [120] de palmas, que por todas partes salían a otear de entre el follaje de los bosques, destacándose contra el mar de hojas que las rodeaba estrechamente. Para colmo una tropa de monos negros chilló desde la orilla opuesta su melódica canción crepuscular. Una gran bandada de papagayos iba valle abajo, en busca de su acostumbrado sitio de dormir, mientras el viento murmuraba quedamente en las temblorosas y finas hojas de la caña de azúcar.

Qué tranquilo reposaba el valle, rodeado por los altos cerros, y qué lejos y separados del mundo estos tiroleses que antes estuvieron tan apegados a sus montañas. Me asaltó un sentimiento de melancolía, un sentimiento como si yo tuviera que vivir aquí y como estos pobres emigrantes, hubiese cortado esa esperanza de regresar algún día al terruño. Pero esto duró sólo un momento, no podía detenerme largo rato en consideraciones, pues había comenzado a oscurecer, y me dirigí con apresurado paso a la casa cural no muy distante.

El párroco, un hombre bastante joven, me recibió también algo asombrado, la gente de aquí no está acostumbrada evidentemente a ver extraños en el lugar; pero se mostró amistoso, encontrándome pronto instalado en una pequeña y estrecha pero acogedora casa, en la que, en corto tiempo se congregó una buena cantidad de vecinos. El rumor de que había llegado un foráneo, se extendió con bastante rapidez, deseando cada uno de ellos saber algo nuevo del mundo y de su terruño.

Qué cosa nueva podía decirles, Dios mío. Lo más que podría informarles es que yo mismo estaba ya ocho meses fuera de la patria. Ninguna noticia penetraba en esta desolación, ningún periódico, ni siquiera una carta había llegado para los miembros de la colonia. Todo, cuanto de afuera les hubiera podido contar, habría sido una novedad, pero eso no les interesaba, ya que se refería a cosas que ellos [121] no conocían. Llevé la conversación hacia una serie de temas no queriendo creer en un principio, lo que veía con propios ojos, hasta que por fin hube de confesarme que esta gente no había vivido nunca tan apartada del mundo y de su patria, como aquí en Pozuzu.

Ninguna noticia podía darles sobre su propia aldea y su correspondiente vecindario, no conocía a ninguna persona cuyo nombre me indicaban ellos, y nada sabían del resto del mundo; más aún, tampoco se inquietaban por ello.

La biblioteca de esta gente consistía sólo en un par de libros de oraciones, breviarios, una gramática español-alemán. No leían otra cosa y posiblemente, nunca habían leído algo más. Vivían aquí, en el mismo estrecho círculo que habían dejado en su tierra, y al que los unía solamente un delgado hilo, la estela que habían dejado en el mar.

Es sabido lo mucho que entonces se escribió en Alemania contra la emigración de los tiroleses hacia el Perú, cómo sacaron a relucir razones y hechos concretos para apartarlos



de semejante paso. El «Allgemeine Zeitung» y otras hojas publicaron ese artículo; yo mismo colaboré en ello y todos consideramos a estos tirolese, cuando partieron a pesar de todo, como un pueblo espantosamente obstinado que no quería escuchar ninguna razón de peso, y que teniendo palmas y monos en la cabeza, habían vuelto la espalda a su patria, ¡y qué inocente era esta gente!

El descubrimiento tuvo para mí también algo de deprimente, pero se aclaró ante el hecho de que ninguno de los emigrantes tirolese, y aun de los renanos, habían leído ni siquiera una palabra de nuestras exhortaciones y advertencias.

El párroco me dijo, es cierto que titubeando un poco, que creía haber leído un artículo sobre ese punto pero eso [122] no fue sino una cortesía bien a favor mío o bien a favor de él mismo.

Lo que sí es seguro, es de que los buenos alemanes de aquí, nunca habían leído u oído alguna de nuestras exhortaciones o advertencias. Frente a las descripciones de la tierra extraña y libre, apretados por los impuestos, amargados por los subalternos, sin ninguna perspectiva ante sí para realizar alguna empresa en su propia tierra y fuera de eso, constantemente en aprietos y deudas, no resulta raro que hubiesen abandonado a su hasta entonces hermosa tierra y encaminado sus pasos al para ellos fabuloso Perú.

¿Sentíanse felices aquí? Resultaba interesante escuchar a cada uno de ellos por lo cual resolví hacer una excursión en los próximos días a través de la colonia. Tenía que dejar el día siguiente para descansar, pues estaba cansado al extremo, a causa del largo trote y de la marcha espantosamente pesada de los últimos cinco días.

Conocí otro hecho verdaderamente maravilloso: en toda la colonia alemana no había ni una sola cervecería y de aguardiente, cerveza y vino, ni palabra. El párroco no tenía sitio para mí en su pequeña casa, pero uno de los tirolese, una especie de autoridad entre los demás, se ofreció graciosamente para acogerme. En su casa tuve al mismo tiempo, oportunidad de conocer una muestra de la administración del Pozuzu.

No había en toda la colonia un buen edificio propiamente dicho. La colonia era joven, y todas estas viviendas habían sido construidas por los colonos, en los primeros tiempos, a fin de tener el alojamiento necesario. La de mi anfitrión, Gstier era la mejor de todas; grande y espaciosa, es cierto que de madera, pero fuerte. Construida y aireada de acuerdo al clima, con un gran espacio abajo, en donde se veía una auténtica cocina tirolesa, un dormitorio adyacente [123] y arriba junto al desván, un cuarto para la muchacha. El desván estaba totalmente lleno de mazorcas colgadas, abundantes habas y tabaco y sobre el hogar pendían dos macizas cabezas de plátanos con sus espléndidas vainas color oro. No faltaba tampoco algo de carne seca, aunque en general constituía la carne una rareza, por mucho que la cría de gallinas era próspera y abundante.

Me gusta comer pollos y huevos frescos, pero para verdugos y gentuza insolente no hay en ninguna parte como las gallinas y los gallos viejos, en cuanto uno ha sido admitido en

una casa. Es así como un viejo gallo tomó la costumbre de subir a mi cama, antes del amanecer y ponerse a cantar en mis oídos, de modo que me despertaba salvajemente sobresaltado. Las gallinas de otro lado escarbaban y cacareaban en torno mío, porque necesitaban las virutas de mi colchón para poner allí sus huevos mañaneros, hasta que lo lograban finalmente, y yo me levantaba desesperado.

Qué bien dispuestas y avenidas se hallaban estas gentes a su alimentación. Me di cuenta, particularmente, de que los colonos alemanes no tenían de qué quejarse en lo relativo a los víveres y no sufrían de escasez.

Seguramente no había sido así siempre, y pocos colonos han resistido tanto tiempo difícil para lograr hacer algo, como esta pobre gente. Ninguna nación en el mundo hubiera sufrido tan tranquila y pacientemente todo esto, como los alemanes.

La primera insinuación para esta emigración, la dio el alemán Damián v. Schütz, cuyo nombre figuró atacado frecuentemente, en los periódicos alemanes. El gobierno peruano deseaba asimismo que todas sus tierras amazónicas o sea las de la vertiente occidental de la cordillera, fueran colonizadas lo más pronto posible, estableciendo una comunicación con el Océano Atlántico por la corriente del Amazonas. [124] Los alemanes son conocidos en todo el mundo como los «mejores colonizadores»: un cumplimiento y al mismo tiempo una grosería, pues los gobiernos extranjeros entienden exactamente tal cosa como los gobiernos alemanes lo entienden con el nombre de «buenos súbditos», o lo que es lo mismo, que los alemanes son enormemente aplicados, no interesándose absolutamente por la política. El gobierno peruano estaba dispuesto por esta razón, a suscribir un contrato, en virtud del cual, por cuenta del Estado, sería trasladado un gran número de emigrantes al Perú habiéndose ofrecido a conducirlos, el señor Schütz.

Las promesas del gobierno peruano fueron amplias, pero quien conoce a los peruanos me confesó que no son parcos en hacer promesas. Nunca se está seguro con estos gobiernos y no se sabe si cumplirán sus promesas, especialmente si debe transcurrir algún tiempo. Tampoco se tiene la seguridad de que permanezca el mismo gobierno con la mano en el timón, el cual puede ser tomado una o dos veces por otro, que no se siente comprometido por las responsabilidades del Régimen anterior. Por eso es que los contratos suscritos con las repúblicas sudamericanas son muy inseguros, lo que no siempre atrae al hombre honrado, aunque sí, frecuentemente, a los más cortos.

Damián v. Schütz cometió la gran falta de haber creído no solamente en la solidez del gobierno peruano, sino también en su lealtad. Es más, él hubiera debido saber de que ni el mismo Presidente, aun teniendo en él mayor confianza, tenía la dirección de los negocios, y Dios perdone a quien tenga que hacer algo con un Ministro de cualquier república sudamericana.

Una condición importante que puso el señor v. Schütz, fue la de que se construiría un camino hasta esa alejada región, antes de que él arribase con sus colonos, a fin de que éstos pudiesen llegar con sus equipajes al lugar de su destino, [125] con toda facilidad. Tal condición, como es natural fue aceptada, por lo cual comenzó a reclutar alemanes para la colonia.

Cuando finalmente salió el primer barco con los colonos, 300 en total, y llegó al Perú antes que ellos, todavía no se había dado una sola paletada de tierra para la construcción del nuevo camino. El Presidente Castilla le dijo que el dinero le había sido entregado al prefecto en Cerro de Pasco, lugar hasta el cual había una senda para mulas, y lo indujo a trasladarse a dicho lugar, a fin de hacerse cargo de la construcción del camino. Así lo hizo; pero en Cerro de Pasco se puso en evidencia que el Prefecto había invertido el dinero en otro asunto (posiblemente de carácter militar). El señor Schütz tuvo que regresar a Lima, para procurarse el dinero, con lo que se perdió naturalmente un tiempo precioso, habiendo llegado entretanto los emigrantes, mientras que el camino tan difícil de construir, apenas había sido comenzado.

Pero los colonos habían llegado y debían ser trasladados al interior, pues el gobierno tenía el presentimiento de que si ellos eran abandonados en Lima o en la costa, se dispersarían muy pronto y no llegarían a formar de ninguna manera una colonia en el interior del país. Y así fue como ocurrió, de modo que el dinero empleado en la travesía, fue echado por la ventana, sin provecho alguno.

Fue cuando comenzó un tiempo difícil para los colonos: la marcha al interior, en donde ni siquiera se conocía de antemano un lugar en el que pudieran hospedarse. Se les trasladó lo más cerca posible del lugar en que debían de establecerse, tratándose de utilizar sus propias fuerzas para llegar al sitio. Entre tanto, se les puso a trabajar en la carretera, prometiéndoseles el pago correspondiente.

Es así como llegaron finalmente a ocho o nueve leguas [126] de distancia de su actual emplazamiento, donde debido a la incapacidad del empleado fueron alojados en la falda de un cerro, temporalmente. Desde allí debieron hacer ellos mismos el camino del Pozuzu, pasando lo peor durante el trayecto.

En ese lugar permanecieron casi dos años, comenzando desde ese sitio la obra de establecerse en el Pozuzu, teniendo algunos que llevar sus alimentos al hombro y cultivar la tierra, así como plantar diversas plantas, hasta que las provisiones que habían traído consigo, se terminaron. Tuvieron que hacer nuevamente el pesado camino de regreso, a fin de conseguir otras provisiones.

Aquí les ocurrió una desgracia. Una noche, luego de una terrible tempestad, el cauce del río, junto al cual acampaban se había represado, probablemente a causa de los troncos o peñascos arrastrados. Repentinamente se rompió el embalse, arrastrando todo lo que estaba al paso, enterró a seis de esos desgraciados en su silbante barro y barrió con todas las cabañas. Perdieron todo cuanto poseían en el mundo, pudiendo sólo salvar la propia vida, con muchísimo trabajo.

Una de las mujeres fue llevada abajo por las aguas, habiendo logrado asirse a unas raíces de las cuales permaneció colgada sobre las alborotadas aguas, hasta que llegó el amanecer, siendo al fin descubierta al día siguiente por sus compañeros y salvada por ellos.

El desconsuelo debe haber sido desgarrador, cuando, en la oscuridad de la noche y la agitación de los elementos, en medio del estallido y bramar de las aguas y el estrépito de los árboles, las mujeres llamaban a sus maridos, los niños a sus padres, los hombres a sus mujeres, buscándose todos. Mas de vez en cuando, en medio de la pena y de la miseria, una escena jubilosa, al encontrarse nuevamente olvidando todo lo demás en un momento de dicha y de felicidad. [127]

Pobre gente, ¡tan lejos de su terruño, luchando con la penuria y la escasez, y teniendo todavía que experimentar esta desdicha! Cuántos se habrán arrepentido grandemente de haber dejado su país, y si no se hubiese dado ese paso quizá ninguno hubiese permanecido en el prometido Perú. Pero era demasiado tarde; ahora no había sino que perseverar y soportar lo inevitable.

Mucho después de esto, una mujer que había pasado por esta desgracia, pereció en forma espantosa aun debido a la insensibilidad de sus compañeros que le acarreó en parte, o por lo menos precipitó su muerte.

Una parte de los inmigrantes había descendido desde su temporal alojamiento hacia el Pozuzu, a través de los cerros, a fin de trabajar allí en sus ya comenzadas haciendas. Como se habían terminado los víveres, unos cinco o seis de ellos tuvieron que regresar. Entre ellos se encontraba una pequeña y débil mujer, la que hacía tiempo se encontraba enferma y no había podido reponerse completamente, por lo que ahora amenazaba su cuerpo a rendirse ante las dificultades. Su marido se encontraba todavía en el Pozuzu y todos la disuadieron para que no hiciera el largo y penoso camino; pero ella insistió en continuar. La gente decía que el marido, a causa de su profesión de herrero, la había tratado dura y desconsideradamente, por lo que ella tenía más destrozado el corazón que el cuerpo. Sea como fuere, su marido la dejó irse, así débil como estaba y se puso en marcha con la gente.

Yo mismo he hecho este camino después. Es una senda estrecha y salvaje que todavía se extiende algunas leguas dentro del feraz valle. Luego que la senda ha atravesado un torrente, asciende como cinco leguas en terreno escarpado al lomo de la segunda cordillera, siempre más alto, hasta que arriba, en el aire frígido, los árboles tan robustos más abajo, se arrastran como reducidos matorrales y el suelo se cubre de una paja brava y de puntiagudos cactus. [128]

Hasta para un hombre sano y fuerte, el camino es pesado, no me acuerdo haber estado más fatigado en una marcha, que en este lugar. La pobre mujer sintió de pronto que sus fuerzas la abandonaban, no pudiendo seguir adelante con la rapidez de los otros. Permanecían junto a ella tres mujeres y dos hombres y durante cierto tiempo la impulsaron para que todos se concentraran y juntos pudieran llegar a sus chozas del cerro, antes de que anocheciera. La desgraciada hizo cuanto pudo, hasta que, finalmente, no pudo andar más.

Ninguno de sus compañeros tuvo suficiente corazón como para perseverar junto a ella, y cuando vieron que la pobre mujer caminaba muy despacio, sólo le gritaron que los siguiera pronto y la dejaron sola en la desolada y salvaje naturaleza.

La gente llegó tarde en la noche, a sus cabañas, pero la mujer ya no los siguió, tampoco vino a la mañana siguiente. A eso del mediodía, dos de ellos provistos de víveres y aguardiente, se pusieron en marcha para encontrarla y traerla consigo. Sólo tuvieron que enterrarla allí donde encontraron su cadáver.

Desde el lugar donde había sido abandonada el día anterior, se había incorporado de pronto y había trepado de noche, en plena oscuridad, hacia arriba, el escarpado cerro, hasta que ya no pudo ir más lejos. Había quedado en medio del camino y así la encontraron sus compañeros echada sobre el rostro, las manos extendidas.

En el camino está su tumba solitaria. Sin alegría, tal como ella vivió en el mundo, reposa en tierra peruana, en el bosque que le había ofrecido todo cuanto le había prometido: una nueva patria.

Parece que ésta fue la última desgracia ocurrida a los colonos. Desde ese momento, su condición mejoró notablemente. [129] Los frutos plantados en Pozuzu, maduraron pronto, pudiendo proseguir finalmente en la cálida y cómoda colonia, por su propio esfuerzo y preparados para comenzar seriamente y con éxito su trabajo.

El gobierno peruano no parecía estar de completo acuerdo con esto. El Pozuzu no era precisamente el lugar que en un comienzo había sido elegido, ya que no estaba en las inmediaciones de un río navegable o de alguno de los tributarios del río Amazonas. Los alemanes no quisieron aceptar nuevas negociaciones, los años habían transcurrido y en el transcurso habían llevado una vida insegura y miserable, deseando los que habían perseverado en la colonia, obtener por fin una morada segura.

Tampoco permanecieron mucho tiempo juntos los colonos. Muchos de ellos, en especial los jóvenes y solteros que no estaban atados por ningún vínculo de familia, y que habían sentido espanto por las dificultades sobrellevadas, se dispersaron por el país, en busca de alojamiento. De los 300 colonos (calculándose hombres, mujeres y niños), de los cuales, sino me equivoco, 296 habían desembarcado y cuatro habían muerto en el viaje, la colonia contaba ahora solamente 143, dos terceras partes de tiroleses y una tercera parte de renanos. Muchos de los que escaparon del camino, viven actualmente en Lima, en donde les va muy bien, sin tener al parecer, remordimiento de conciencia por haber roto su contrato. El Estado no había cumplido con lo que les había prometido, y debió comprender que «legalmente» no tenía nada que reclamar a los que lo rompieron, ya que a ninguno de ellos se le había facilitado nada en el camino.

En lo relacionado con la colonia, ésta se extiende a 10° de latitud sur, según mi apreciación y la vegetación, entre los tres y cuatro mil pies sobre el nivel del mar, quizás un poco más alto que bajo. El clima (estando todo rodeado por altos y boscosos montes) es bastante cálido, pero no [130] tanto que impida trabajar. El lugar es también muy sano a pesar de que los colonos viven ya tres años en el valle, no se ha presentado ninguna enfermedad grave, ni ha muerto ningún adulto. Es posible que contribuya a ello el hecho de no tener la colonia ningún médico.

Parece que el clima no es propicio para los niños tiernos, pues casi todos los que nacieron allí, con excepción de dos o tres, han muerto poco después de haber nacido. Es posible que la razón se encuentre en motivos casuales, lo que tendría que comprobarse en todo caso en futuras experiencias.

La culpa de que la colonia no tenga médico, la tiene el propio médico, quien al igual que algunos artesanos, se hizo pagar el pasaje y luego buscó su suerte por propia mano. Le importaba poco los colonos, al lado de los cuales había prometido perseverar lo que la colonia, por la cual no tenía ningún interés. Por desgracia existen hombres semejantes y muchos que no poseen ninguna responsabilidad moral, en tanto estén completamente satisfechos consigo mismos y crean haber obrado con rectitud, los cuales tampoco son llevados ante la justicia para ser juzgados.

La colonia no tiene botica, ni asomo de medicinas, y un peruano, el mismo en cuya casa me hospedé primero, parece ser el único que ha curado a la gente, en caso de enfermedad ligera. Es comprensible que él los atienda medicamente como naturista.

Como ya se ha dicho, el aire es durante el día y particularmente a la luz del sol, muy caliente, pero las noches son sin embargo, frescas y agradables. Las cordilleras cubiertas de nieve se encuentran muy cerca, como para dejar sentir su influencia en el valle. En un clima cálido, las noches frescas obran benéficamente sobre los hombres, pues el cuerpo no podría recuperar sus fuerzas jamás, en este enervamiento. [131]

Por lo demás, el lugar de la colonia fue tan desgraciadamente elegido, como no lo pudo ser peor en otra parte. Estaba tan alejado de Lima, capital y ciudad principal de la costa del país, que era difícil vender allí sus productos, se encontraba asimismo, a ocho o nueve leguas de otros lugares situados sobre algún río navegable para ir al Amazonas. El Pozuzu no es navegable, aun con bajo nivel resulta mortal atravesar en una canoa de una orilla a la otra. Como todos los torrentes que bajan de los cerros, consiste en una serie de rápidos y de pequeñas cataratas, las que por muy románticas y salvajes que parezcan y por muy interesantes que puedan ser para los viajeros y los pintores (si es que por casualidad no tienen que pasarlos), hacen imposible todo tránsito por ellos y constituyen un obstáculo para el comercio.

No existe todavía para la vinculación comercial con la colonia del Pozuzu, ni siquiera un camino de herradura, con excepción de esta corriente y la del valle de Huánuco, que produce también todos los productos del Pozuzu, por lo cual no es plaza para colocarlos provechosamente (\*).

La ubicación de la colonia era de tal modo desfavorable, que carecía del espacio necesario para extenderse. El terreno plano de la misma es muy limitado, y toda la colonia, como ya se ha dicho, está metida en una garganta. Sin embargo, los montes del contorno no son muy escarpados en la mayor parte de los sitios, siendo apropiados para plantaciones de café y de cacao. El cacao crece inclusive en forma silvestre, y el café, el de mejor calidad, prospera extraordinariamente.

El café peruano es famoso, aunque hasta ahora se le exporta muy poco. En Lima se paga el quintal del café de Huánuco (100 libras), a razón de 40 dólares, mientras que el brasileño puede ser llevado por el Cabo de Hornos por un precio mucho más barato. El café del Pozuzu, empero, [132] que sólo este año ha llegado a su madurez, no le va a la zaga al de Huánuco, en ningún sentido, y hasta lo supera en bondad y prospera en forma extraordinaria. Los nuevos cafetos tenían casi tres años de edad y estaban virtualmente cubiertos de granos, prometiendo una cosecha excepcional (\*\*).

El valle no es en todos los sitios igualmente amplio. Han recibido en realidad la parte más estrecha y abrupta, en virtud de su propia elección, y siendo en ello realmente inocentes. Cuando llegaron los primeros colonos con el objeto de considerar el sitio, todo estaba todavía tan tupidamente cubierto de bosque, que en realidad no se podía ver nada. Era cosa muy difícil poder penetrar a los diversos sitios a través de la espesura, contentándose la gente con inspeccionar un poco a la izquierda y a la derecha de la senda indígena, que habían encontrado.

Según parece, los renanos y los tiroleses no se llevaban muy bien durante el viaje, eran todavía «austríacos y prusianos», y no dejaban de estar en discordia. A fin de evitar toda clase de provocaciones, resolvió el párroco, un hombre muy razonable y liberal, mantener separadas en lo posible a ambas nacionalidades, para cuyo objeto se prestaba este valle estrecho. Para este objeto, la iglesia y la casa cural debían ser colocadas en el medio, habitando los tiroleses en un lado, y los renanos en el otro.

Los renanos, que estuvieron sumamente satisfechos con esta distribución, dejaron que los tiroleses hicieran la elección, decidiéndose éstos por el lado próximo al puente, mientras que a los renanos se les señaló los sitios detrás de ellos. Como después se demostró, allí se abría notablemente el valle de manera que muchos de los renanos recibieron cómodamente tanta tierra utilizable como sus vecinos. Una vez producida la repartición, los tiroleses se mostraron bastante razonables para no murmurar contra una elección que ellos mismos habían dispuesto. [133]

Para ver por mí mismo todo esto, al segundo día de mi permanencia en Pozuzu puse en ejecución mi plan, de visitar la colonia de comienzo a fin y de conversar con toda la gente. Gracias a ello obtuve en la mejor forma y con facilidad un compendio.

El tiempo me favoreció bastante; el cielo estaba claro, el camino seco, y la única dificultad que tuve que vencer en mi expedición, por cómico que pueda parecer tal cosa, fue el café.

No sé cuántas casas y chozas visité en el día, pero sí sé que no salí de tres de ellas sin haber bebido café. Lo ofrecían tan cordialmente, y parecía darles tanta pena cuando el «señor alemán» se negaba a consumir algo en su casa y a probar algo de su hospitalidad, que no quise ni pude rechazar las ofertas.

Tenían en vez de tazas, pequeños cántaros del tamaño de una palangana regular, que sin piedad los llenaban hasta los bordes. Soy un gran bebedor de café y pude tolerar mi

porción. En el día me parecía demasiado a veces, pero en la noche daba las gracias a Dios cuando salía airoso.

Los colonos no vivían tan mal allí. En la mayor parte de las casas había leche y manteca. También elaboraban azúcar de su caña de azúcar, un azúcar oscura o amarilla suficientemente limpia, que aquí llaman chancaca (raspadura en el Ecuador). Las raíces de la yuca crecen también maravillosamente y su contenido es más alimenticio que la papa, y es más sabrosa que ésta. El clima parece ser demasiado caliente para las papas, a pesar de que medran y tampoco puede ser cultivado el trigo. Los colonos hablan de cultivarlos en los lugares más altos donde podrán obtener de manera excelente ambos frutos.

Cuecen su pan de harina de maíz, y como disponen de huevos en gran cantidad, lo mezclan con harina de yuca (sin [134] mezclarse, no se presta lo último para la cocción), y de esta manera, obtienen un magnífico pan.

Otro fruto que cultivan con ventaja, es el arroz, y en realidad en campos secos. Las habas crecen muy bien, la caña de azúcar tiene aquí su hábitat y el maíz se deja desear muy poco.

Es extraordinariamente exuberante la vegetación en la colonia, hay árboles corpulentos no sólo en las partes bajas, sino también en las faldas de los montes. Muchos de ellos tienen una madera esponjosa y podrida, la cual es atacada con especial rapidez por los gusanos. Eso ofrece la ventaja de que no permanecerán mucho tiempo en el camino, sino que serán rápidamente destruidos por los gusanos y el tiempo. Pero hay mucha madera fuerte y consistente, que se presta magníficamente para la construcción de casas y postes.

Existe también un árbol maravilloso, al que los colonos, no conociendo otro nombre, le han dado el de árbol del veneno. El árbol crece en abundancia y a gran altura. Con un tronco bastante ancho; su singular propiedad reside en el zumo que segrega ya que la madera no es de utilidad. Allí donde se le agujerea brota el zumo en cantidad. Este zumo es venenoso. Donde toca la piel produce grandes ronchas, habiendo sorprendido desagradablemente a uno de los colonos. La gente había abatido uno de estos árboles y uno de los colonos se sentó confiadamente con sus ligeros vestidos sobre el madero. Las consecuencias fueron para él muy dañinas, habiendo sufrido más de un semana.

El zumo del árbol debe tener al mismo tiempo propiedades medicinales, obrando en forma especial contra los dolores de muelas. La gente llega a afirmar que un diente lleno con el zumo, se despedaza. Es lástima que no hubiese sido testigo de alguna curación, pero traje conmigo una botellita, a fin de hacer analizar el zumo en Alemania.

[135]

Aparte de eso, crece en las proximidades la raíz del azafrán, que se paga en Cerro de Pasco a razón de 8 dólares la arroba, o sea 25 libras. Se deja plantar seguramente con



ventaja. Debe haber asimismo otras variedades de hierbas y plantas de valor, pero en todo caso le está reservado a otro tiempo conocerlas y utilizarlas.

Es asombroso cómo todo crece tan rápidamente. La caña de azúcar da jugo en abundancia al cabo de seis meses, con lo que se elabora la chancaca y el guarapo, que es una agradable bebida. El maíz produce en tres meses tiernas mazorcas para el paladar y madura completamente, en cuatro. El arroz necesita seis meses. La raíz de la yuca está desarrollada en el primer año, y hasta el plátano o pisango no requiere sino doce meses para transformarse de una planta delgaducha en un poderoso astil en el que madura una magnífica cabeza de plátanos.

Una de estas cabezas de plátanos fue pesada pacientemente dando el enorme peso de 4 arrobas y 9 libras o sea 109 libras.

Mi paseo lo comencé hoy día en la casa cural, la que como la colonia tiene más tirolese que renanos, no está exactamente al Centro de ambas nacionalidades, sino más bien los establecimientos de los tirolese. El primero que visité fue de un viejo tonelero, quien vivía en una casa pequeña, bonitamente arreglada, junto con su mujer y dos hijas. Trabajaba más en su oficio que en la chacra.

Se llama chacra a una pequeña hacienda, y así como en América se usa tan poco en las colonias, nunca se emplea un nombre alemán, llamándola constantemente «farm» y en vez de «ja» se dice «yes», e inevitablemente el colono alemán dirá «chagra» y «sí» en lugar de «ja».

Aquí, por lo demás, como en todas las otras chagras, para conservar alguna vez este vocablo, se puede percibir [136] claramente lo que ha producido el esfuerzo alemán. La selva virgen peruana en este lado de la cordillera, no es un juego de niños: los árboles son corpulentos y gigantescos; el suelo está atravesado por las raíces, las que a veces estiran sus amplios brazos sobre un ancho terreno de tierra vegetal aprensada. Pero los alemanes han eliminado todas estas dificultades con sus instrumentos de ninguna manera ejemplares. Se rozó la espesura, se le limpió de troncos podridos y de malezas, luego se plantó regularmente, tal como nuestros paisanos del lugar están acostumbrados a hacerlo.

Es desde todo punto de vista comprensible que todo eso no pudieron hacerlo solos y en corto tiempo, ya que en esos trabajos, dos manos son muy poco. Mas las mujeres de los campesinos alemanes saben también desempeñarse, siendo esto, parece, que impuso a los peruanos: ver cómo trabajan las mujeres en los campos, con tanta aplicación como los hombres. Las plantas crecen solas en cuanto reciben aire, luz y suelo, de manera que ninguna de estas familias tienen temor a la escasez de alimentos, una vez que se ha laborado la tierra, sacan con mucha facilidad más de lo que ellos consumen.

Lo único que realmente les ocasiona mucho trabajo, es la maleza, que en terreno fértil prospera de modo extraordinario. Si sus cafetos tienen un par de años de edad, su sombra hace prosperar la maleza, exactamente como en los huertos de bananos en los cuales no pueden crecer más plantas parásitas. Los campos de maíz y de arroz están constantemente expuestos al sol, por lo que en éstos debe de ser también constante la labor. Hay un antiguo

proverbio que dice: donde crece la mala hierba hay mucho fruto. En terrenos secos y malos, nunca hubieran podido alcanzar tales cosechas.

Los colonos parecen encontrarse completamente bien y satisfechos de encontrarse en esta región separada del [137] mundo, algo que no me causó asombro, luego de haberme puesto en contacto con otros miembros de la colonia. Y mientras más me adentraba en el conocimiento de los colonos, más me aseguraba en este punto de vista.

«Si nosotros sólo tuviéramos una carretera a Cerro de Pasco», decían, siendo esto la queja general de la colonia, «una carretera para que vengan a comprarnos y nosotros podamos vender, quizás hasta venga un doctor» (cosa curiosa, nadie deseaba un abogado), «eso es lo más que deseamos en el mundo».

Este mismo anhelo lo escuché en labios de todos los colonos y aunque yo no hubiese querido cambiar con ellos su aislamiento del mundo, se debe considerar la clase de gente escogida en Alemania para traerla aquí. Von Schütz había seleccionado en el Tirol y en Finlandia a la clase más pobre, gente acostumbrada a ganarse el pan con el trabajo manual fuerte, viviendo siempre al día. No conocían en realidad otras necesidades que las relativas a su inmediata subsistencia y allí donde las satisfaciesen con facilidad y completamente, estaban contentos.

Hice todavía otro descubrimiento, que ya antes se me había mencionado, el cual si debo ser sincero, me sorprendió. Según los informes y quejas manifestados contra Damián von Schütz en Alemania, no debía esperar otra cosa que la confirmación de lo peor: que él trajo aquí a la gente sólo a cambio de un tanto por cabeza, no habiéndose preocupado más de ellos, una vez que recibió el dinero.

Que él no recibió en absoluto ningún dinero por cabeza para traer los emigrantes, sino que más bien estaba interesado en el éxito de la colonia, donde se le había prometido una cierta porción de terreno en las vecindades, lo inferí del contrato mismo, posteriormente, en Lima. Cuando traje a colación al señor von Schütz, me aseguraron que él los había tratado honesta y correctamente, habiendo [138] hecho lo posible para cumplir sus promesas. Viví mucho tiempo con ellos durante el viaje, compartiendo sus privaciones sin temor al sacrificio ayudándolos personalmente, cuando el gobierno se mostraba renitente con sus remesas. Es así como se vio obligado, cuando le faltó dinero, a vender su reloj y hasta a empeñar el anillo para sellar, sólo con el objeto de procurarse víveres para los colonos, por lo que muchos ellos no encontraban suficientes palabras con qué elogiarlo.

«Yo quisiera tan sólo», me dijeron varios, «que pudiera visitarnos nuevamente en el Pozuzu, a fin de expresarle cuán agradecidos le estamos. Él podría quedarse con nosotros todo el tiempo que quisiera».

También escuché en Cerro de Pasco los juicios más favorables sobre él. Los alemanes me aseguraron que él era un hombre honrado a carta cabal y que había hecho lo que estaba en sus manos, y hasta un poco más, ya que había agotado sus propios medios pecuniarios. El gobierno era el que lo había dejado malamente en la estacada, no habiendo recibido ni los emigrantes ni él, ni siquiera la décima parte de lo que les habían prometido. El Prefecto

de entonces (promovido hoy a Ministro) y el Secretario de Finanzas, se habían embolsicado el dinero que el Presidente remitía regularmente. Probablemente, el Secretario de Finanzas había sustraído también la suma destinada a la construcción del camino de los alemanes. Éstos no recibieron nunca, ni siquiera el pago de una parte de su trabajo.

En todo caso, el Secretario de Finanzas hubo de presentar su dimisión, pues un pequeño déficit de 26.000 pesos causó sensación. Sus amigos, que habían juntado con él las manos en el mismo saco y trasquilaban las mismas ovejas, no lo dejaron en la estacada: él tiene en Lima, un puesto mucho mejor. [139]

¿Cuál es la falta que Damián von Schütz pudo cometer en la selección de la colonia y en ella misma?... El haber confiado en las promesas peruanas, poniendo la suerte de tantos alemanes en el posible cumplimiento de las promesas sudamericanas. No se puede ni debe hacerse el reproche de haberse comportado mal con sus compatriotas y de haber puesto los ojos únicamente en sus ventajas personales.

Tuvo que pagar en la forma más cara su fe en el gobierno, pues éste no supo cumplir el compromiso con él, tampoco con los colonos. Quiso entonces, con ayuda de un cónsul, tratar de obligar al Ministerio a que por lo menos le reembolsara los gastos hechos, ¡con ayuda de un cónsul!

Encontré entre los tirolese a un joven, como hay muchos de esta clase, que parecía descontento por el solo hecho de estarlo, porque no tenía en realidad nada de qué quejarse. Vivía con su mujer muy joven, en una pequeña parcela de tierra, que había trabajado con toda aplicación y donde se encontraba excelentemente, en plena prosperidad. Se encontraba con su mujer, en el campo para recoger el maíz plantado hacía cuatro meses, y cuyas hermosas mazorcas debían llevar a sus trojes.

-«¿Cómo le va a Ud. aquí? ¿Le gusta a Ud. el país?» -le pregunté.

-«¡Oh! esto no va tan mal», opinó el hombre «estamos sanos y tenemos cómo vivir, si todo quisiera seguir creciendo aquí».

-«¿Que creciera en forma?». -Esta era una nueva dificultad, pues hasta ahora lo único que hablaba a favor de la colonia, era la inaudita fertilidad y fecundidad de su suelo, con el cual apenas tiene uno que comprometerse en una estación, y ya se puede plantar y cosechar todo el año, «pero, por Dios, vosotros», le objeté al hombre, «no podéis quejaros del crecimiento». La caña de azúcar crece en seis [140] meses, el maíz en cuatro, los plátanos ofrecen sus frutos en un año, frutos verdaderamente maravillosos y crece entretanto un árbol de dieciocho pies o un tronco de doce a catorce pulgadas de diámetro».

-«Sí, claro está», apuntó el tirolés, «si crece, porque si creciera tan lentamente como en el Tirol, tendríamos que morirnos de hambre».

Contra esto no había nada que objetar, el hombre parecía decirlo seriamente y parecía creerlo él mismo. La vegetación exuberante que lo rodeaba, no podía enseñarle nada nuevo ni mejor.

Un poco más lejos vivía otro tirolés, en cuya casa no llegué a entrar, pues tenía fama de ser «la oveja negra» en la comunidad. Como la historia de muchos, la suya era la del «voluntario» que había emigrado a América; «he left his country for his country's good», o lo que da lo mismo: la comunidad en la que vive paga los gastos de viaje hasta el puerto de embarque, a prorrata para dejarlo libre, ya que él había causado bastante cuidado y molestias.

En la colonia el mozo perpetró nuevamente, una gran cantidad de trastadas y se hizo responsable de malversaciones. Pocos días después, una inglesa cuyo marido estaba en Cerro de Pasco, lo había golpeado en el campo, con un palo. La colonia quería librarse de él, y se recurrió al «Gobernador», ante quien se hizo la solicitud.

Pasamos a otros lugares, caminando un cuarto de hora a través del bosque, sin que se encontrara ningún colono. La colonia de los renanos estaba situada un poco más lejos. El valle se anchaba aquí bastante más. Pronto descubrí que mis compatriotas renanos no les iban a la zaga, en aplicación, a los tirolese. Sus pequeñas pertenencias habían sido [141] trabajadas denodadamente, muchos acres de terreno limpiados y las cosechas eran excelentes.

Sólo un hombre parecía haberse quedado a la zaga de los demás. Había cultivado muy poco, ostensiblemente menos que los restantes y su cosecha tampoco tuvo la abundancia de otros, en materia de víveres. Él no tenía en realidad la culpa de su constitución enfermiza: sufriendo casi todo el tiempo, no podía trabajar sino lo indispensable.

Llegué a las últimas pertenencias, donde gente que tenía varios hijos crecidos, por lo cual estaban en condiciones de trabajar su pequeña propiedad totalmente. Cultivaban la mayor parte del terreno, vastas extensiones con cultivos de maíz, arroz, tabaco, caña de azúcar, café y plátanos. Se hallaban completamente bien y satisfechos con sus nuevas condiciones.

En Alemania habían sido muy pobres. Como ellos mismos me dijeron, no salían de sus deudas y tribulaciones, viendo desaparecer diariamente lo poco que todavía podían considerar como propio. En cambio aquí encontraban que día a día mejoraban sus perspectivas; su situación estaba libre de preocupaciones, y sus hijos avanzaban hacia un futuro venturoso y seguro.

El vecino más pobre y enfermizo que vivía algo apartado del camino, vino a visitarlos cuando yo me encontraba allí. Lo que dijo sobre sí mismo, es conmovedor: «Yo estoy enfermo y en la miseria y es posible que tenga que vivir sólo muy poco tiempo; si yo supiera que debo morir mañana, me iría tranquilo y contento del mundo, pues sé ahora que mis hijos no tendrán que mendigar después de mi muerte, como hubiera sido el caso en Alemania. Todavía no se ha hecho gran cosa en mi pequeña chagra, aunque sí lo suficiente como para mantenernos con vida a todos, y sí después se aplicaran a medias, podrían fácilmente hacer algo importante». [142]

Esto no era un cumplimento en Alemania, pero sí lo suficientemente característico dada las condiciones actuales de los colonos alemanes.

Casi todos se encuentran corporalmente bien, con excepción de uno, lo que se hace más visible al foráneo cuanto que es imposible ocultarlo: casi todos ellos tienen, con muy raras excepciones, bocios muy regulares.

Tal cosa no me llamó tanto la atención entre los tiroleses, pues supe que en Estiria el bocio es corriente, y creía entonces que la gente hubiera traído consigo este apéndice superfluo. Mas cuando hube atravesado la frontera de los renanos -un claro y pequeño torrente-, encontré allí lo mismo, el bocio lo habían adquirido después de instalarse en el Pozuzu y muchos de ellos sólo a partir de este año. Algunos no querían ni siquiera confesar que se trataba realmente de un bocio, creían solamente que «no podían abotonarse el cuello de su camisa». Pero el bocio estaba allí y no se le podía negar, presintiéndose que su origen residía en el agua que bebían.

Hasta en los niños podía descubrirse la presencia de los cuellos gruesos, y en muchos, completamente pronunciados, no estando libre de ello casi ningún adulto. Como uno se acostumbra a todo con el tiempo, parecía que el bocio no les causaba a los colonos ninguna incomodidad, especialmente porque nadie tenía que avergonzarse ante el otro, por lo cual no se quejaban.

He mencionado anteriormente que era posible encontrar leche y mantequilla en toda la colonia. Pero las vacas que allí se criaban no habían sido proporcionadas por el gobierno peruano, sino por la liberalidad de un compatriota alemán (hamburgués, si no me equivoco), apellidado Renner, radicado en Lima donde ha labrado su fortuna. [143]

De la manera más altruista y noble acogió a los colonos alemanes, no sólo con palabras, sino de hecho, dándoles lo mejor que se podía dar a un hombre en esos tiempos: leche para sus mujeres y sus hijos.

Invirtió un capital con el cual, cada familia, o mejor aún, cada colono debía recibir una vaca, un par de chanchos y un par de cabras. Familias más grandes recibían hasta dos vacas, llegando a fundar el primer plantel de vacas en la colonia. Se aseguró así, el agradecimiento de toda esta pobre gente, a la que procuró con ello un beneficio indescriptible. Hubo grandes dificultades para conducir al Pozuzu las vacas obsequiadas, que fueron compradas en Huánuco, no obstante de que se condujeron cuando habían descendido las aguas. Una canoa cargada con veinticinco chanchitos se estrelló contra las peñas y se hizo pedazos, al extremo de que los indios que conducían la barca, apenas pudieron salvarse. Todo lo demás llegó felizmente al otro lado y al parecer las vacas y los chanchos se encontraban perfectamente.

La cría de chanchos no iba del todo bien. De manera extraña, los marranitos no podían crecer y morían muy pronto. Sólo unos pocos vivían para seguir multiplicando el tronco ya logrado, en tanto que los que habían sido trasladados ya adultos se encontraban en inmejorables condiciones.

La cría de cabras resultó un completo fracaso por el clima caliente del valle. La mayor parte murió a los pocos días de haber llegado y otras quedaron tan postradas, que se les degolló sin más trámites. El clima no les convenía en lo más mínimo y en los montes donde se hubieran encontrado mejor, no podían trepar por la densidad de la arboleda.

Constituye un grave perjuicio para la colonia no tener ningún prado para las vacas. Las pocas vacas que tienen son [144] mantenidas en el encierro y alimentadas allí con forraje. Los colonos pretenden hacer un prado para unas pocas vacas rozando la tierra en la cima del monte. Lo cual presenta dificultades y trabajo. Abajo en el establo prosperan las vacas en forma excelente alimentándolas con maíz y otros forrajes en cantidad suficiente. Para el resto se puede utilizar otro sistema.

En la última casa encontré lo que faltaba en las otras instalaciones. Los jóvenes solían ir de cacería con mucho gusto, conseguían en las proximidades chanchos salvajes y una especie de perdiz; todo ello en cantidades suficientes como para recompensar la tarea.

El tapir se detiene también aquí y deja estampadas sus huellas en el blando suelo. Los indios lo llaman «la gran bestia». Parece que su carne es muy sabrosa. Como deja su guarida, profundamente oculta, sólo en las noches se hace visible a los cazadores, o casualmente en el día. Hace algún tiempo fue cogido en las proximidades de Pozuzu un tapir tierno y enviado como una rareza a Cerro de Pasco, a 14.500 pies sobre el nivel del mar. Como es natural, no pudo soportar el aire delgado y frío de ese lugar y se murió al día siguiente.

La iglesia es un sencillo edificio de madera, ubicada bastante cerca del centro de la colonia, de manera que a ninguno de los colonos le parece lejos el templo. El cura es un tirolés, y a juzgar por lo que he podido conocer de él, es un hombre correcto y razonable que parece ser muy apreciado por sus feligreses. No podría subsistir ni en el Pozuzu una colonia alemana sin pendencias. Las disputas hasta este momento se han limitado a cosas sin importancia y las asperezas han sido limadas por el párroco. Los renanos y los tiroleses han aprendido a conocerse mejor aquí, aunque no más que en el obligado y estrecho contacto mutuo a bordo del barco, tolerándose mucho más ahora. Las pendencias [145] han sido entre los de la misma nacionalidad, pero no de unas contra otras.

Cuentan con su autoridad civil para allanar desavenencias eventuales. Como autoridad superior en el Pozuzu, es reconocido el Gobernador, un fracasado especulador en minas, a quien sus amigos le confiaron este puesto con un sueldo de 50 dólares mensuales, sin hacer nada. Los alemanes habían elegido dos llamados burgomaestres, uno para los renanos y otro para los tiroleses, los que, en casos de suma dificultad, hacen representación conjunta y junto con el párroco, constituyen un tribunal de tres. Este sistema se ha conservado ventajosamente hasta ahora y demostrado su eficacia.

Fue más perjudicial para ellos el nombramiento, por parte del gobierno, del Gobernador como «Director del Camino», puesto creado exclusivamente para el fin de que obtuviera 50 pesos más, sin que supiera lo más mínimo en materia de construcción de caminos o se diera algún trabajo al respecto. Él mismo me dijo alguna vez que no iría nunca donde no pudiera

ir montado, lo que vale decir que nunca dejaría su casa, ya que en Pozuzu no hay ni caballos, ni mulas, ni asnos. Los 50 pesos que gastaba el Gobierno para provecho de la colonia, eran tirados por la ventana.

Todas las quejas que escuché de los colonos, en mi último viaje, estaban dirigidas no contra el gobierno de Lima, sino contra los empleados subalternos. La gente sabía que se había concedido dinero suficiente para su colonia, pero reclamaban con justicia de que se hubiera dejado a los empleados subalternos sin control alguno, quienes podían hacer lo que quisieran, sin que ninguna de las quejas llegase a oídos del Presidente.

La causa era bastante clara. Nada les parecía más inoportuno a los ministros que oír de aquellos asuntos en los [146] cuales quizás ellos mismos estaban enredados, o de aquellos otros, que de ser expresados, podrían causar revuelo, siendo por ello más cómodo, permanecer con la boca sellada. Así por ejemplo, se prometió a la gente transportarles sus efectos a un lugar y sitio seguros, en cuanto se establecieron en el Pozuzu. Esto, como todo lo demás, se hizo sin la inspección del gobierno, de suerte que la gentuza peruana, en cuya vecindad habían vivido los pobres emigrantes alemanes, saqueó los bienes de éstos, tanto como pudieron, apenas los propietarios volvieron las espaldas. De esta manera le fueron robados a uno de los colonos sus bienes, contenidos en quince cofres y cajones, sin que hasta ahora haya podido recuperar lo menor.

Lo que vino a ocasionar a los colonos un daño especial con la construcción de su camino, fue que la mayor parte de los empleados subalternos tenían sus propiedades en el fértil valle de Huánuco, o por lo menos, las tenían sus íntimos amigos, era cuestión vital para ellos, impedir que al crecer la colonia, ésta llegase a ser independiente por medio de una comunicación directa con la ciudad más próxima: Cerro de Pasco. Por eso, cada vez que se emprendía la construcción del camino (había sido comenzado en tres sitios diferentes), era frustrado por las intrigas de los hacendados de Huánuco. Los trabajadores llegaron a ser mandados cierta vez por militares, pero lograron lo que querían, que el único camino viable (Dios sabe si era bastante malo), condujera del Pozuzu a Huánuco, desviándolo veinte leguas de la dirección de Cerro de Pasco.

Las mercaderías que los colonos necesitaban con urgencia, tenían que ser compradas en Huánuco y no en Cerro de Pasco, pese a que los comerciantes de Huánuco las adquirían en Cerro. Tenían que pagar, como es natural el doble precio por ellas. Sus productos además, no tenían valor en Huánuco, toda vez que en este valle se producía lo mismo que en el Pozuzu. [147]

Los colonos estaban convencidos de que el Presidente ignoraba estas condiciones, pero les prometí que en cuanto llegase a Lima iría a buscar al Presidente para exponerle honradamente y sin reservas el estado de las cosas. Éste era el único medio para encontrar socorro a tanta desventura. El Presidente había amparado a la colonia alemana, costándole al Estado mucho dinero instalarla allí, no podía serle indiferente, por lo tanto, que tratada de esta manera, vegetara simplemente, sin que le produjera provecho al Estado peruano como si estuviera fuera del mundo.

Por esta causa no había en toda la colonia ni siquiera un dólar en efectivo, con excepción de los que recibían como sueldo el gobernador y el párroco. Los sacerdotes son pagados por el Estado y cada uno de ellos recibe 50 seguros pesos de sueldo al mes. Sueldo que como él mismo no trabaja en el campo, devuelve buena parte en jornales. Los colonos sólo pueden ganar de vez en cuando un par de pesos cuando van a donde el cura para trabajar por corto tiempo como jornaleros, cosa que ocurre cuando necesitan dinero urgentemente.

Con los colonos vinieron desde el otro lado del mar dos sacerdotes. Uno de ellos consideró que era más provechoso vivir de su propio trabajo, diciendo misas particulares, imaginándose que con eso ganaría más dinero. En todo caso, uno es suficiente para la colonia y está en condición de asistir a los vecinos peruanos, ya que se ha familiarizado rápidamente con el idioma español, el que habla y escribe fluidamente.

En este alejado valle, el sacerdote también es un gran auxiliar para los indios vecindados, pues todos pertenecen a la iglesia católica, observando ante todo las formas. Todos estos grupos étnicos trasvasan una parte de sus antiguas creencias a las nuevas, y el sacerdote debe tener tacto para tratar con ellos. Con gusto extraordinario manda decir [148] misas para sus muertos, o por lo menos simples rezos o responsos, en los cuales debe ser pronunciado, clara y distintamente el nombre del desaparecido. Aun esto no los satisface completamente. Consideran imprescindible para que no haya posibilidad de ningún malentendido, que una parte del muerto esté presente durante las oraciones. Algunas veces se contentan con una pieza del vestido que él ha llevado; pero estiman que es mucho más operante el rezo, cuando está presente una parte del cuerpo del cadáver. Poco antes de que llegase a Pozuzu, uno de los indios de la vecindad abordó al cura para pedirle dijera una misa por un pariente fallecido, habiendo traído para el objeto el cráneo del muerto, envuelto en un trapo.

Es así como la colonia, creando casi todo lo que necesitaba, llegó a formar para sí un mundo cerrado. La gente podía confeccionarse sus trajes y zapatos, así tuviesen urgentes trabajos en el campo. El algodón se producía excelentemente. El bosque les proporcionaba los elementos de curtiembre indispensables para curtir las pieles y fabricar sus zapatos. Trasladados del Tirol al trópico, desconocían una serie de recursos y riquezas puestos por la naturaleza a su disposición y que fue necesario aprender a utilizar.

Es así como fueron abatidas las plantas silvestres del cacao, sin que las conociesen. El gobernador, que sabía algo más, aunque no lo suficiente, hizo una plantación de troncos tiernos en el campo, a pleno sol. Como es natural, todas estas plantas murieron, lo cual interrumpió todo intento posterior, pensando que el clima no era conveniente para el cacao. Pude darles informes completos acerca del cacao ya que lo había conocido en todo su desarrollo en el Ecuador. Las nuevas tentativas que los colonos hicieron con esta planta remunerativa, más tarde, produjeron excelentes resultados.

La cáscara del cacao ofrece, además, una excelente [149] materia para curtir, que los colonos pudieron aprovechar muy bien.

El tabaco se produce espléndidamente en Pozuzu, mas por desgracia los colonos han comenzado con semillas muy malas, semilla de tabaco que los tiroleses habían traído



consigo de su tierra, la cual producía sólo un tabaco ligero y mediocre. Estoy convencido de que con una buena semilla de habanos, podrían obtener una hoja buena y fuerte, aunque no equivalente al de las Indias orientales. Es extraño obtener en América del Sur un buen tabaco aromático, hasta el mejor de Nueva Granada, Ecuador, Ambalema y Esmeraldas, no resiste la comparación con el Domingo, y aunque de agradable sabor, es no obstante sin contenido.

La coca crece estupendamente bien en Pozuzu. Esta planta característica constituye el principal medio de existencia del indio peruano y de los nativos y que puede constituirse en uno de los principales productos de exportación de Pozuzu.

Es evidentemente, una ventaja para los colonos la ausencia de tabernas. En cambio, cada familia cultiva una pequeña parcela con caña de azúcar, con cuyo zumo elaboran azúcar para el café y preparan su guarapo. En cuanto se abra un camino directo a Cerro de Pasco y puedan vender sus productos al contado, aparecerá con seguridad una taberna, en donde volverán a sacarles la plata sonante o por lo menos una parte de ella.

Creí que entre tantos tirolese encontraría un par de expertos tocadores de cítara que me harían disfrutar mucho. Tal como me dijeron, un par de ellos vino a la casa; mas los jóvenes habían abandonado la colonia, justamente cuando ella estaba en apuros y los casados tal como suele ocurrir siempre ya no tocaban la cítara. Sólo uno de estos antiguos instrumentos había quedado allí, con sus cuatro o [150] cinco cuerdas templadas, en casa de Gstier, cerca del hogar «a fin de protegerla del aire húmedo». Estaba negra, cubierta de hollín y ronca, negándose obstinadamente a tomar su antiguo temple.

Permanecí una semana en la colonia e hice varias excursiones pequeñas a las diversas «chagras»; en todas partes se me acogía con igual cordialidad y el mayor gusto que podía proporcionarles, era hacer un buen consumo en su casa y pernoctar con ellos. Casi todos, me contaban la historia de su vida, las cuales eran tan sencillas y a veces tan conmovedoras.

En todas partes, siempre la misma y antigua canción. Trabajo y Deudas, de las que no podían escapar y las que año a año, se iban amontonando sobre su cabeza. ¿De qué servía que lucharan contra ello? Todo lo más que podían hacer, era sostenerse en el agua, mientras la corriente los iba arrastrando cada vez más lejos. «Hemos emigrado aquí», -sonaba el conocido refrán-, «sabíamos que no podía irnos peor, y aunque no amontonamos aquí ningún tesoro, tenemos, con todo, de qué vivir».

Qué suerte iban a correr, es cosa que no podían saberlo exactamente. Los niños, crecían un poco a la diablo; no había para ellos una escuela. El párroco enseñaba a los niños en forma muy irregular y apenas lo imprescindible. Había, no obstante, un maestro en la colonia, que había venido de la región del Rhin y a quien habían elegido los renanos como burgomaestre. Pudo haber estado muy aburrido con su puesto de maestro en Alemania (cosa que ahora no la tomo a mal), lo cierto es que no parecía dispuesto a comenzar con las mismas torturas en el Perú.

Con todo, los niños aprendían, trabajaban y escribían un poco. Por añadidura leían y sumaban. Ya se puede calcular el resto. Mientras iban creciendo, los campos también [151]

crecían en torno de ellos, y los padres, en tanto aseguraban el bienestar de las nuevas generaciones, se enfrentaban a una vejez sin preocupaciones, con tranquilidad. No podían ser más productivos sus esfuerzos.

Me causó una pena verdadera cuando hube de despedirme de estas buenas gentes. Me había costado mucho trabajo y mucho dinero buscarlos en su soledad y se presentaba ante mí un difícil regreso hasta llegar nuevamente a Lima, pero no me atormentaba ningún remordimiento de conciencia, de haber empleado así mi tiempo, pues estoy persuadido de que mi presencia les fue útil desde diversos puntos de vista y de que conservarán un recuerdo amistoso de mi persona.

[152]

#### El Camino de Regreso desde la Región del Amazonas

Les había prometido a los colonos de Pozuzu hacerme responsable de sus intereses en lo relativo a la construcción de la carretera. Empero para que la gestión fuese eficaz era imprescindible estudiar el terreno que atravesaría el camino. Sólo así podría merecer mi informe alguna consideración ante el Presidente.

Seguir ese curso, exigía no llevar ni siquiera una mula, (como se demostró después), apenas hubiera podido seguir un perro por esa senda. Debía hacer llevar mi cabalgadura y las provisiones por gente contratada. Por felicidad, conseguí como guía a un indio, León Cartagena: éste, como me lo dijeron todos los colonos, era el único hombre en toda la región que conocía a fondo esos cerros, porque pertenecía a ellos. Lo encontré más tarde.

Sabía por anticipado que debía experimentar grandes fatigas, pues se me habla referido bastante acerca de este camino comenzado recientemente. Resolví no dejarme intimidar, saliendo el 21 de enero con un guía y dos arrieros, quienes debían llevar mi equipaje y provisiones hasta la pequeña ciudad de Huancabamba, a cinco jornadas de camino. Todos los colonos me ofrecieron de la manera más cordial provisiones para el camino, lo suficiente como para vivir [153] medio año en esos cerros. Como es natural, no tomé sino lo necesario. Calculando siempre el tiempo más corto, pues según lo que me contaron sobre este camino, me esperaban no pocas dificultades para continuar con un pequeño bulto a través de espinas y matorrales.

Mi guía felizmente era un hombre que conocía todos los abismos de estos cerros salvajes. Se había adaptado tanto a las costumbres de la raza blanca que... no mantenía su palabra. Hasta llegó a prometerme que estaría la víspera en el punto de reunión, al caer de la tarde, a fin de emprender la marcha al rayar el día siguiente. Se presentó al mediodía siguiente. A pesar de todo, comenzamos el viaje, acampando por la noche a más o menos una legua de distancia de la colonia, cerca de la primera corriente que alcanzamos, que era al mismo tiempo la única que teníamos que atravesar, hasta Huancabamba.

Aquí era todo selva espesa, en realidad densa fronda, con pocas palmeras. Desde el río se dirigía el camino por encima de un borde agudo de la desgajada cima del cerro empinadamente hacia arriba, y desdeñando el zigzag, razón por la cual dejamos atrás la naturaleza tropical, llegando a una región templada y a una noche desmesuradamente fría. En estos agudos bordes no había, fuente alguna, por lo que estuvimos obligados a usar el agua de un charco turbio que existía en una depresión del suelo, para felicidad nuestra.

León Cartagena gustaba dar curso a su fantasía, hablando de la caza de los venados, de las gallinetas, osos y tapires (llamado «el gran animal»), dejándonos creer, incluso, que habríamos de encontrar posiblemente un tigre y con toda seguridad un jaguar o león, en alguna parte del camino. Pero no todo era cierto; la selva, un desierto humano que no conocía huella de hombres, parecía algo muerto, pues ni siquiera vimos un mono durante el día, los cuales por lo demás, no hubiesen podido vivir en ese frío. [154]

Sin embargo, en la primera noche de cacería, crucé con las huellas de un tapir, que había trepado hasta la parte alta del cerro, pero el muchacho no logró verlo teniendo que volver al campamento con las manos vacías. Un poco después, vi las huellas de un oso, pero ni por asomo las de un jaguar o kuguars. Con más abundancia vimos abajo, junto al Pozuzu, los sitios en que los seynos (que hay aquí como en el Ecuador), habían irrumpido en el terreno, aunque no se hallaban en casa, no debiendo nosotros mantenernos por culpa suya en la incierta esperanza de encontrarnos frente a una manada. Mi viaje no era especialmente una partida de caza, tenía un objetivo de más utilidad ante mis ojos y no quise malgastar inútilmente mi tiempo.

Se me había dicho que haría mi viaje de Pozuzu a Huancabamba en tres días, de lo que hube de desengañarme, pues muy pronto se comprobó que era imposible. No existía un camino efectivo, sino una senda estrecha, apenas reconocible, que debió haber sido trabajada a machete y cubierta nuevamente por la vegetación. No daba la impresión de haberse usado en mucho tiempo ni siquiera un hacha. Allí donde había caído un árbol, se tenía que pasar por encima o yendo a rastras por debajo del mismo, y en muchos lugares, el único piso era el formado por un trenzado de raíces y de moho, sobre el cual tenía uno que caminar. Esto era muy desagradable, no se podía reconocer con claridad dónde se pisaba: el bastón de montaña resbalaba frecuentemente en las desnudas raíces y se perdía en un abismo, y si alguna vez resbalaban los pies, ya se podía estar seguro de haber metido la pierna en algún hueco, quedando a horcajadas sobre una raíz. Llovía todo el tiempo y aun cuando la lluvia cesara en un par de horas, venía a ser completamente igual. Quedaba uno aprisionado por la húmeda espesura por todos lados y por la lluvia depositada en los árboles que seguía cayendo en gotas.

El camino no era otra cosa que una senda que los indios [155] y nativos utilizaban para llegar desde Pozuzu a Huancabamba. Seguían y trepaban a alguna cumbre accesible con el objeto de otear con libertad para no perder su orientación. Había que trepar como ellos, siendo lo único interesante contemplar el regular cambio de la vegetación, mientras uno va subiendo y bajando despreocupada y constantemente a través de diversos climas, lo que resulta, en verdad, impresionante.

Allá abajo, en la comarca, el bosque maligno con sus troncos cruzados en el camino, pero por lo menos con piso seguro. En esa selva se llega también a una cierta altura, subiendo unas veces, bajando otras, hasta alcanzar una faja de cañaveras, una especie de juncos elevados con un tallo suave y grueso. Luego aparece un bosque más abierto con muchas raíces entrelazadas, en el cual un poco más arriba, llena el vacío un largo y porfiado tubo vegetal (\*). Se extendía por todas partes sobre el camino como una cuerda dura e irrompible al sesgo, o colgaba desde lo alto como dogales, en los que quedaba prendido frecuentemente el sombrero, cuando no la cabeza. A cada diez pasos, mientras se estaba constantemente ocupado en doblar esas cañas en el camino, uno quedaba colgado por el brazo, por la pierna o por el fusil, lo que era suficiente para llevar a la desesperación al hombre más paciente.

En cuanto esas cañas cesaban, el clima se hacía más frío y la vegetación más desmedrada. Había una vegetación nudosa, hecha de garrotes, mezclada con matorrales verdes, quedando las cimas de los cerros, llamadas cuchillas, completamente libres, sólo cubiertas con altos pastales o con otros vegetales malignos. Estos consistían en una especie de áloes que cubrían densamente el suelo, cuyas pequeñas y finas púas casi negras y quebradizas, se clavaban en los pies y manos del viajero. Dios se apiade de quien haya caído al suelo de un resbalón y haya tenido que apoyarse o sostenerse con la mano en alguna parte, pues se puede estar [156] seguro de que habrá quedado prendido por las agujas como un alfiletero.

Es así como hubo que pasar este trecho, bajando y subiendo el cerro; yendo por estas fajas de cambiante vegetación. De noche, quedábamos regularmente en alguna pelada altura, debajo de un lastimoso techo de paja, o bien en medio de los aguaceros o entregados a un viento cortante, con lo que nos helábamos hasta entrechocar nuestros dientes.

No quisiera fatigar al lector con los pormenores de esta triste caminata, mediante la cual pudimos llegar al cabo de cinco días. No encontramos en todo el camino una sola casa, no obstante de que atravesamos por valles atrayentes, aunque pequeños, en los que se hubieran podido hacer buenas plantaciones. Solamente en las últimas leguas llegamos a un buen camino, donde ya se había comenzado a arreglarlo cómodamente.

Huancabamba pertenece a la zona caliente y es un valle muy atrayente y ancho, en el que podría producirse una gran cantidad de productos. Ahora mismo ya hay allí varias haciendas, en las que se cultiva caña de azúcar y plátanos. Todavía hay pocas plantaciones, contentándose las gentes con obtener lo que necesitan para su propio consumo. Si existieran en realidad buenos caminos, el intercambio sería más fácil y seguro, y se harían más esfuerzos ya que la pereza de los sudamericanos no se pone a una segura ganancia. Pero cuando todo tiene que ser transportado penosamente a lomo de mula, por caminos frecuentemente muy malos, tanto que las mulas se caen en la senda, el riesgo, al cual no están acostumbrados, aparece demasiado grande, en relación a la ganancia.

Desde Huancabamba pude por lo menos viajar montado, nuevamente, aunque me hubiera bastado con un borrico, [157] para ir a toda prisa. A tres leguas de allí encontré una pequeña ciudad, si así puede llamarse a una plaza con cinco casas, llamada Lucano y en donde debía obtener una mula. Desde aquí tenía que recorrer doce leguas y pasar la noche

sin encontrar ninguna habitación humana. Hasta Lucano el valle era bastante ancho, y se encontraban haciendas aisladas a lo largo de él. El mismo Huancabamba consiste sólo en algunas haciendas que se encuentran dispersas en una llanura bastante extensa. El río Huancabamba riega hermosos prados. Desde Lucano el valle vuelve a estrecharse, sobresaliendo empinadas, las laderas de la orilla, cubiertas de árboles, sobre las espumosas aguas de los torrentes. En algunos sitios se precipitan pequeñas cascadas que vienen de las cumbres exteriores de las laderas, tan súbitamente que sólo en algunos puntos llegan a tocar la pared.

Junto al río, sobre el cual cruza un puente estrecho que lleva a la parte alta de Huancabamba, corre el camino, siguiendo río arriba hasta llegar a las fuentes que bullen al pie de los nevados. La cabalgata a través del bosque salvaje y de las espumosas corrientes, fue muy solitaria. Las únicas cosas con vida que encontré abajo en el valle muy cálido, fueron algunas parvadas de papagayos, mientras éstos iban desapareciendo más arriba, en el aire frío. Hora tras hora seguí trotando solitario sin guía, avizorando siempre inútilmente en torno mío, en esta terrible soledad, para ver si por lo menos encontraba alguna presa para cazar. En vano, todo estaba como muerto y sólo un cóndor que parecía haber estado en busca de presa, y haberla abandonado, sin esperanza daba vueltas muy arriba de la cordillera.

Mientras más ascendía, más pobre se volvía la vegetación; y es que me estaba acercando de nuevo a la zona del frío, con sus llanuras cubiertas de paja amarilla, con sus lluvias y sus vientos. A mediodía llegué a una tierra completamente abierta, con un valle largo, poco alto, el cual [158] estaba como encerrado por dos cadenas de peladas colinas. El torrente se había vuelto tan pequeño que se le hubiera podido atravesar fácilmente por cualquiera de sus puntos. Iba murmurando dulcemente en aquella desoladora extensión, y parecía impaciente por precipitarse en el profundo valle, donde sabía que encontraría más camaradas de juego, locos y salvajes, a fin de poder jugar con ellos a grandes saltos sobre los peñascos.

Cerca de las doce, dejé que mi mula tomara un poco de descanso y comiese algo. Había comprado en Lucano, del mismo modo, que en Muña, un pollito, que lo hice cocinar inmediatamente. Luego cabalgué y tuve por lo menos un cambio en el camino, cayó una lluvia fina y fría. ¡Qué terrible soledad había en torno mío! No habían árboles, ningún arbusto, sólo pedrones de granito entremezclados con pastizales amarillos medio secos, y junto a mí discurriendo el río y encima un cielo gris plomizo. Un par de aves de presa era además, toda mi compañía. Seguramente estaban espiando a algún ratón perdido o quizás a nosotros mismos por equivocación, en este tremendo desierto. ¡Qué fría me caía la lluvia! Me envolví completamente en mi poncho, dejando a la mula que eligiese el mejor y más seguro camino; como la falda del cerro no tenía ninguna caída importante, se juntaba arriba el agua, formando una cantidad de esos peligrosos sitios que en superficie parecen duros y seguros, pero en los que se hunde repentinamente la mula hasta la barriga, de manera que con frecuencia, apenas puede ser sacada de esa trampa.

Así transcurrió hora tras hora, dejando detrás una milla tras de otra hasta encontrarme repentinamente en una especie de caldera de rocas, a la que el camino parecía conducir por gran pendiente. A la derecha se alzaban dos nevados, desde los cuales soplaban un viento

helado. Justamente cuando pasaba por el costado de ellos, se precipitó tronando en la garganta una avalancha. Escuché el estallido espantoso que hacía retumbar las rocas y vi cómo se precipitaba [159] la avalancha desde una empinada ladera para luego desaparecer detrás de algunos picachos, donde se desvaneció. Pero estas montañas estaban a tal altura que el conjunto todo me pareció no ser más grande que las masas de nieve que, en nuestra tierra, durante el deshielo, se precipitan desde los inclinados tejados. Por lo demás, me parecía que en el lugar en que me encontraba estaba fuera de peligro, pues nunca hubieran podido llegar hasta allí sus deslizantes masas.

Al pie de estas alturas cubiertas de nieve, como ocurre casi siempre en la cordillera, se extendía una laguna verde, en la que venían a reunirse las aguas de las cumbres y se escurrían por el Huancabamba. Detrás de ellas y de las mismas cumbres de la cordillera, se desenvolvía la senda pudiendo darme cuenta de que había subido apreciablemente al advertir que la lluvia se convertía en un polvo de nieve frío. En muchos lugares donde el sol no llega nunca, el suelo estaba cubierto por nieve antigua, la que llena las gargantas al ser soplada por los vientos. El aire era sumamente delgado y frío y mi mula, a la que apenas podía halar por la brida, tosía y estornudaba y no quería moverse del sitio. Finalmente, llegué a la altura, sin ser siquiera recompensado por el paisaje, ya que las nubes se apretujaban en redor mío y cubrían hasta las laderas más próximas.

En la punta más elevada, como ocurre en casi todos estos lugares en el Perú, había una cruz, la que con frecuencia está hecha de dos pedazos atados de madera, costumbre que siempre me ha gustado mucho. Me parecía como si esa «Acción de gracias» que sacamos todos del pecho adquiriera corporeidad y se encontrara allí encima, viniendo esplendorosa, al encuentro del viajero. El sencillo sudamericano ya que el «civilizado» pasa indiferente por el sitio, se quita el sombrero ante esta señal humilde de nuestra religión y murmura también una corta oración; esto demuestra claramente que para conducir el pensamiento del viajero, [160] en corto tiempo, a otro mundo, sólo es necesario un simple símbolo sin adornos y no como en Europa que la vista del caminante es ofendida a cada paso por caricaturas que pintadas o talladas en madera pretenden representar nuestra salvación. Lo que se le escapa a la forma el artista lo sustituye con sangre extendida y allí donde pretende excitar quizás la compasión, promueve mas bien el asco y la resistencia. Pensé en aquellas imágenes llamadas «santas» o piadosas, cuando vi destacarse en la cumbre de esta cordillera la sencilla cruz de madera, no pudiendo detenerme, empero, mucho tiempo, ni en el pensamiento ni en la cruz, pues el tiempo pasaba y barruntaba que todavía tenía un largo camino por hacer para salir del trecho de nieve y hielo y llegar otra vez a tierra caliente y cultivada.

En la cabalgata de bajada de la cordillera (apenas dejé atrás las más empinadas laderas volví a ponerme sobre la silla), pudo ocurrirme un tremendo chasco; la hebilla de la cincha de mi montura se había aflojado sin que yo lo advirtiera, y justamente en un sitio bastante desagradable, donde mi mula se plantó de súbito y desde donde veía una pared escabrosa de unos 60 u 80 pies, resbaló la montura hacia delante, no teniendo tiempo sino para arrojarme hacia un lado. Estos montes no son tan malos para pasar como las cordilleras de Chile; son más pesados, pero no más peligrosos, en realidad ya que la nieve no aumenta demasiado.

Las cumbres de la cordillera, propiamente dichas, están constituidas por una escabrosa y desmoronadiza masa de rocas, sobre la cual crece de trecho en trecho un poco de hierba; luego por una alargada laguna por el otro lado, en donde se extiende una quebrada, comenzando a discurrir aquí un torrente hacia el oeste, como si quisiera dirigirse al Océano Pacífico, y que más allá va a rebotar contra las compactas masas de la cordillera principal, siendo rechazado por éstas hacia la corriente del Amazonas. [161]

El camino se vuelve cada vez más salvaje y desolado, a medida que avanza. La nieve se convierte nuevamente en una lluvia que azota picando y entumeciendo los miembros. Uno puede desesperarse con toda facilidad en los inmensos y desoladores desiertos que me rodeaban. Finalmente, hacia las cuatro, descubrí la figura de un hombre, algo apartado del camino, con un poncho multicolor y un perro detrás de él. Cuando me acerqué, reconocí que era un indio y lo llamé para preguntarle qué distancia faltaba recorrer para llegar a las casas más próximas. Mas apenas el muchacho escuchó mi voz, asustado, dio vueltas alrededor y con un par de saltos desapareció en el suelo. El zamarro no volvió a aparecer, seguramente se escondió con su perro detrás de alguna roca.

No me acuerdo haber pasado, alguna vez, física y espiritualmente, un día más triste que éste. Me había vuelto casi indiferente. Finalmente por la tarde mejoró la vegetación, llegando a ver hasta unos cultivos de papas más allá de la corriente del río que había crecido más. No se ofrecía a la vista ninguna habitación humana y cuando al ponerse el sol, llegué por fin a la primera casa, me pareció esa pascana tan sombría como el mismo panorama que me rodeaba. Resolví seguir viaje hasta el próximo pueblo de Huachón, donde esperaba encontrar un poco más de comodidades aunque hubiera podido pasar aquí la noche.

La gente del lugar me dijo, que faltaba una legua, sólo que aquí se calculaba la legua de cien cuadras, lo que hace 30,000 pies, o sea un quinto más que la milla alemana, mientras que la legua propiamente dicha ni siquiera tiene tres cuartas parte de aquélla. Cabalgué hora tras hora monte arriba y monte abajo, tan pegado a la espumosa corriente del río, que sus golpes de agua salpicaban el camino; siguiendo por encima de ella una estrechísima senda se veía el río, desde arriba, como una cinta reluciente. Mi pobre mula se cansó mortalmente, de modo que hube [162] de bajarme y conducirla. Un par de puentes tembleques y estrechos, que tuvimos que pasar, casi me obligan a quedarme en ellos, pues mi mula se aterrorizó de pasarlos en un comienzo. Y el camino seguía cada vez más lejos. Debían ya ser las diez, salió la luna, y como el camino se dividió en dos, creí que había dejado de tomar el correcto y me había metido por uno falso. En semejantes circunstancias, lo mejor era pernoctar donde me encontraba. Sólo para hacer una última tentativa, para ver si había en la vecindad alguna vivienda en la que pudiera cobijarme de la lluvia, disparé uno de los cañones de mi escopeta, asustándome del repentino éxito obtenido. Junto a mí ladró un perro. Me encontraba en las inmediaciones de Huachón, donde pocos minutos después, conseguí estar en una buena casa, en la que decidí pasar la noche. Por supuesto, todos dormían y la gente en el interior de la casa, parecía no hacer caso de mis llamadas; empero encontré un medio. Junto a la misma ventana disparé mi otro cañón y di de tal manera golpes a la puerta con la culata que en poco tiempo me vi rodeado por las personas que la habitaban, espantadas y en ropa de cama. Yo no era tan tonto como para dejar de aprovechar ese momento.

Envié a una de las personas a buscar inmediatamente al alcalde y sacarlo de su cama; otro debía ocuparse de mi mula llevándola a un potrero, y mantuve junto a mi persona a un tercero quien debía mostrarme un lugar donde comer algo, ya que no sólo estaba entumecido por el frío y la humedad, sino muerto de hambre. El muchacho que había escogido para mí, quiso ponerme dificultades, diciendo que era casi medianoche, que ya no había nada que comprar en Huachón, pero todo fue en vano, al cabo de un cuarto de hora tenía por lo menos una botella de aguardiente y una cantidad de pan duro, con lo que debía de contentarme esa noche. Encontré alojamiento en casa del alcalde, a quien le tomó la palabra de que me procuraría al día siguiente muy temprano una nueva bestia; y así pasé miserablemente [163] la noche, con mi traje mojado, sobre dos reducidos pellejos de carnero.

Todo ese día hube de cabalgar sin guía, al siguiente contraté uno. Había oído que el camino conducía por punas abiertas hacia Cerro de Pasco, siendo muy fácil extraviarse por un falso sendero.

Diez leguas hasta Cerro, pero ya conocía las espantosas leguas sin fin, por las que uno tiene que trotar horas de horas, siguiendo por un desolado yermo durante todo el día, más muerto que vivo, a fin de pasar la noche en una cabaña de pastores, a media legua de la ciudad minera. Estas punas se extienden de manera inaudita en las cordilleras, no siendo otra cosa que unas estepas altas, tan frías, que no permiten prosperar ninguna vegetación. Sólo un pasto ralo y pequeño crece allí, cualquier otro perecería con el hielo de la noche que sopla aquí todo el año, no reconociendo ni invierno ni verano. Se prestan mucho para el pastoreo, de manera que las llamas y ovejas se encuentran bien allí. Encontramos muchas tropas de llamas en el lugar, habiéndome alegrado mucho con esos hermosos, esbeltos y lindos animales, que proporcionaban una nota de vivacidad a ese paisaje muerto. Las ovejas pacían también, por millares y gracias a la natural formación de esas montañas, sus prados se extienden cómodamente divididos por una sola parte del valle, teniendo cada uno su agua fresca, así como su laguna.

Esas punas no tienen el aspecto que se encuentra en las cordilleras de las regiones tropicales. Con las constantes neblinas suspendidas allí, la visión panorámica está siempre cubierta aun para el que está en las cumbres, por lo que no se ven las cimas nevadas; y como el camino se desenvuelve por allí, se tiene la sensación de hallarse en alguna maldita tierra nórdica fría. En un campo que igual puede llamarse Luneburg como Perú. [164]

Aquí arriba, construidas en las desoladas punas frías en una época indeterminada, sin verano, sin invierno efectivo, sin vegetación, sin árboles, sin arbustos, sólo dominadas por rocas grises y mayestáticas, que son contempladas fijamente por los majestuosos nevados, encontré las ruinas de una antigua ciudad indígena, cuyos habitantes debieron haber vivido sólo de la caza y de la ganadería. Se reconocían claramente las paredes de sus antiguas cabañas, construidas circularmente, tal como siguen haciéndolo aún los pastores, así como los muros que rodean toda la plaza y que quizás han servido de protección contra los troncos que caían. A la derecha estaba ubicada la antigua plaza, con un gran edificio para el Inca, o quizás también para el templo, y al oeste, fuera del muro de la ciudad, había un



amplio, redondo y también aislado espacio, en el que posiblemente realizaban sus juegos o celebraban sus fiestas.

Con gran asombro de mi guía, que no concebía que yo pudiera encontrar algo digno de admiración en los miserables restos de los antiguos paganos, me quedé un gran rato en el lugar y luego seguí a caballo, y muy despacio, por este barrio residencial de los muertos, hasta que, finalmente, un viento frío me obligó a seguir mi camino. Qué raro y extraño que en ese sitio tan poco acogedor se hubiesen establecido hombres, que hubieran elegido semejante lugar para hogar suyo, teniendo en los valles cálidos pastales semejantes para su ganado y un clima mucho más suave, a no ser que el clima hubiese sido en siglos primitivos más cálido, como se ha puesto de manifiesto en los cambios que se han producido en Europa. Las montañas ¿se habrán elevado también, cada vez más en el aire frío? Son enigmas de la naturaleza siempre creadora y actuante, que el hombre no está en condición de resolver, y que constituyen a lo sumo un rompedero de cabeza para él.

Las lagunas podrían ofrecer paisaje más agradable, si les fuese posible reflejar algo más que un cielo gris y rocas [165] salvajes. Ni siquiera están habitadas por animales acuáticos o por aves, con la sola excepción de un par de patos silbadores, no vi nada en sus aguas. Hay en las alturas de esos cerros un gran ganso, blanco y negro pero cosa extraña, jamás está en el agua, sino que se mantiene constantemente en las altas laderas de las montañas, donde probablemente elige el pasto más fresco y suave para su alimento. El raro tono que a manera de trompeta emite a veces, principalmente en las mañanas y en las noches, suena por todas partes, no pudiendo descubrir en un principio de dónde provenía, hasta que llegué a percibir los puntos blancos en las paredes. También existe un pájaro semejante a la gaviota, aunque rara vez, en esas lagunas. No hallé ni rastros de un venado ni las huellas de algún animal salvaje en las alturas, con excepción de la raposa, que quizás va a acechar a algún pobre pato silbador, que se acerca a la orilla en busca de comida.

Al caer de la noche vimos otra vez varias chozas de pastores juntas, y decidimos pernoctar en una de ellas, lo mejor que pudiéramos. El guía caminaba a mi lado, y cuando miré por casualidad a lo alto de una ladera de la derecha, descubrí una zorra que con la mayor tranquilidad descendía por la ladera y se encaminaba vagabunda hacia nosotros. Debí haber estado muy distraída, pues ni siquiera nos vio, pese a estar apenas a unos veinte pasos alejada de nosotros que nos hallábamos avanzando en plena puna abierta. Mi guía no había advertido tampoco a la zorra, hube de llamarlo dos veces en voz baja, antes de que se quedase parado y la pudiera ver. Tal como descubrí al animal, la zorra se quedó, asimismo perpleja; alzó rápidamente la cabeza, oteó hacia arriba ansiosamente y muy despacio se dio vuelta, a fin de irse por el camino que había venido. Pero de ninguna manera parecía tener prisa, pareciéndose como un pelo a otro, a un hombre que en un paseo, encuentra inesperadamente a alguien cuya compañía no le es grata, y muy despacio toma otro camino. [166]

Entre tanto, salté rápidamente de la silla, pues no sabía cómo soportaría mi bestia el disparo. En vano busqué fulminantes en todos mis bolsillos; el único que hallé se había llenado con algo de migaja, mientras Reinecke (la zorra), seguía tranquilamente su camino... era para desesperarse. Mi acompañante se dio cuenta de lo que faltaba, y gritó repentinamente, no muy alto, pero sí lo suficiente como para que lo oyera la zorra:

«¡Tom!». Reinecke se quedó parada exactamente como si se llamase Tom o estuviese interesada en el nombre. Echó una mirada en torno suyo y pareció reflexionar un momento, mas la compañía no le gustaba de ninguna manera y, continuó su camino. «¡Tom!», gritó de nuevo mi guía, pero esta atención no me fue útil, no conseguí encontrar ningún fulminante y renuncié a la zorra.

Ésta había esperado bastante, en realidad, pero unos minutos después estaría fuera del alcance del fuego. De repente, debió haber descubierto algún agujero de ratones o algún otro objeto interesante en la cercanía, se volvió hacia la derecha, súbitamente, sin darse por aludida de nuestra presencia, y desapareció detrás de una pequeña eminencia del terreno. Salté entonces hacia mi montura, en la cual tenía la caja de fulminantes, la encontré y quise intentar desde un bordecillo de tierra, ponerme al alcance de la presa, que estaba más o menos a unos dieciocho pasos. Apenas vio mi guía que estaba listo para hacer fuego, gritó simplemente: «¡Tom!», y la zorra se llegó casi inmediatamente al borde, tan obediente, como si hubiera estado educada para ese grito. ¡Pobre zorra!... Ese fue tu último paseo, la bala la alcanzó por el medio, partiéndole en dos el espinazo. Nadie se alegró tanto con el disparo como mi guía, quien fue de inmediato a sacar a la zorra, cuya piel me la solicitó. Era muy linda, matizada de gris y rojo, aunque el animal es más pequeño que los nuestros, por lo demás son completamente iguales. [167]

Hasta que llegamos a la choza, ya había oscurecido, siendo recibidos alegremente, por un par de mujeres que habitaban en ella. Nos prepararon con todos los medios a su alcance una buena sopa de papas y carne de cordero, un plato que acostumbraban tomar a diario.

Las chozas están adecuadas al clima de estas punas. Cerradas en su contorno, tienen una estrecha puerta baja, por la que apenas pude meter de costado mi montura. Un señor bastante gordo quedaría irremisiblemente afuera y a lo más podría en la noche, obstruyendo la entrada, calentarse los pies. Lo único desagradable en estas chozas, es el humo, el cual llena totalmente el interior del techo puntiagudo y grueso, de una capa densa que llega casi hasta cuatro pies por encima del suelo. Por eso apenas pueden ponerse de pie, y los ocupantes permanecen agazapados en los rincones, que de noche comparten con sus perros y gallinas, echados sobre el suelo.

A medianoche me despertó mi guía para que continuáramos nuestro viaje con la luna llena y llegar en la madrugada a Cerro de Pasco. Por la luna, podrían ser como las tres de la mañana, y nos pusimos en marcha por el camino solitario, a través del silencioso yermo. Era una mañana hermosa, o más bien una noche encantadora. Ni el aire soplabla, no caía ni lluvia ni nieve; y como mis prendas que se habían empapado en el día luego pudieron secarse en la choza caliente, pude continuar el viaje con más comodidad.

A las siete de la mañana llegamos a las últimas crestas de roca, a cuyos pies se extiende Cerro de Pasco, como si estuviera apretujada, tal como puede estar una ciudad en una caldera de peñas. La laguna que se encuentra muy cerca de ella, le da vivacidad, lo cual se acrecienta por las numerosas tropas de llamas que van hacia la ciudad, en parte para traer su carga de forraje, en parte para llevar desde allí lo que les corresponde por su diario trabajo. Sobre las crestas rocosas circunvolaban dos cóndores, los que suelen [168] detenerse con mucha frecuencia en estas alturas. La razón por la cual me interesaron especialmente es que

parecían estar ataviados con frac negro y un chaleco blanco. Había visto a cuatro de ellos parados sobre una peña, como si juntos, hubieran venido a jugar una partida de whist.

Desde Cerro envié a un mensajero a Huariaca, para hacerme traer de allí mi cabalgadura, y como no tenía mucha confianza en mi gobernador, le rogué al subprefecto me diera una carta (el prefecto estaba ausente), a fin de evitar que el señor de Huariaca me jugara una mala pasada. Se comprobó posteriormente que tal medida no era necesaria.

Quisiera decir dos palabras acerca del subprefecto, quien a mediodía o en la tarde, solía estar horas de horas parado en cualquier esquina de Cerro de Pasco contemplando el cielo. ¡Cómo en estas repúblicas se confían cargos públicos y de importancia! Es algo que ya me había chocado en mi primera visita a Cerro de Pasco. Estaba sentado en el cuarto del prefecto, cuando un hombre corpulento con una espantosa cara de bruto, unos bigotes erizados, unos pelos negros y lisos peinados sobre la frente, tirado el sombrero para atrás, hizo su entrada silenciosa, yendo a recostarse en una silla que antes había arrastrado, sin decir a todo esto una palabra y sin saludar a nadie. Luego puso sus manos chatas sobre sus rodillas, dando la sensación de que estaba meditando para qué había nacido. Igualmente silencioso volvió a ponerse en pie después de más o menos un cuarto de hora, empujó la silla y desapareció sin dejar huellas del escenario.

La opinión general en Cerro era de que le faltaba un tornillo, y se referían las historias más cómicas acerca de él. Un barril lleno de agua, en el cual se había ensuciado la levita al pasar junto a él, fue llevado dos veces en veinticuatro horas a la policía y luego devuelto a su dueño; una noche, que los ratones le habían roído el bizcocho que él dejó [169] sobre la mesa de su cuarto, les había arrojado su reloj de oro. Y así por el estilo, sé referían mil locuras tuyas, pero yo no acepto sino aquello que puedo garantizar. ¿Puede semejante hombre ser subprefecto?... ¿Y por qué no, si su primo es Vicepresidente? Si su primo no fuese Vicepresidente él estaría quizás en un manicomio.

Sólo al tercer día se me devolvió mi mula, como una nueva prueba de la honorabilidad peruana. Aquel pícaro del gobernador, en vez de tenerla en su potrero, darle forraje y hacerla descansar, tal como prometió, la había hecho trabajar y hasta la había montado, pues estaba flaca y peor aún, llena de mataduras en la espalda. Y el insolente mozo al hacer las cuentas solicitaba todavía dinero por el pienso. En lugar de ello, le envié una carta muy amistosa.

Al día siguiente ensillé mi mula con mucha precaución, a fin de no empeorar su mal y no hacerle daño a la pobre bestia, y me dirigí por las abiertas pampas hacia la próxima estación Huayay. Muy poco antes de llegar al lugar, fui testigo de una muestra de la crudeza y crueldad peruanas. Ningún pagano en el mundo, hubiera cometido algo tan endiablado como lo que estos hombres que se llaman cristianos y se quitan el sombrero al pasar delante de la cruz hicieron. Es costumbre en el Perú que, cuando una mula se precipita o muere en el camino, sin que el dueño de ella se encuentre presente, el arriero, o el que ha alquilado el animal, le corte las orejas y le saque la marca que tiene en la cadera, a fin de llevarlas como prueba al propietario. Junto al camino, a más o menos diez o doce pasos del sendero, encontré una mula a la que le habían sido cortadas las orejas y se le había arrancado un pedazo del pellejo de la cadera, en el que se encontraba la marca hecha

al fuego. En ese momento se encontraban ocupados en el cuerpo del animal dos asquerosos y peludos perros, los que alzaron contra mi sus hocicos sanguinolentos, en cuanto escucharon que me acercaba. Desde lejos había visto que se movían las piernas [170] del animal, pero como había observado al mismo tiempo a los perros, creí que éstos, mediante sus jalones y sacudidas las habían movido. Mas, al aproximarme a la bestia, relinchó a lo lejos otra mula. Espantado cogí las riendas de mi bestia, pues ese pobre y desgraciado animal estaba todavía con vida ante mí y respondía quejumbrosamente a mi llamado.

Espantados y disgustados, el rabo entre las piernas, como si los canallas supiesen bien lo que allí habían hecho, los dos perros se retiraron de la víctima de la bajeza humana, aunque listos para volver a continuar su banquete, apenas yo hubiera abandonado el terreno. Pero antes hube de librarla de su tormento. Como al pasar Cerro, había descargado y limpiado mi fusil y no lo había vuelto a cargar, pues no parecía probable que se presentase una presa para cazarla, hube de descender momentáneamente para cargar uno de los cañones, a fin de poner rápido fin a los sufrimientos del desgraciado animal. La mula debió haber pertenecido a una recua de arrieros, a quienes había encontrado ese día, y que venían de Obrajillo.

Permanecí la noche en Huayay. Deseaba conseguir un guía para evitar los fatales pantanos que había en esos lugares, mas no fue posible, todos los hombres de este pueblo estaban borrachos. Estaban festejando la fiesta de La Candelaria en forma grandiosa. Después de dar un poco de dinero a un par de mujeres, para asegurar un pienso para mi mula, pasé la noche en el tambo, prosiguiendo mi viaje al día siguiente, sin guía. Yo mismo tenía que ver la manera de salir del paso.

En el camino disparé contra un ganso silvestre, no para comerlo sino para tener un ejemplar de estas cercanías, lo que, a pesar de varios intentos, no pude conseguir. Encontré dos juntos en la puna y mató al macho, el que, extendidas sus alas, mitad negras, mitad blancas, tenía algo así como [171] cinco pies. El pico era asombrosamente corto, aunque ancho como el de cualquier otro ganso. No faltaban tampoco las membranas natatorias, aunque nunca había visto al pájaro en el agua, como ya lo he mencionado antes. Me hice separar el mejor trozo, el cual fue cocinado y finalmente asado en Pacamayo, al pie de la cordillera y ya en la noche. Pero todo en vano. La carne, que tenía un ligero gusto a bacalao (no mucho, aunque sí lo suficiente como para hacerla poco sabrosa), no era masticable. Era como goma elástica. Tuve que arrojarla finalmente, para beneficio de un pastor de ovejas, al otro lado de la cordillera. Ese día encontré en la puna un lindo poncho con listas blancas y rojas, siéndome posible encontrar al dueño del mismo en Obrajillo. En agradecimiento me robaron de la montura mi impermeable en un pequeño pueblo, más abajo de Obrajillo, cuando había descendido con el fin de comprarme unos puros. Un honorable peruano, que también estaba festejando el tercer día de La Candelaria, parece que lo necesitó.

Esta vez pasé perfectamente bien la cordillera, con tiempo favorable mucho mejor que mi mula, a la que, en la altura, le salió alguna sangre por los ollares, que la hizo estornudar espantosamente. Hube de bajarme, naturalmente, y la fui guiando, con lo que pareció reponerse muy pronto. ¡Qué solitaria cabalgata por encima de estos cerros! ¡Qué muerto, qué desierto todo lo que está en torno del viajero! ¡Y cuánto, cuánto tiempo he pasado ya en estas extendidas, frías y desconsoladoras punas! Me vino una verdadera nostalgia por los

verdes sotos y flores, y marché valientemente, a fin de llegar a la vertiente occidental de la cordillera, desde la cual, el camino conduce directa e ininterrumpidamente a través de tierras calientes. Hasta mi mula pareció presentir que íbamos al encuentro de mejores alimentos, puesto que se dejó conducir mucho mejor que antes, habiendo alcanzado pronto, las lagunas que están engastadas entre los picos; dejamos detrás de nosotros la nieve de los altos y escarpados picachos con su aire ralo y con [172] todo ello, las fuentes del Amazonas. Pero no me despedí de ellos con tristeza; les llamé todavía con un saludo que debían llevarle al viejo Océano Atlántico a nombre mío; recogí para recuerdo del lugar un par de flores andinas que crecen a 16.000 pies de altura y seguí, alegre ya, el camino que va valle abajo.

No bien había avanzado unos cien pasos, encontré a un viejo conocido: el joven Chillón, que aquí salta como una pequeña fuente borboteante, brotada de las peñas, y promete acompañarme fielmente hasta Lima. Detrás de mí, los ariscos cerros me enviaron todavía, un saludo de granizo y lluvia: pero eso no duró mucho tiempo, el cielo volvió a despejarse y rápidamente me fui aproximando a la zona templada, dando la espalda a la fría.

¡Qué curiosa y agradable sensación, la de descender de una altura tan fría después de tanto tiempo y observar el lento crecimiento de la vegetación, el aumento de la cual se puede constatar a cada cien pasos! Aquí se hace visible una florecilla vivaz y colorida, que hacía tiempo no la había visto; allá un arbusto que empujado por las corrientes del viento, había buscado defensa en un roquedo. El pasto se va volviendo cada vez más verde y alto y grandes ramilletes de amarillos narcisos se descuelgan de repente hacia un lado del camino. Y siempre algo nuevo viene a manifestarse; pequeños pájaros se atreven a acercarse aisladamente y trinan lindamente con su sencillo y puro cantar. El que más me alegra entre ellos, es un pequeño y encantador pájaro cartero sajón, de color amarillo con azules pintas, que durante un largo espacio me vino siguiendo, como si yo le interesara tanto como él a mí.

Ahora va serpenteando la senda rumbo al río, y allí donde las aguas pudieron humedecer el suelo, y donde la profunda garganta protege de los crudos vientos de los nevados, brotaba ufanamente el verde, cada vez más alto, de [173] tal manera que en corto tiempo las ramas de los sauces rozaban el sombrero, mostrando troncos más fuertes y más llenos. Aquí comienza el hombre a extraer alimentos del suelo. La papa se presenta siempre como el primer fruto, comienza en pequeños campos cuadrículados, donde el terreno estrecho permite el primer cultivo; le siguen fajas delgadas de alfalfa, que es el forraje, y poco a poco se encuentra uno con las puntiagudas hojas del maíz, que en la botánica constituye el eslabón de unión entre la zona templada y la tropical, llegando más tarde a mezclar sus campos con los de la caña de azúcar. Ahora ya no hay que temer al frío; ya no hay ninguna ventisca y ninguna granizada y hasta la mula misma trota con más rapidez por donde el camino se lo permite y sabe que en la noche, encontrará un dulce y buen alimento.

Por todas partes se encuentra en el camino, ruinas de los antiguos indios y de desaparecidas ciudades; desnudos muros de piedra con tejados y paredes hundidos, que algunas veces, por su gran extensión, anuncian aldeas de densa población. Sus habitantes debieron haber sido más activos que los de hoy, de lo contrario, les habría costado mucho trabajo extraer de los cerros secos el suficiente alimento. En otra época vivían miles en

estos valles, que ahora están casi desiertos, no pudiéndose decir siquiera que ellos exterminaron los cultivos para dar lugar a un pueblo más activo y más piadoso. Nada tenía que hacer la agricultura con los robos y asesinatos que trajeron los primeros conquistadores al caer sobre este pobre país. Sólo era su ambición de oro lo que ocultaban en su Biblia que mostraban a esos infelices, y detrás de ella, el puñal y la espada para hundírseles en el corazón.

Pernocté esa noche en Obrajillo, lugar en que yo me adelanté a la escolta de la plata de Cerro de Pasco. Las imponentes barras fueron estivadas en una de las pequeñas casas, provistas para este caso de fuertes rejas de fierro. [174] Hacían guardia los empleados señalados, y delante de la puerta había un grupo militar con sus pantalones rojos y sus caras sucias, para la protección. No se tiene confianza en el camino, en esas despiertas gentes, teniendo necesidad cada uno de mucha cautela para guardar con seguridad la plata, para cuya segura colocación es usada bastante bien la plata por vías legales naturalmente.

Saliendo muy temprano de la pequeña aldea, desde donde sigue la senda, tan empinada y bruscamente como la corriente del cerro, llegué yo no sólo a la zona de vegetación exuberante, que flanquea el río, sino más afuera, hasta donde cesa completamente en el camino a Lima y donde llueve poco, de manera que los matorrales crecen pegados al río. Sólo allí, donde se dilata el valle, se encuentran alegres campos verdes, que son dominados por las peladas y desnudas alturas. Ese día vi una cantidad de cóndores, que circunvolaban por las cimas elevadas de la vecindad. Llegué a contar una vez hasta ocho juntos en un mismo lugar, pero permanecían demasiado alto como para que pudiera alcanzarles con una bala. Para cazar no se encuentra aquí nada; ningún ser vivo puede conservarse en los pelados cerros; y al ver estas desoladas extensiones, se tiene un sentimiento particular de desconsuelo, pues son, bajo el sol, como cosas secas y muertas: cerros-cadáveres. En los museos están los resechos restos de los pueblos, que alguna vez fueron seres vivos, cuidadosamente conservados, mucho más de lo que alguna vez lo fueran los vivos; las manos cruzadas sobre el pecho, mirando fijamente, con su mirada cóncava, el cielo azul sin nubes, mientras afuera se extiende en torno de ellos la tierra muerta.

La noche siguiente la pasé en Magdalena, una estancia más grande con grandes espacios y precios para viajeros. Conseguí por lo menos un buen lecho, y al amanecer ensilló mi bestia, a fin de llegar a Lima, al día siguiente, lo más temprano posible. Antes que yo lo hiciera, se levantó [175] la dueña de casa, una mujercita sumamente amable, de pelo negro como ala de cuervo y ojos llenos de fuego. Todavía no había salido el sol, teniendo el aire esa transparencia crepuscular y esa luz que se anticipa al día. El aire de la mañana susurraba levemente entre los altos árboles, los que echaban su sombra sobre una fuente que brotaba frente a la casa. Y debajo de la amplia veranda, rodeada de muros de barro, estaba la joven y hermosa mujer, los cabellos sueltos, cuya espesa masa trataba ella de dividir con un peine. Junto a ella y sobre la mesa, estaba un gran orinal floreado, que usaba como lavatorio y en el que la joven y linda mujer introducía el peine, sonriéndose pensativamente, un cuadro atrayente que jamás podría olvidar.

Las bacinicas tienen un importante y especial rol en América del Sur. No sólo están allí donde deben estar, sino con mucha frecuencia medio cubiertas con flores, sobre sillas y mesas, en los rincones y en los techos. No hay mujer chola que no lleve a bordo de un

barco semejante instrumento bien sujeto por la mano, teniendo uno o dos niños al brazo; y contemplé en espíritu, una vez más, en la plaza de Lima, como si estuviera ante mí, la simpática mulata, teniendo un cesto en el brazo izquierdo y conversando con un señor de edad y mientras con la derecha, que sostenía, descubierta, semejante utensilio doméstico, gesticulaba vivamente.

Una fuente, que brota del cerro en Magdalena, y tiene un agua clara y cristalina, posee no obstante, malas y peligrosas propiedades. Como ya me lo habían asegurado varios médicos, produce frecuentemente peligrosas verrugas sobre la piel de todo el cuerpo, que deben ser curadas con sumo cuidado y precaución, si no se quiere que tengan graves consecuencias y, durante años vaya aniquilando al sujeto. Como no bebía agua, a no ser que fuese impelido por gran necesidad, no tuve temor de la fuente a cuya vera pasé al trote, rumbo hacia el Océano Pacífico. [176]

Hoy encontré de nuevo algo que hacía mucho tiempo no había visto: polvo, el que sentí que me cubría. Era un cabalgar en la sequedad, en el sol, que dardeaba justamente a plomo; pero muy pronto había alcanzado mi meta. Las cordilleras peruanas, con sus frías y desoladas punas quedaron tras de mí, la senda se abría por delante y el valle se anchaba cada vez más. Ya podía ir reconociendo los lugares, en los que los últimos cerros llegan en declive al oeste del mar, y reconocí -a las tres de la tarde- las torres de las iglesias de Lima. Jamás había pensado que habría de saludarlas con tanta alegría. [177]

#### Condición Actual del Perú

Mientras duraba el Carnaval, era absolutamente imposible realizar cualquier cosa en Lima. No se encontraba ninguna persona en su casa; todos los negocios estaban cerrados y la gente que no quería participar en los desmanes, huía a Chorrillos.

Después del Carnaval, me decidí visitar al Presidente de la República, tal como les había prometido a los colonizadores, aunque no sabía entonces cuántas dificultades tendría que vencer todavía para ello.

En primer lugar, me dirigí a diversos ministros, a fin de que me procurasen una audiencia; y uno de ellos, el Ministro de Gobierno, señor Morales, se negó decididamente a presentarme, preguntándome qué cosa importante tenía que hablar con el Presidente, que no pudiera ir por el canal natural del Ministro. Otros dos fueron más peruanos y me prometieron firmemente introducirme pero, como es natural, no pensaron cumplir su palabra.

En estas andanzas y correrías iba avanzando el día en el que, en un barco, habría de dejar el Perú, para dirigirme a Valparaíso y Chile. Dotado de una tenacidad conveniente, como para no cejar en una empresa meditada, decidí que era mejor dejar pasar este barco y tomar el próximo, con [178] tal de ver al Presidente. Suponía, no sin razón, que él ignoraba las picardías de sus empleados y que apoyaría a la colonia, a la que siempre había favorecido, en cuanto supiese realmente cómo andaban las cosas.

Muy poco antes había sido creado en el Perú un nuevo puesto, nombrándose al Director de Construcciones Públicas. Este caballero, que hablaba también algo de inglés, se interesó especialmente por la construcción de carreteras de la nueva colonia, mostrándose muy agradecido por los datos que sobre ella le di. Debo agradecerle a él, así como al hijo del Ministro de Guerra, un joven muy capaz, que había permanecido largo tiempo en Inglaterra de donde se trajo también a su mujer, que yo hubiese podido alcanzar mi objetivo, finalmente. Menos dificultades habría encontrado de solicitar una audiencia con el Emperador de la China.

Me dirigí hacia Chorrillos, balneario de Lima, y donde había sido invitado por el Presidente a tomar té y donde fui testigo y partícipe de una de las más aburridas tertulias o reuniones de té de este país. A pesar de ello, el Presidente no tenía ningún tiempo para mí, y después de haber estado sentado hasta las diez y media, me paré para irme. El Director me aseguró que su Excelencia estaba en ese momento ocupado con el Embajador brasileño pero más que seguro, encontraría al día siguiente un tiempo conveniente.

Su Excelencia se encontraba, en efecto, urgentemente ocupado con el Embajador brasileño... pero en la mesa de juego, como lo pude apreciar por una puerta lateral entreabierta. En realidad no había nada más que hacer, por lo que hube de pasar la noche en el caro y aburrido Chorrillos. Por lo demás quise regresar a Lima en el primer tren del día siguiente. Si hay algo que odie en el mundo y nunca me avendré a ello, es hacer antesala, lo que en mí es constitucional. En la estación, me encontré con el Director, a quien el asunto parecía interesarle efectivamente, me invitó a almorzar [179] con el Presidente, ocasión en la que, con más facilidad y sin inconvenientes, hablaría con él.

Encontré que el anciano señor Presidente era menos grosero de lo que me lo habían descrito, no sintiendo ante él ningún temor, pues no pensaba solicitarle nada para mí, sino ser útil tanto a él como a su país. Fue amable y se mostró completamente llano, tal como me gustan los hombres y como se puede tratar mejor con ellos. Pude hablar con él sin tapujos, y por mucho que el Director, que muchas veces tenía que traducirme y auxiliarme, trataba de paliar muchas cosas, yo pude desenvolverme con mi propio español, lo mejor que me fue posible.

Como lo había pensado, no sabía ni una palabra de las intrigas fraguadas contra el camino directo a la colonia y encomendó en mi presencia al Director de Construcciones Públicas para que pusiese empeño en que ese camino se iniciase sin demora, inmediatamente. Aparte de eso, le propuse, como el único hombre posible que podía llevar a cabo con éxito esa empresa, a mi guía indio, León Cartagena, para que fuese nombrado Director del Camino, pues el Director que estaba hasta ahora, un desgraciado especulador de minas, que no sabía de la misa la media de ese trabajo, y que no se preocupaba en absoluto de ello, dilapidaba a costillas de los colonos sus cincuenta pesos mensuales, sin hacer nada en este mundo de Dios para ganárselos.

En esa forma terminó mi audiencia con el Presidente Castilla; pero me alegro de poder constatar que él, por lo menos, ha cumplido su palabra; estando todavía en Buenos Aires, recibí una carta de un amigo de Lima en que me decía lo siguiente:



«Parece que su visita al Presidente ha sido coronada por el éxito. Han sido acordados para el camino al Pozuzu, a través de Huánuco, 1.000 pesos al mes, y para el camino [180] (directo) por Huancabamba, 500 pesos. También ha sido nombrado León Cartagena como Director del Camino».

Mis desvelos y perseverancia no habían sido vanos.

Es así cómo terminaron mis largos viajes en el Perú, hecho lo cual, no pensé más en otra cosa que embarcarme lo antes posible. Pero antes quisiera echar una mirada retrospectiva sobre el Perú, pues no se puede trazar una imagen completa de lo que se ha visto, sino cuando dejamos detrás de nosotros todo lo que ha sucedido.

Si se echa una mirada sobre el mapa, la posición del Perú, con su ancha faja costanera junto al Océano Pacífico, con sus imponentes comarcas amazónicas, que permiten un tránsito fluvial al este de las cordilleras, parece ser muy favorable, no obstante lo cual, no hay país en el mundo que tenga que luchar con tantas dificultades del terreno y del suelo, como el Perú.

La extendida costa occidental, con sus puertos y laderas, sin un riego artificial, resulta completamente inútil, en toda ella, con excepción del extremo norte del país, tal vez, no cae jamás una sola gota de agua. La región propiamente feraz y boscosa reside junto a la vertiente oriental de la cordillera, y todos los productos destinados a la costa, todo cuanto llega por vapor y va hacia el interior, tiene que ser transportado a lomo de bestia, con aumento de los gastos y gran pérdida de tiempo.

Los valles de estas cordilleras son en parte, muy estrechos, en cambio muy empinadas y encañonadas las vertientes, no encontrándose sino en las cumbres de las mismas, donde existen amplias mesetas, una extendida llanura, pero en altura tan grande que el aire delgado y frío no permite otra vegetación que un pasto muy incipiente. [181]

La parte más rica de tan extenso país está en el sudeste, allí donde anchos valles y extendidos llanos, con rica vegetación, producen una cantidad de excelentes productos. La utilidad que ofrecen esos productos al Estado, es relativamente muy pequeña, una mínima parte de ellos toleran el dilatado transporte hacia la costa oriental y el viaje a vapor por vía fluvial choca siempre con una serie de dificultades, que unas veces existían y otras acaban de crearse.

A pesar de ello, ninguna república sudamericana tiene los ingentes ingresos del Perú y lo que la naturaleza le ha sustraído por una parte, le ha sido compensada por otra, gracias al maravilloso producto bruto del guano. El guano es un regalo que parece haberle sido hecho al Estado por un cierto número de años, como para que en esos años pueda quedar realengo e independiente tal como se sufragan los gastos de educación de un muchacho, a fin de que éste con los años, pueda cuidar de su propio progreso. ¡Ay de él si pierde su tiempo y si malgasta sin provecho el capital que se le ha consagrado!; tendrá que pagarlo muy caro en la vejez. Una disipación semejante tiene lugar ahora en el Perú.

El Estado percibe anualmente, sin los ingresos de aduana, ni los diversos renglones de exportación y monopolio, una ganancia neta de 16 a 20 millones, únicamente del guano, y si este dinero fuese convenientemente aplicado, podría hacer del país una bendición. Pero todos estos 16 millones, con excepción de los «pocos» que necesitan el Presidente y el Ministro, para sí mismos, se los consumen el Ejército y la Armada, y se priva al país, que apenas tiene dos millones y medio de habitantes de lo mejor de su fuerza productiva, en mantener una milicia inútil.

Perú no tiene nada que temer de los otros países, pues hasta sus diferencias fronterizas con Bolivia se arreglan y oculta o abiertamente apoyan con dinero y con buques de guerra, las revoluciones en los estados vecinos, no dejándolos [182] nunca en paz y tranquilidad, mientras ellos mismos van aniquilándose.

El Ecuador por ejemplo, un país con medios muy ricos, pero con débiles fuerzas, podría ahora, dejada atrás su revolución y echado por la borda el usurpador Franco que el Perú apoyara antes, concentrar toda su energía en la cultura y agricultura, mas el Perú mantiene delante de Guayaquil sus buques de guerra y amenaza constantemente con una nueva invasión, si el Ecuador no es tan bueno como para dejar que la mitad de su territorio suroriental se separe completamente de la República.

El Perú no se siente inquieto en lo más mínimo por esta bélica situación y como el Presidente, señor absoluto, no toma jamás el consejo de nadie, el resto del país apenas se entera de este asunto. Pero siente tanto más los perjuicios directos que por esta causa experimenta, pues pese a sus inauditos ingresos, no ha adelantado tanto en cincuenta años como otros países en cinco.

Es cierto que se han hecho muchas mejoras en Lima y que han surgido muchas empresas útiles: el gas, el agua potable y los dos ferrocarriles de vía estrecha al Callao y Chorrillos; pero en cambio, el interior del país permanece en completo abandono; sólo pésimos caminos de herradura unen entre sí los diversos distritos, por lo que no pueden tener sino un tráfico escaso. En estos caminos de herradura, los puentes sobre los rápidos torrentes son estrechos y sin barandales, y están tan defectuosamente contruidos que no en vano las cruces de madera que hay colocadas en cada puente, aconsejan al viajero rezar un Padrenuestro y encomendar su alma a Dios.

A pesar de sus millones, el Estado no tiene para empresas de utilidad pública ningún dinero; y en cuanto algo se aplica para hacer una obra, se precipita sobre ello un enjambre de pícaros empleados, de tal modo que muy poco [183] llega a su verdadero destino o a lo que propiamente debía aplicarse.

En ningún lugar del mundo hay, en este sentido, pueblo más corrompido que el Perú. Lo increíble es lo que ha ocurrido hace algunos años, cuando el gobierno hizo dar una ley, en virtud de la cual serían indemnizados los que sufrieron pérdidas en la guerra con España. El engaño no era entonces de proporciones de cientos o de miles, sino de cientos de miles, habiéndose me referido por diversas personas, y hasta asegurado, que a aquellos que tenían alguna pretensión, se les decía claramente cuál era la suma que ellos exigían para que pudieran obtener la suma real los solicitantes. Por ejemplo, el que creía que sus perjuicios

ascendían solamente a 5.000 pesos (habría que preguntar si perdieron 500), debía señalar 20.000. Si el guano pagaba 20.000 pesos, el hombre recibía 5.000, y el resto desaparecía.

No se puede emprender ningún negocio en grande, y todo debe desenvolverse en pequeño, lo que lo hace mucho más difícil y de escaso rendimiento -¡y cómo podrían emplearse en el Perú estos millones!-. Es casi imposible descubrir en este país una combinación, pues todo está tan firmemente coludido y tan intrincadamente, que nadie se atreve a golpear en las podridas vigas, por temor de hacer caer todo el edificio sobre su cabeza.

Entre nosotros, en Europa, puede ocurrir algo semejante y las historias más modernas han entregado al mundo detalles fatales. Por lo menos, el fraude no se hace tan al descubierto, y no se lleva a cabo con tanto cinismo. Aquí, los defraudadores que han sido descubiertos, en vez de ser castigados, reciben un premio, tal como aquel empleado, cajero de Cerro de Pasco, quien a causa de un fraude hubo de dejar su puesto de allí, pero para obtener otro de mayor jerarquía en Lima. Naturalmente, esto no anima la honestidad ni amedrenta el fraude. [184]

Debo de confesar por mucho que me duela, que hago esto sin consideración alguna, no sólo por el carácter de los peruanos -pues los ecuatorianos no me parecen mejores ni por un pelo-, sino de todas estas repúblicas hispanoamericanas, exceptuando quizás a Chile. ¿Qué consideración se puede tener por un hombre que rompe la palabra que ha empeñado? Él no cumpliría ni siquiera un juramento solemne. Los señores de este país están acostumbrados a prometer todo lo que de ellos se desea, para eludir cualquier incomodidad inmediata, en la seguridad de que no se acordarán más de ello en unos cuantos minutos, sintiéndose muy poco comprometidos a honrar lo que han prometido.

Mas en lo que a esto concierne no resulta tan peligroso, pues se conocen muy bien unos a otros; y cuando un peruano recibe una promesa de otro, ya sabe de antemano que de allí no deben pasar sus esperanzas. En cambio, el europeo que viene con otros fundamentos, se encuentra frente a esta gente en condiciones de desventaja. Es esto lo que encontrará en su camino cada colonia alemana.

Otro inconveniente, es la rapidez con que cambian los gobiernos, la completa inseguridad de cualquier gobierno constituido, cada uno de los cuales no se apoya en el sentimiento del pueblo, sino en su propio poder y en el miedo a las bayonetas. Cualquier sociedad o empresario particular que quiera fundar una colonia, debe hacer con el gobierno un contrato con todas las condiciones del caso, pero hasta que lleguen los nuevos inmigrantes, el régimen queda en otras manos, para el cual estas cosas le son completamente extrañas. No quiero en esta forma decir de ninguna manera que el anterior gobierno hubiese cumplido lo que había prometido. El actual no tiene por qué preocuparse lo más mínimo, ya que no ha participado en absoluto en el asunto y todas las reclamaciones caen en el abismo sin fondo de la cesta de papeles. [185]

No obstante, el país ofrece al inmigrante muchas y grandes ventajas, siempre que él pueda obrar independientemente y no espere nada de los nativos. No debe contar con ninguna colaboración. En las repúblicas sudamericanas se desprecia a las clases

trabajadoras, porque para su mentalidad, éstas vienen a reemplazar a los esclavos manumisos. Un perfecto caballero verá de arriba para abajo a un excelente operario, en tanto que éste trata con la mayor consideración a un hortera que durante todo el día se la pasa midiendo con una vara. La explicación está en esto: tiene necesidad del trabajador, especialmente si es europeo; no puede existir ni un momento sin éste, ya que no sólo necesita sus manos, sino asimismo su inteligencia, razón por la cual no debe abandonarlo en el país, sino tratar de mantenerlo en él, pues de otro modo, ninguna riqueza del suelo sería provechosa en adelante.

Manos europeas junto con las norteamericanas, mueven sus molinos y sus máquinas, ponen sus rieles y mantienen en movimiento sus ferrocarriles; construyen sus servicios de agua potable, explotan sus asientos mineros. Se procuran todas sus comodidades, que son tan necesarias para su vida; introducen en su medio todas las invenciones del Viejo Mundo y es lógico que lo lleva a la reflexión de que él sin ellos nada podría hacer.

Si un trabajador alemán arriba a este país y llega a comprender, siquiera en parte, que debe desacostumbrarse de su nativa timidez y de su maldita cortesía para con todo aquello que lleva una mejor casaca, tendrá entonces un poco de conciencia de su propio valor; y si llega a aguantar la primera etapa, ya no tendrá la menor duda que está formando su propio destino y que logrará en el Perú, con más prontitud y seguridad, lo que no pudo lograr en su propia patria.

A pesar de su costa reseca y árida, Perú es un rico país, [186] que aun sin el guano podría mantenerse y prosperar, aunque nunca en la forma como se lleva a cabo el trabajo. En sus montes existen todavía masas de metal precioso, y aun sus más frías y altas estepas pueden ofrecer alimento a millones de ovejas y de llamas y en sus estrechos valles sin tener en consideración las anchas y fértiles pampas del oriente, puede tener cabida una gran población de agricultores.

Hasta el clima del país, tanto de sus llanuras tropicales como de su frías alturas, es sano, con excepción posiblemente, de algunos trechos pantanosos en el norte y la tierra plana por la que se deslizan las aguas del Amazonas, en cuyas pampas impera frecuentemente la fiebre. Hasta en las mesetas quemadas por el sol, el calor no es tan grande en el Perú como podría creerse, pues los gigantescos ventisqueros de las cordilleras están muy cerca y refrescan el aire; y hasta las noches son generalmente frescas en la estación más calurosa, de suerte que se puede soportar una frazada. La estrecha faja de costa occidental es fresca por estar próxima a las montañas, por lo que quisiera aconsejar a los europeos, no efectuar jamás trabajos pesados en el campo, cerca de Lima; no aguantaría mucho tiempo y su cuerpo se resentiría con esa labor. Pero en el interior del país, puede entregarse a cualquier trabajo, sin temor alguno a las malas consecuencias que ello pudiera acarrearle.

Los productos del Perú son de muy diversa clase (todos, naturalmente, materia prima), aunque no producidos en suficiente abundancia como para cubrir la importación, con la exportación de ellos, no considerándose el guano. Los principales metales son plata, cobre y oro, cuya explotación se realiza en la forma más burda. Anualmente se embarca lana por valor de un millón de dólares, pero la mayor parte de la lana se trae de puntos tan alejados

de la costa, que no es posible transportar por caminos tan primitivos [187] un producto de por sí barato, sin encarecerlo considerablemente.

El General Castilla tenía la intención de construir un ferrocarril a Cerro de Pasco, por encima de los 16.000 pies de altura. Estoy firmemente convencido de que es posible su realización, pero habrá que procederse de una manera diferente a la acostumbrada. Es así cómo un camino, que conduce a la localidad de Chorrillos, situada a 200 pies de altura, y cuya calzada está hecha simplemente con barro, y en una extensión de 600 pasos, aproximadamente, ha costado al erario algo más de 90.000 pesos, el mismo que, con los bajos salarios del Perú, hubiera podido hacerse con 6.000 pesos. Si este ferrocarril no proporcionara un nuevo pretexto a los subalternos y hasta al ministro mismo, para llenar sus bolsas a costillas del bien público, su realización debería ser encomendada a manos más honestas, que el Presidente debería tratar de encontrar y juntar.

Un ferrocarril que fuese a Cerro de Pasco, produciría un fabuloso vuelco en la exportación de los productos peruanos, pues todos estos soberbios y profundos valles, situados en la proximidad de dicha ciudad, en la vertiente oriental, encontrarían súbitamente el más rico mercado para sus productos y podrían sacar de él con facilidad, veinte veces más de lo que hasta ahora extraen. Pero semejante ferrocarril cuesta mucho dinero, especialmente en el Perú; y si pudiera ser construido con ayuda de las inauditas entradas del guano, tendría el guerrero Presidente que abandonar por un par de años sus juegos de soldados y dedicarse al bendito trabajo de la paz. Ya no necesitaría mantener el constante temor de un atentado, y más bien el país tendría que bendecirlo en los años venideros y honrar su memoria.

El Perú tiene un suelo maravillosamente ventajoso para el café así como el país vecino del Ecuador. El que se extrae aquí es de extraordinaria calidad. El valle de Huánuco [188] es famoso a causa de su café, que hasta en Lima suele ser pagado a razón de cuarenta pesos las cien libras, y que no le va a la zaga en bondad al café de Moka. La colonia alemana del Pozuzu también ha cultivado café. Los árboles eran todavía demasiado tiernos este año, en que por primera vez daban sus frutos, con los que estaban cubiertos, en el verdadero sentido de la palabra. El café de Pozuzu (existe una antigua plantación que ya producía café), no se queda atrás con respecto al de Huánuco. Todos aquellos valles de la vertiente oriental, hasta las Pampas del Mairo y los demás afluentes del Amazonas, vendrían a ser accesibles repentinamente al tráfico marítimo y al comercio mundial, mediante la construcción del ferrocarril hasta Cerro.

El cacao es también un producto que no soporta un largo y caro transporte a lomo de bestia. Crece de manera silvestre en muchos lugares del país, por lo que sería fácil establecer en esos lugares verdaderas plantaciones y cultivos.

El Perú queda muy atrás, frente al Ecuador, en cuanto que éste junto a una mayor riqueza en productos y una mayor extensión de tierras fértiles, posee una cantidad de tierra cultivada y una población activa, nada despreciable, todo lo cual, al abrirse un buen camino, sería transportado hacia la costa, en donde, por la proximidad del puerto, adquiriría mayor valor. Perú, en cambio, tendría que construir en primer lugar un costosísimo camino al interior (los actuales caminos de herradura no pueden llamarse realmente caminos), a fin

de llevar de las diversas regiones a los hombres y sus cultivos. Sus mejores tierras, junto con sus productos, permanecen siempre más cerca del Atlántico que del Océano Pacífico.

Perú es muy rico también, en maderas preciosas, pero éstas están de tal manera ubicadas que no es posible pensar en su exportación. [189]

Sería ventajoso para el país, tanto como para los agricultores, el cultivo del algodón, que en el Perú prospera admirablemente y hasta en la costa occidental puede ser explotado. Los sembríos deben ser regados artificialmente, lo que se efectuaría con cierta facilidad en los terrenos situados al norte de Lima. Si bien no ofrece dificultades el cultivo del algodón, la cosecha y el recojo requiere muchas manos, siendo más ventajoso por esta razón, recurrir a los esclavos. Esta realidad constituyó en tiempos pasados, el baluarte más importante del Estado esclavista de Norteamérica, contra los Estados del norte y cayó con todo su peso sobre los pobres negros.

Perú ha tenido en tiempos antiguos una enorme riqueza de oro aluvional, que fue lo primero que atrajo a los españoles y costó la vida a millares de infelices indios. Todavía se lava oro y el monto que figura en los informes estadísticos anuales, se eleva a algo así como a medio millón de pesos. Hace algún tiempo surgió el rumor de que habían sido descubiertos nuevos lavaderos de oro que producían ingentes tesoros, tanto, que el fabuloso nombre del Perú dorado atrajo aun a californianos cautelosos para hacer sus «prospecciones» en los cerros. Mas, parece que el país no satisfizo las quiméricas esperanzas, pues todos ellos, luego de catear durante algún tiempo los cerros, sin tener ningún éxito, regresaron completamente desencantados.

Tanto más rico es el país en plata, fierro, cobre, salitre y carbón, pero para efectuar un verdadero trabajo de minas, habrá que esperar tiempos mejores. Sólo se ha tomado con aplicación el salitre, el que se exporta por un valor anual de tres millones de pesos.

Una gran dificultad constituía antes, en el Perú, la mala moneda que era la única en curso y que llevaba a los comerciantes a la desesperación. Todo el oro, todos los pesos desaparecían en el suelo, del cual sólo podían ser extraídos [190] mágicamente con un espantoso descuento, siendo los únicos signos del comercio los medios pesos. El menor número de monedas peruanas eran de medio peso y sí, en mayor cantidad, las monedas bolivianas. Los medio pesos peruanos, hasta los de Arequipa, no eran aceptados en Lima. Parece que en Bolivia surgió una importante industria de medio pesos falsos que inundaron el mercado; y como el legítimo oro, llamado peruano o boliviano, estaba en gran parte reemplazado por cobre, de precio considerablemente menor que un medio peso de Chile, de México o de Norteamérica, ya uno puede imaginarse qué triste confusión surgía de tener que comerciar constantemente con un dinero sin valor y qué difícil y qué pérdida de tiempo significaba contar, clasificar y remesar la moneda.

Casi no se podía conseguir sencillo para el cambio. Cuando vine a Lima circulaban en lugar de medios reales, medios, cuartillos o cuartos de real, únicamente reales y medios partidos, y ni siquiera en partes iguales, sino con menos de la mitad de una buena moneda. Mas, cuando después de seis o siete semanas volví del interior, estos medios y cuartillos cortados, fueron repentinamente puestos fuera de circulación, sin que se ofreciera por ello a

la población ninguna compensación. La gente tenía entre tanto que procurarse «sencillo» y algunos de los más importantes establecimientos y hoteles, como «Hotel Maury» y «Americano», hacían acuñar sus medios de cobre con su nombre grabado, los que eran bien aceptados en la ciudad.

El gobierno del Perú es muy pobre. Creo también que es sumamente difícil gobernar a este pueblo en una forma republicana, que para esto resulta una maldición. La masa es vasta e incivilizada y debe ser conducida por una mano firme y una cabeza sensata, con lo que cae por su base, por anticipado, el hermoso significado de una efectiva República. Como por otra parte, los funcionarios son designados sólo por seis años, tienen un tiempo muy corto para amontonar [191] riquezas, por lo que se ha constituido un sistema que lleva al país a la ruina, mientras nutre con la sangre de su propio corazón, a los pocos que van haciendo su turno. El dinero acumulado va a parar a los bolsillos de gente sin conciencia; y el pueblo que ha dado nombre a su gobierno, ve lo que ocurre sin poder decir una palabra.

Esto sería de diferente manera en una monarquía. No para la generalidad para la cual sólo cambiaría el nombre, sino para el ejército de postulantes a una sinecura, los que se encuentran como lobos al acecho en torno de un gobierno, esperando que un partido se haya satisfecho y a ellos les llegue su turno. En una monarquía el gobierno permanece estable, teniendo el príncipe interés en levantar y mejorar el país que será alguna vez tomado en herencia por su hijo; y el Estado no será considerado, como ahora, después de una elección para presidente, como un terreno de conquista, en el que los soldados tendrán seis años para saquearlo y explotarlo.

Bolívar ha debido arrepentirse antes de su muerte de haber hecho libres a estos Estados, ya que logró ver entonces, cómo se iban formando. Mas era demasiado tarde y las cosas tenían que seguir su camino para perdición de la República, la que no podrá ser independiente con los actuales manejos, sus revoluciones permanentes y sus corruptelas a lo largo del tiempo.

La espléndida estatua ecuestre de Bolívar que se hizo en Munich, hubiera encontrado mejor sitio en otra plaza que en la que ahora se encuentra, la cual ni siquiera tiene ángulos iguales: la Plaza de la Constitución, que antes era de la Inquisición. Se le señaló ese sitio frente al Congreso, (lo cual tendría en otros países del mundo una gran significación), para mantener ante la vista de los representantes del pueblo la figura del libertador de su patria. Pero aquí no les llama mayormente la atención a los señores. En efecto, [192] quieren ser libres y quieren ganar mucho dinero, pero la Patria y el pueblo pueden ir al verdugo.

Un pueblo laborioso hubiera convertido hace tiempo al país «en un verdadero huerto». Los actuales dirigentes utilizan los troncos del huerto para hacer leña con ellos y calentar su propia estufa, debiendo el pueblo derribar sus propios árboles y acarrearlos a ese fin.

Producto principal del Perú es el vino, el que fue cuidadosamente elaborado por los españoles y cuyo cultivo fue protegido por crueles medidas, con perjuicio de las demás provincias. Es así cómo el gobierno español hizo exterminar todas las cepas y prohibió en la forma más severa el cultivo de la viña, con el solo objeto de que el Perú conservase el monopolio de la producción del vino.

Los racimos de uvas que llegué a ver en Pisco, o mejor dicho en su puerto, eran muy dulces, rojizos y con un excelente sabor a uva de Málaga o con sus uvas blancas, alargadas y grandes.

[Aquí concluye la parte propiamente peruana del Viaje de Gerstäcker. A continuación apunta el autor breves escalas en el trayecto marítimo entre Callao y Valparaíso. Algunos puertos peruanos fueron materia todavía de comentarios superficiales en ese recorrido hacia el sur, durante el mes de febrero de 1861, en un barco a vapor. Las escalas incluyen las islas de Chincha, con sus depósitos de guano, entonces la mayor riqueza del Perú. El espectáculo del trabajo en esas islas merecen del autor comentarios ilustrativos. Sobre la riqueza del guano de las islas formula Gerstäcker observaciones que demuestran el interés con que había estudiado la cuestión, sobre todo en relación con las operaciones de crédito hechas por el Perú con países extranjeros y con la garantía del guano. [193]

También al detenerse el barco por breve tiempo en Pisco, luego en Islay, entonces el puerto de Arequipa y finalmente en Arica e Iquique, este último el puerto destinado principalmente a la exportación de salitre, el viajero formula apreciaciones personales, aunque la mayor parte del relato versa sobre las características de los pasajeros que abordan el buque en los puertos mencionados.]

---

**[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)**

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



**editorial del cardo**